



Todas

las noches
contigo

Iria Blake

Todas las Noches Contigo



Iria Blake

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Iria Blake 2019

Primera edición: Mayo 2019

Depósito legal: BI-313-19

ISBN: 9781096684664

Maquetación: Idoia Amo

Portada: Imagina Designs (Nerea Pérez Expósito)



www.imagina-designs.com

*A mis padres,
por su maravillosa historia de amor;
por ponerme el listón tan alto
que solo pido ser la mitad de feliz
que ellos,
porque no se han conformado con un «para siempre».*

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Biografía de la autora](#)



Capítulo 1

María

Me desperté en mitad de la noche con una resaca monumental. Me puse la mano en la frente para ver si de esa forma podía paliar el dolor de cabeza que habían provocado el tequila y las ganas de divertirme sin que, por una vez en mi vida, nadie me juzgase por cómo actuaba. Abrí los ojos y lo que no me esperaba era mirar a mi alrededor y no reconocer el lugar en el que estaba. Una habitación de hotel con una lámpara de araña de lo más hortera y el papel a rayas en la pared *beige* y azul. Aunque lo que menos me imaginé al girar la cabeza fue que me encontraría con un tío desnudo a mi derecha. ¡Mierda! ¿Qué demonios había pasado la noche anterior?

No era capaz de recordar lo que había sucedido. Aunque mi cuerpo dolorido, así como el sabor de una boca deliciosa con un toque de ginebra, que todavía conservaba en la mía, me hizo revivir una sensación: la de sus manos recorriendo mi piel y sus embestidas castigándome y provocando el mejor orgasmo que había tenido en mi vida.

Pero ¿quién era él? ¿Dónde lo había conocido? ¿Cómo se llamaba?

De repente, una señal de alarma se activó y me entró pánico. Salí de la cama con sigilo y empecé a buscar mi ropa. Me vestí como pude y casi sin mirar atrás busqué la salida. Sin embargo, una especie de extraña atracción me obligó a volver la vista atrás y mirarle. ¡Estaba buenísimo! Delgado, pero atlético, sin excesos. Barba de tres días de esas que te daban ganas de acariciar hasta hartarte y, la tenue luz que había en el cuarto me permitió divisarlo, un pequeño tatuaje debajo de la clavícula derecha que me despertó un cosquilleo entre las piernas.

Pero entonces vi cómo su brazo derecho se estiraba en el colchón, buscándome, y retrocedí temerosa de que despertara. Aunque mi cuerpo me obligó a volver a él, a rozarle el brazo hasta alcanzar su muñeca y tocar una pulsera de plata que tenía algo inscrito. Me acerqué todo lo que pude para poder adivinar lo que ponía en ella:

Álvaro.

Así se llamaba el hombre que me acababa de follar como si fuese una adolescente con exceso de hormonas y con muchas ganas de repetir, aunque tenía claro que eso no era lo más adecuado.

—Álvaro, adiós, guapo. —Me despedí en un susurro y salí del apartamento sin mirar atrás, porque había sido solo sexo. Yo ya no buscaba más. O eso es lo que quería creer, al menos hasta aquella noche loca.

Álvaro

Dos días después.

Estaba en la oficina delante del ordenador como un estúpido autómatas. Me sentía jodido, primero por la resaca que todavía me quedaba del sábado por la noche y después por la desaparición de la chica con la que había estado esa madrugada. Se largó sin decir ni adiós. Ni su nombre me dijo. Aunque, después de años haciendo yo eso mismo con las mujeres, tal vez ya iba siendo hora de que probara un poco de mi propia medicina. Iba a ser que eso de un polvo y, si te he visto, no me acuerdo, sí que fastidiaba, sobre todo cuando alguien te atraía de verdad.

Me quedé mirando las impresionantes vistas de Bilbao que desde la planta treinta y cuatro ofrecía mi oficina y continué en mi particular universo. Metido andaba yo en mis pensamientos cuando un revuelo de gente en la

puerta de entrada me sacó de mi ensimismamiento. Miré hacia allí y pude comprobar que era mi jefe, que venía acompañado de otras personas. ¡Mierda! Me había olvidado de que teníamos una reunión con el nuevo director de *marketing*. El anterior se había largado a la competencia y mi jefe estaba que echaba chispas, por lo que había tenido que hacer encaje de bolillos para poder contratar con la suficiente rapidez a alguien que se ocupase de sacar la nueva marca en las fechas que teníamos previstas. No había reparado bien en las personas que le acompañaban, hasta que escuché una risa que me resultaba familiar.

Entre la maraña de gente, no pude averiguar quién era, así que tuve que mirar varias veces. Esa risa me llevaba a mirar en su dirección una y otra vez. Hasta que en el hueco que se hizo entre las personas que la rodeaban, vislumbré una silueta que me resultaba más que familiar. Esas piernas, esas caderas, esos pechos, esa preciosa melena castaña, ¡Dios, esa cara! ¡Era ella! ¡La chica del sábado!

Hiperventilé. Por primera vez en mi vida me puse nervioso como un adolescente con su primera cita. Empezaron a temblarme las manos, olvidé todo lo que estaba haciendo y me quedé ensimismado observándola. Preciosa, era preciosa, aunque lo que más me atrajo de ella esa noche fue su magnetismo. Tenía imán.

Entonces, como si la hubiese invocado, giró su cabeza y miró en mi dirección. Me vio, estaba seguro de que me había reconocido. Sin embargo, para mi absoluta decepción, ella hizo como si no hubiese sido así. Se volvió de nuevo en dirección a la conversación que estaba manteniendo y literalmente pasó de mí. Ni cara de sorpresa ni una sonrisa, nada.

Me quedé de piedra.

María

Jamás imaginé que me lo volvería a encontrar, y mucho menos en mi nuevo centro de trabajo. Llegaba allí con la firme intención de retomar las riendas de mi vida y comenzar de nuevo. Iba a trabajar en una de las agencias de publicidad más importantes de la zona y con un equipo del que podría aprender mucho. Pero no se me pasó por la cabeza que el rollo de una noche pudiese aparecer en el lugar más insospechado. Álvaro, ese chico que había conocido el fin de semana, con el que había echado un polvo ocasional como con cualquier otro y que no tenía intención de volver a ver, estaba frente a mí.

Bueno, aunque tenía que reconocer que había sido una noche excepcional, de esas que se te quedaban grabadas a fuego en la memoria. Algo que no iba a reconocer, menos ante él, ni en un millón de años.

¡Dios, sus ojos castaños me miraban como si me fuesen a comer allí mismo! Y yo, yo estaba a punto de perder mi ropa interior y tenía que disimular de la mejor forma posible la impresión que me había causado verle otra vez. Porque así era como me sentía, impactada. Preferí no darle más vueltas a lo que estaba sintiendo y, con toda la dignidad de la que fui capaz, intenté regresar a la conversación con mi nuevo jefe.

—María, ven. —Luis, que así se llamaba mi jefe, me agarró del codo y me acercó a la mesa de Álvaro—. Acompáñame, me gustaría presentarte a nuestro jefe de operaciones. ¡No, no, no! ¡Me llevaba directa hacia mi peor pesadilla y mi mejor sexo en mucho tiempo!

—Él es Álvaro Iriondo.

Gesticuló con su brazo para guiarme hacia él, que ya empezaba a incorporarse y saludarme con una sonrisa de serie, de aquellas de malote que, si bien en un principio podía parecer triunfal, en ese instante transmitía duda.

—Sí, ya lo sé. —¿Que ya sabía? Muy bien, María, ¡punto para el caballero!... —. Perdón, quise decir que... mucho gusto.

Alargué mi mano para estrecharla con la suya intentando disimular mi error, pero de poco le valió a Álvaro, porque me di por cazada literalmente, ya que su mirada color miel lo decía todo: «Te pillé, nena».

—Un placer, María —se presentó, tomando mi mano y haciendo algo que casi hizo que allí mismo volviese a revivir la noche del sábado, porque no tuvo otro detalle menos oportuno que besarme los nudillos de la mano y sin intención de soltarme después—. María... —Me quedé embobada mirándole—. María... —insistió.

—María, ¿qué? —reaccioné, borde, soltándome con brusquedad.

—María Balaguer —contestó Luis con un tono suave, intentando limar mi impertinencia y con cara de no comprender lo que estaba sucediendo en sus narices.

—Perdón. —El tono de mis mejillas dio cuenta del error de educación que acababa de cometer por mis malditos nervios. Y es que Álvaro me afectaba más de lo que podía imaginar.

—Tranquila, María —dijo Luis, conciliador—. Es normal que hoy estés nerviosa. Discúlpalos, Álvaro, voy a seguir con las presentaciones.

Y así, mi jefe me alejó de mi empotrador favorito, llevándome a conocer

al resto del personal, mientras yo intentaba encajar la noticia de que Álvaro, como jefe de operaciones, me ayudaría con la campaña de *marketing*. Algo que, empezaba a pensar, iba a ser bastante complicado teniendo en cuenta que cada vez que le miraba recordaba lo que había sucedido entre nosotros dos el fin de semana.

Pasó una interminable hora hasta que fui capaz de librarme de mi jefe para poder ir al baño a aclararme las ideas, porque lo necesitaba con urgencia.

Busqué el aseo de mujeres en el pasillo exterior de las oficinas y entré, pero no habían pasado ni diez segundos cuando la puerta se abrió tras de mí, con un Álvaro que accedía al baño como una exhalación. Se acercó a mí todo lo que pudo, dejando nuestros labios tan cerca que no hacía falta que nos besáramos para intercambiar el aliento.

—Te voy a perdonar que me dejaras tirado en mi cama cuando tenía toda la intención de volverte a follar al amanecer —afirmó, levantando su mano hasta llevar el dedo índice a mi barbilla para rozarme con una extrema y sinuosa suavidad—. Así que, para resarcirte, te espero a la salida, porque tú y yo tenemos que hablar de tu huida por la mañana. —Intenté interrumpirle, pero acabó poniéndome la mano en la boca para cerrármela—. Porque pasó algo entre nosotros y quiero conocerte, María.

Y sin más, me soltó y salió por la puerta. Sin embargo, antes de que yo quisiera darme la vuelta para poder abrir el agua fría y calmar mi ansiedad por él, entró de nuevo, me tomó en sus brazos y se lanzó a mi boca como si no nos hubiésemos besado en meses. Un beso ardiente, feroz y tan bestial que me hizo olvidar que estábamos en la oficina, que había gente cerca y hasta que había un mañana. Un beso de los que te hacen comprender que sí puede haber algo más que sexo entre dos personas la primera vez que se encuentran. El magnetismo.



Capítulo 2

Álvaro

Segundo encuentro.

Un café, solo le pedí un café para hablar, pero ella llegó con la firme intención de bajarme de mi pedestal de conquistador nato.

—Si piensas que he quedado contigo para satisfacer de nuevo tus necesidades, estás loco.

—No he venido a eso. —Me estaba dejando alucinado, yo solo quería hablar con ella, quería volver a verla—. Quiero saber por qué te fuiste, qué te asustó de mí para que te fueras sin despedirte.

—¿No hacéis eso también los hombres? ¿Largaros y olvidar? Pues yo me he adelantado y que eso haya herido tu ego no te da derecho a reclamar nada.

No podía creer que fuese tan cretina. Si hubiese sido otra persona, la habría dejado tirada allí mismo sin decir ni adiós. Pero ¡no!, ella me iba a oír, ¡demonios, no solo oír! Me iba a sentir.

—¿Ya has olvidado lo que pasó el sábado? Porque yo no, María. —Según me iba acercando a ella, más podía sentir sus nervios. No dejaba de agarrarse las manos, queriendo huir de nuevo, sin embargo, estaba claro que no podía—. No sé qué me hiciste aquella noche, porque no puedo ni quiero olvidarte, y después del beso de esta mañana, estoy seguro de que tú tampoco. Lo que no entiendo es por qué huyes de mí.

Se lo estaba dejando claro, había jugado todas mis cartas y, como si tuviese quince años, me estaba casi declarando a una chica que apenas acababa de conocer, pero cuando el corazón lo dictaba, la razón se callaba.

—Creo que te equivocas, Álvaro. —Negó con la cabeza, como si quisiera creerse ella misma lo que estaba a punto de decirme—. Fue sexo y ya. No pasó nada más entre nosotros.

—No lo parecía mientras te deshacías en mis brazos. —Me giré para no mirarla y poder reflexionar lo que iba a decir a continuación—. Y menos cuando reías, charlábamos en el bar, bailábamos. No parecías asustada entonces ni parecías tenerle miedo a nada. ¿Qué pasó después, peque?

—No me llames peque, no soy tu peque. —Me reí en su cara por su infantil salida de tono—. Pasó que nos acostamos y que no fue para tanto.

Me di la media vuelta y la encaré otra vez.

—¿Quieres que te recuerde cómo te hice gemir? —Me estaba empezando a cabrear, estaba negando lo evidente y quería saber por qué.

—No es necesario, con un polvo tuve de sobra.

Esa bofetada en toda la cara no me la esperaba, pero, aun así, quería saber por qué. Entonces, ella dijo algo más inesperado todavía.

—Perdona, no pretendo ser grosera, pero es mejor que no nos volvamos a ver, y más ahora que vamos a trabajar juntos.

—Sabes perfectamente que trabajar juntos no nos supone ningún impedimento para nada. —Me acerqué a ella lentamente y levanté mi mano derecha para acariciarle la cara, con cautela, pero deseoso de volver a sentir su piel—. No pretendo presionarte, pero tienes tan claro como yo que aquí pasa algo y no...

—¿Qué es lo que quieres de mí, Álvaro? ¿Otro polvo?

—Quiero que cuando amanezca, después de una noche de sexo loco, despiertes entre mis brazos.

Si hubiese llegado a pensar previamente lo que acababa de decir, estaba seguro de que no lo habría dicho. ¿O tal vez sí? No lo sabía, pero la realidad era que me salió sin más y me había quedado muy a gusto.

Por otra parte, creo que tuvo el efecto deseado, porque se quedó callada y eso fue un punto a mi favor.

—Si buscas algo serio, no te lo puedo dar, Álvaro.

—Insisto, María. Solo quiero despertar una mañana a tu lado. Dame esa noche.

—Déjame pensarlo.

Y la dejé pensarlo. Pasaron dos días y no hubo una maldita respuesta por su parte. Estaba empezando a desesperarme, porque nos veíamos en el trabajo y era como si no pasara nada entre nosotros, cuando las ganas nos estaban consumiendo. Al menos a mí, que no fui capaz de dormir ocho horas seguidas sin pensar o soñar con ella.

Había algo en esa mujer que me conducía a ella una y otra vez, sin saber el motivo. Trabajar con ella era fácil, era una gran profesional del *marketing*, y esa era otra razón de peso para que mi atracción por ella se acrecentase.

María

Solo quería una noche más conmigo, pero ¿se la quería dar? Bueno, estaba claro que sí, lo malo era que no sabía si podría. Despertar a su lado, ¡qué tierno! Fue una respuesta que no me esperaba. Pero no podía dejarme embaucar por sus palabras, no era más que otro galán de folletín barato y no quería involucrarme más con alguien como él, con uno en mi vida había tenido bastante.

Pero lo cierto era que no podía dejar de pensar en él. Intenté aparentar que no me afectaba verle, sin embargo, entrar por la puerta de la oficina estos últimos días era como someterse a un castigo. Tan guapo que iba el muy cabrón con traje... ¡Era injusto! ¡Todo le sentaba bien! Tiranías del destino. Únicamente a mí se me ocurrió fijarme en él aquella noche. Bueno, a mí solo no, también a otras cincuenta chicas que se lo querían comer todo entero como si fuese una fuente de chocolate. Pero yo fui su blanco esa noche y, ¿por qué no?, él fue el mío.

Una noche, una más. Y mientras lo pensaba, fui acercándome a su escritorio, donde se encontraba concentrado en un informe que teníamos que elaborar para Luis lo antes posible. De repente, él se dio cuenta de mi presencia y alzó la vista. Yo pensaba que me regalaría una de sus demolidoras sonrisas, pero no: me recibió serio, casi con indiferencia. Entonces, yo me eché atrás.

—¿Necesitabas algo, María? —preguntó, con un tono de lo más profesional.

¿Qué podía esperar? Estábamos trabajando.

—Mmmm, no, digo sí. —«Piensa algo rápido, venga, que tú puedes»—. ¿Me puedes pasar el portafolio del proyecto que inició el anterior director? — ¡Eso era, chica lista!

—Lo tienes en la carpeta de archivos compartidos, te lo dijo Julián en la reunión de ayer.

«Reunión de ayer, reunión de ayer,... ¿Qué tenía yo en la cabeza en la reunión de ayer? A ti, gilipollas. Mejor no me sonrías, no te acerques a mí, acabas de ponerme el camino fácil, Álvaro. No es no».

—Gracias, no lo recordaba —admití, con fastidio, y di media vuelta.

—¿Necesitas algo más? —preguntó, curioso—. ¿Hay algo que te pueda resolver?

Me giré con toda la gracia que pude y le puse la sonrisa más falsa que tenía en mi repertorio de sonrisas prefabricadas.

—No, gracias. Estoy servida.

Menudos dos niños que estábamos hechos. Parecíamos dos adolescentes. Bueno, al menos yo, él era simplemente idiota.

Volví a mi asiento con ganas de abofetearlo. Tanta palabra, para luego olvidarlo. En fin, y pensar que en algún momento pensé en darle esa segunda cita. Menos mal, porque me habría hecho daño, como todos. Como él.

De todos modos, y a pesar de que ya tenía claro que no iba a tener nada más con él, al sentarme en mi escritorio, levanté la cabeza para mirarle. Buscaba ese maldito imán que parecía poseer, y le pillé mirándome también. Casi se me para el funcionamiento de todos mis órganos útiles con esa mirada. De los útiles porque, mi corazón, el más inútil de todos, había empezado a latir a otro ritmo desde el día en que le conocí. Antes de aquella noche, había funcionado por inercia.

En aquel instante, me sentí en una nube. Continuaba mirando a pesar de haberle pillado, seguía cada movimiento de mi cuerpo con esos ojazos marrones que no me dejaban dormir. Entonces, hizo algo que no me esperaba en ese momento de erotismo visual. Volvió la mirada a la pantalla de su ordenador como si nada hubiese pasado entre los dos. Casi me dieron ganas de aplastarle su bonita cara contra el teclado. Bueno, sin casi, porque me levantaba dispuesta a susurrarle unas cuantas cosas, cuando entró un mensaje en mi correo electrónico, un mensaje suyo.

De: Álvaro Iriondo.

Para: María Balaguer.

Tal vez a ti te parezca divertido y muy infantil este intercambio de miradas, pero a mí no. Y aunque me encanta ver cómo paseas tus caderas por la oficina, prefiero tenerlas entre mis manos mientras estoy entrando en ti. No me voy a ir con más rodeos. Te espero en el spa oriental del Hotel López de Haro, este viernes, a las ocho de la tarde. Y digo a las ocho, pero podría decir justo después de salir de la oficina. Aunque te voy a dar el tiempo suficiente para que te cambies o te quites la ropa interior, porque esa noche no la vamos a olvidar ni tú, ni yo.

Álvaro.

P.D. Mírame.

Eso es lo que casi no me dio tiempo a hacer, cuando comprobé que se había levantado de su mesa para dirigirse a la mía con la suficiente rapidez como para no poder reaccionar. Se agachó y puso una tarjeta encima del teclado.

—Esta es mi tarjeta, María, por si me necesitas y no estoy en la oficina. Te puedes poner en contacto conmigo en este teléfono de aquí —dijo, mientras me miraba y señalaba su número privado en ella—. Y ahora, si me das el tuyo, sería importante que lo tuviese para lo mismo.

Sin opción a resistirme, entre otras cosas porque me tenía idiotizada, saqué una tarjeta del bolso y se la di, como un autómatas. Entonces, tal como vino, de nuevo, y ya iban dos ocasiones en las que lo hacía, se fue, y me dejó en estado de *shock*.

Leí y releí el mensaje como dos docenas de veces. Me encontraba entre la expectativa de lo que podría suceder si iba y la posibilidad de no ir. No tenía ni idea de qué iba a hacer. Mi cabeza me decía claramente que no, que debía huir despavorida de un rompecorazones como ese, pero mi entropierna debía de hablar otro idioma completamente distinto, porque no respondía a razones.

Así que ahí estaba yo, sentada frente al ordenador pensando qué hacer mientras Álvaro había vuelto a sus responsabilidades sin inmutarse. No me lo podía creer. Tenía una entereza increíble, el muy sinvergüenza.



Capítulo 3

María

Momentos de desencuentro.

—No me escuchas.

—¿Perdona?

—Que no me estás escuchando, María, cariño.

—¡Ay, lo siento Jon!, Es que estaba...

—Estabas en la inopia, nena.

Jon se acercó a mí y me cogió de la mano. Yo estaba inquieta y debía admitir que casi incómoda, pero es que quería plantearle los motivos por los que me encontraba así y no sabía cómo se lo iba a tomar.

—Necesito hablar contigo. —Era mejor así, no andarme con rodeos.

—Querida, eso ya lo sé. Ahora, ¿quieres decirme de una buena vez qué demonios te sucede? —De acuerdo, él tampoco.

—Es que no sé cómo contarte esto sin que te enfades, pero me gustaría

que me comprendieses... —Una cosa era saber que se lo tenía que contar y otra, hacerlo.

—Cielo, ¿qué me quieres contar?

Jon me miraba burlón, pensaba que le iba a contar cualquier tontería del nuevo trabajo, pero estaba segura de que cuando abriese mi boca para decirle lo que me había sucedido con Álvaro, le iba a cambiar la cara y no sabía si estaba preparada para su reacción. Él era muy importante en mi vida.

—Recuerdas que salí con las chicas hace un par de semanas, ¿verdad? —comencé a hablar, recelosa.

—Perfectamente, llegaste a las mil y no me has contado nada de lo que hiciste —soltó, guiñándome el ojo izquierdo.

—Ese día conocí a un hombre. —En ese instante estaba convencida de que intentó disimularlo, pero nos conocíamos muy bien, podía adivinar todos sus cambios con echarle un vistazo rápido. —Jon, no me juzgues de antemano sin saber lo que pasó.

Llevó su mano derecha a la cabeza y se frotó la frente con preocupación.

—Llevamos juntos toda la vida, María, creo que nos lo podemos contar todo.

—Pasé la noche con él.

Silencio, un silencio enorme inundó el salón. No pude averiguar su reacción. Jon me conocía perfectamente, así que podía entender el motivo por el que no se lo había contado hasta entonces y, a pesar de todo, no tenía muy clara cuál iba a ser su respuesta.

—Bueno, soy tu mejor amigo. Cuéntamelo todo. No te voy a decir lo que tienes que hacer pero, si has tardado en decírmelo, es porque hay algo más que esa noche. —Me lanzó una mirada inquisitiva, a pesar de que sabía de sobra la respuesta. —No me equivoco, ¿verdad?

Me reí, esa fue mi reacción. Nos conocíamos desde hacía ya quince años y a Jon no podía esconderle ni la semana de mi periodo. Éramos como hermanos. Así que le conté casi todo, no profundicé en lo más íntimo, pero le dije lo que había pasado aquel fin de semana, cómo nos encontramos en mi nuevo empleo y lo que sucedió con Álvaro cuando le vi allí.

—¿Y has tardado dos semanas en contarme toda esta jugosa historia? —preguntó, con un falso enfado.

—Bueno, no sabía cómo te lo ibas a tomar después de mi currículum sentimental.

—Mira, niña. —Siempre que me quería decir algo sincero empezaba con

ese apelativo cariñoso—. Necesitabas un desahogo, y aunque ya sabes que no soy partidario de los polvos de una noche, y más en tus circunstancias, si te ha venido bien estar con él, entonces ¡adelante! Pero ¿estás preparada para su nueva proposición?

No podía responderle porque no sabía si estaba para esa proposición o para nada, con él ni con nadie.

—No lo sé, Jon, pero...

—Pero te gusta. —Él mismo acabó la frase que yo tenía en mi cabeza. Lo dicho, muchos años juntos. —Entonces, ¿qué tiene de malo volver a verle? ¿Es por el trabajo? ¿Porque es feo? —Me miró, vio mi respuesta negativa en la cara y se rio—. Bueno, vale, está claro que feo no es. —Respiró hondo y se pensó lo que me iba a decir a continuación. Era algo más serio, eso seguro—. María, insisto, no sé si estás preparada para una relación ahora mismo —en el fondo yo no tenía claro si volvería a estarlo en mucho tiempo—, pero no pierdes nada por conocerlo un poco más a fondo. —Se rio por el doble sentido implícito en lo que acababa de decir—. Bueno, a fondo ya lo has conocido. —Eso me hizo reír a mí—. Bueno, un poco más —añadió, con un obsceno gesto sexual de las manos—. ¿Ves? Te hice reír. Ahora en serio, no pierdes nada por pasar una noche loca en un hotel de ensueño con un tío bueno. Si después de esa noche te das cuenta de que no quieres seguir con ello, pues sigues tu camino y punto. Si hay algo que has aprendido muy bien de la vida es que nada te atará a ningún hombre, nada que tú realmente no desees que lo haga.

Sí, Jon tenía una capacidad asombrosa de llegar a conclusiones que yo era incapaz de alcanzar.

—No sé, Jon. Ya veré lo que hago.

—Niña, te quedan veinticuatro horas. Si le vas a dejar tirado, mejor díselo. Supongo que él, aparte de tener una buena herramienta... —Solté una carcajada ante su insolencia—. Sí, no te rías, que no me has contado los pormenores, pero si tú estás así es por algo. A lo que iba, que aparte de una buena herramienta de trabajo, también tendrá un corazón.

Un corazón, sí, ese que yo tenía congelado. Bueno, tal vez un poquito menos desde hacía casi dos semanas.

—¿Qué haces? —le pregunté a Jon, que fisgoneaba el teléfono con mucho interés.

—Cotilleando el hotel en el que habéis quedado, porque si no vas tú con él, me busco a alguien y voy yo; no se puede desperdiciar una habitación con

jacuzzi...

—Jon... —le regañé por su pequeña osadía, no tenía jeta ni nada el chico —, déjalo.

Intenté quitarle el móvil y entramos en el juego de yo lo intento y tú no me dejas que nos hizo rodar por el sofá y finalmente al suelo, con Jon encima de mí—. Jon...

Acercó su cara a la mía, lentamente, podía sentir su aliento rozando mis labios. ¡Dios mío, me iba a besar! Pero, de repente, se apartó y me dejó con la miel en la boca.

—¿Ves? No estás preparada para él, pero sí para mí. Háztelo mirar — soltó, con una carcajada que provocó la mía y me hizo recordar que por más bueno que estuviese y me provocase con toda la intención, Jon no era más que un buen amigo, mi mejor amigo.

Se levantó y estiró su mano para ayudar a incorporarme. Cuando lo hizo, me acercó a su pecho abrazándome como él solo sabía hacerlo, mostrando todo el cariño que me profesaba, ese que era de verdad.

—No puedes estar sola eternamente, mi niña. —Apretó más su abrazo y me reconfortó con su contacto.

—No lo estoy, Jon.

—Sí, bueno, Martina es una excelente compañía, pero ella un día se irá y tú te quedarás como la vieja de los gatos.

Otra vez me hizo reír. Ese hombre era un cielo.

—Hablando de Martina, tengo que ir a buscarla a kárate, ya casi es la hora y yo, como siempre, tarde.

—Te acompaño, me encanta ver a esa renacuaja hacer virguerías con sus patitas.

—¿Sabes que la profesora de kárate respiró tranquila cuando supo que no eras su padre y mucho menos mi pareja?

Una carcajada profunda salió de su pecho. Le encantaba saber que encandilaba a las mujeres.

—No está tan buena como tú, no podrá conseguir nada de mí nunca.

—¡Anda, calla y vamos antes de que Martina se quede de nuevo la última en salir y piensen definitivamente que soy una mala madre!

—¿Una mala madre, tú? No te conocen...

Nos arrastramos entre risas a la puerta de salida para ir a buscar a la única persona que me importaba en la vida, mi hija.

Bueno, aunque había otro hombre que no quería salir de mi cabeza y eso

ya era darle demasiada importancia. Pero ahí estaba.

Una vez llegamos a clase de kárate, lo dicho: todas las madres pululaban alrededor de Jon como abejas a la miel. Las tenía a todas locas. Si supiesen de él todo lo que yo sabía, hubiese roto el mito y más de una se habría llevado una desilusión. Pero era divertido ver cómo todas babeaban a su paso y, por otra parte, me encantaba ver cómo a Jon le crecía el ego entre tanta fémica. Lo dicho, si ellas supieran...



Capítulo 4

Álvaro

Lo que implicaba un desencuentro.

Hablar con ella por teléfono no era lo que más me apetecía, pero me consolaba poder, al menos, compartir esta conversación. Además, lo necesitaba.

—Nunca me habías hablado de una mujer así, me tienes impactada, hermano.

—No sé, Paula, no me había pasado nunca, es como si supiese que es para mí.

—Acaba de salir un cerdo machista de tu interior. Este no es mi hermano. —Esa burla de mi hermana me hizo reírme de mí mismo como hacía días que no lo hacía—. ¿Crees que irá? —preguntó intrigada—. Porque, además de un cerdo machista, no sabía que eras todo un romántico.

—No sé si irá, pero si no va, no voy a insistir más. No quiero que piense

que soy un acosador o algo así. No me apetece una denuncia, Pau.

—No seas bruto, no creo que ella piense de ti algo así. Me parece que está como tú, loca por verte, pero me da que hay algo que la frena —de repente, se calló—. Joder, ¿no estará casada, Álvaro?

¡Joder! No había caído en esa posibilidad. ¿Y si era una mujer comprometida? Pero no, nada parecía dar a entender eso, aunque tampoco la conocía tanto como para saberlo. ¿Por qué no se lo había preguntado?

—Álvaro, ¿estás ahí? —Paula me sacó de mis horribles pensamientos—. ¿Me vas a contestar?

—Joder, Pau, no se lo pregunté. Aunque, bueno, estamos en pleno siglo veintiuno, no creo que ella me lo quiera esconder o tenga vergüenza de decírmelo.

—Álvaro, a lo mejor está casada, y por más que estemos en pleno siglo veintiuno, tal vez ella no quiera que su marido lo sepa.

—Mira, mejor te cuelgo, que cuando te pones en plan abogada del diablo, me irritas.

Le colgué sin decir adiós y, arrepentido, le mandé un mensaje para rebajar su nivel de mosqueo que, para entonces, estaría en grado ocho de la escala Richter:

Yo: «Perdona, Pau, es que estoy muy nervioso, quiero verla y me da miedo pensar que haya algo que pueda impedirlo».

Paula: «Si está casada y no te lo dice, la buscaré y la diré unas cuantas cosas de abogada».

Me hizo reír de nuevo.

Yo: «No la espantes antes de conocerla».

Paula: «No te enamores antes de conocerla».

Mi hermana y sus insignes patadas en la boca, bueno, más bien en el corazón.

Viernes, Hotel López de Haro.

Había llegado al hotel una hora antes de lo previsto, pero es que estaba nervioso. Como nunca antes. Había reservado todo el spa para nosotros dos solos y quería que estuviese todo perfecto. Quería, no, deseaba impresionarla.

Estaba nervioso, cargado de deseo y con unas ganas enormes de tomarla entre mis brazos y besarla hasta que dejase marcas en sus labios. De acuerdo,

me estaba comportando como un idiota adolescente descerebrado y enamo... ¡Hey, esa palabra era demasiado fuerte hasta para mí! ¡Descartada!

Pasaban los minutos y ella no llegaba. Yo ya estaba nervioso, inquieto. Ocho y media, no llegaba. ¿Me iba a dejar plantado? ¿Y sin decir nada? ¡Sería cobarde!

Entonces un mensaje me llegó al móvil y lo miré, desesperanzado: «Siento avisarte a estas horas, me ha surgido un problema de última hora y no podré acudir a nuestra cita, perdona».

Si me hubiese mirado al espejo en ese instante, habría visto la palabra «idiota» inscrita en mi frente con luces de neón. Me había dejado literalmente plantado, con mensaje estúpido incluido, sí, pero plantado. No se podía ser más gilipollas. Ella había jugado conmigo, otra vez. Pero se acabó, ahora sí. No iba a comportarme como un niño enamorado (sí, enamorado) nunca más.

Subí a la habitación en la que se suponía que íbamos a dormir y, cuando entré, cerré de un portazo. Tiré el móvil al suelo, que no se hizo pedazos porque calló en la mullida alfombra sobre la cual tenía la intención de follarme a María, aunque estaba claro que eso ya no iba a suceder y me fui a la ducha. Sí, porque necesitaba aclararme las ideas y volver a ser yo. Una ducha me ayudaría, aunque también lo hizo un momento de goce solitario entre mi mano derecha y yo, dado que era lo máximo a lo que iba a aspirar esta noche. ¡Menuda desilusión!

El lunes en la oficina ya veríamos lo que iba a pasar.

María

Se decía que todos teníamos nuestra alma gemela en algún lugar esperando a ser encontrada. Yo pensaba que lo había hecho una vez en mi vida, pero no fue así, estaba muy equivocada, el tiempo me lo demostró. Volver a confiar en alguien era complicado, y más cuando decía sentir algo por ti y en ese instante lo veía rodeado de mujeres baboseando por él, a pesar de que Álvaro no se perdía cada uno de mis movimientos.

—Menos mal que no acudí a la cita...

—¿Qué cita, María? —Luis estaba detrás de mí y ni siquiera me había percatado de su presencia por estar mirando al calentabragas de Álvaro.

—No, nada, nada —contesté, intentando disimular mi desazón—. Una cita que tenía con un proveedor, que mejor que no haya ido porque me quería tomar el pelo.

—¿Cómo que te querían tomar el pelo? ¿De quién se trata para hablar con su gerente?

Maldita sea, no me esperaba esa respuesta de mi jefe. A ver ahora por dónde salía yo. Menos mal que en ese preciso momento San Móvil me salvó de una embarazosa situación.

—Espera un momento María, que me llaman de Recursos Humanos y estaba esperando esta llamada. —Según iba hablando, se alejaba y yo volví a respirar—. Luego hablamos de ese proveedor.

Sin querer, o tal vez queriendo, giré la cabeza y ahí seguía Álvaro, tonteando con Susana, una rubia de ojos azules que parecía ser que le conocía muy bien por lo mucho que le tocaba. ¡Sería...! A pesar de todo, Álvaro no dejaba de mirarme y eso me desconcertaba.

Empecé a recoger mis cosas de la mesa con la firme decisión de borrar de mis sueños más húmedos a mi *sexy* compañero de trabajo pero, de espaldas, una nunca sabía lo que te podía venir.

Sentí su presencia sin necesidad de que me tocara. Estaba agachada recogiendo mi bolso, cuando mi trasero chocó con algo firme. Me incorporé mientras me giraba y me di con él de cara. Estaba serio, o tal vez enfadado. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y me miraba fijamente, escrutando mis movimientos. Si no hubiese sido por su gesto adusto, habría pensado que con deseo, pero tras su actitud con Susana, albergaba serias dudas.

—Un placer verte de nuevo, María. —Podía notar el toque irónico en sus palabras.

—Álvaro...

—¿Me echaste de menos el viernes? —preguntó, apenas en un susurro.

—Yo... —Tenía que explicarle lo que había sucedido, el motivo por el que no fui, aunque no estaba segura de si realmente se lo merecía—. Tuve un problema.

—¡Oh, María! —Con los nervios por explicarle lo que sucedió, no me había percatado de que se estaba acercando a mí, tanto que podía sentir la excitación en él—. No me vengas con excusas.

—No es una excusa, Álvaro. —Mis piernas empezaron a temblar de los nervios que me provocaba—. Da la impresión de que estás molesto por mi plantón.

—¿Yo? —Señaló hacia sí mismo—. Para nada, cielo. Asumo perfectamente el rechazo. Pero si te sientes mal por ello...

Instintivamente me aparté de él, chocando contra el borde de la mesa.

—Creo que este no es el lugar para hablar de ello, Álvaro.

Miré a mi alrededor para comprobar quién quedaba en la oficina. No tenía la intención de montar ningún espectáculo en mi lugar de trabajo.

—¿Qué pasaría si ahora te beso delante de todo el mundo?

—Que la bofetada se escucharía en el Amazonas... —Mi reacción podría parecer desmesurada, pero no estaba dispuesta a continuar con esa situación.

Pero eso parece que le dio igual, porque se acercó tan rápido a mí que no me dio tiempo a reaccionar y soltársela. Entonces, hizo algo que me desconcertó totalmente. Justo cuando estaba rozando mis labios, se separó de mí y se quedó mirando.

—Pero no, va a ser que prefiero otra boca a una calentabraguetas que ni siquiera tiene una buena excusa para dejarme tirado.

Y tal y como vino, se fue, pero a buscar a Susana, que seguramente le calentaría la cama esa noche y a mí me habría olvidado antes de que ella se quedase sin ropa interior...



Capítulo 5

María

No me podía creer lo que estaba pasando. Para una vez que tomaba una decisión sobre mi vida, todo se torcía con el accidente de mi pequeña. Así que, en vez de estar pasando una noche lujuriosa en las manos de Álvaro, estuve ahí, en una sala de urgencias de pediatría esperando a que escayolasen a Martina. Cúbito roto. Bueno, estaba claro que alguna vez podía suceder, es lo que tenía practicar kárate. Pero ¿justo ese viernes?

—¿Has llamado a ese chico con el que quedaste, hija? —Mi madre me sacó repentinamente de mis pensamientos.

—Sí, mamá. Bueno, le he mandado un mensaje.

—¿Mensaje? —preguntó, sorprendida—. Hija, deberías haberlo llamado para explicarte. Estos métodos modernos que tenéis ahora para comunicaros no son lo mismo, se pueden malinterpretar las cosas. Bueno, al menos le habrás explicado el porqué del plantón.

—Sí, bueno, no. Solo le he dicho que no podía ir.

—Lo dicho, tú y tu arte para hablar, María, es que eres un caso. Posiblemente ese chico se haya pensado cualquier cosa de ti.

Pues sí, pensó mal. Los mensajes no eran el método más adecuado para facilitar información. Lo había dicho mi madre, se podían malinterpretar.

—Mari, ¿me escuchas?

Otra vez Jon me sacaba de mis pensamientos, o más bien me pillaba en ellos.

—Perdona, Álvaro... —contesté sin pensar.

—Me alegra saber que me comparas con ese adonis que te trae loca, pero te agradecería que me mirases a la cara antes de responder para saber con quién estás hablando —respondió Jon, mordaz.

—Vaya, Jon, lo siento, es que no me he dado cuenta...

—No te has dado cuenta, no te has dado cuenta... —Me cogió de los hombros y me puso frente a él—. Está claro que, a pesar de que te escuece saber que se fue con esa tal Susana el otro día, te ha quedado la espinita de no haber aclarado con él el malentendido de la «no cita» —dijo entrecomillando con los dedos.

—Puede ser, aunque no dejo de pensar en que lo primero que hizo sin escuchar mis excusas fue largarse con la primera tipa que se le puso a tiro. Así que tan importante como él decía no puedo ser cuando su reacción fue esa —afirmé, resignada.

—Y yo te recuerdo que, en muchas ocasiones, la verdad es que todos reaccionamos con lo que tenemos entre las piernas y no con lo que está encima de los hombros. Instinto de autoprotección, querida —respondió Jon con su sorna habitual—. Y ahora te dejo, que tengo una cita con alguien que no te voy a confesar.

—Sí, ya, a buenas horas me vas a decir con quién tienes tú citas... —repliqué, sabiendo de sobra por dónde iban sus conquistas.

—Un día te sorprenderé, ya verás —me amenazó, mientras recogía su chaqueta del asiento y se disponía a irse.

Me dio un beso en la mejilla y se dirigió a la puerta. Aunque, antes de abrirla, me miró de nuevo y se giró con el dedo índice de su mano derecha en alto.

—Estoy seguro de que un día de estos te voy a sorprender, Balaguer —insistió, con una mueca de burla en la boca.

Negué con la cabeza y le dejé marchar.

—¡Sorprenderme a mí a estas alturas! Pues como no me diga que es gay,

no creo que haya nada que me sorprenda de este hombre —susurré para mí misma ya que, para entonces, Jon ya había salido de casa.

Que Jon se fuera no fue el mejor antídoto para que yo dejase de pensar en Álvaro. Fue más bien el veneno que encendió mis pensamientos sobre él. ¿Y si volvía a intentar explicarle qué fue lo que sucedió con mi hija y que por eso no pude acudir a la cita? ¿Por qué demonios me preocupaba tanto darle esa explicación si él se fue con Susana? ¿Y si al final no sucedió nada entre ellos y yo, como él, no hacía más que suponer algo que no había pasado?

—¡Maldito Álvaro! ¿Es que no puedes desaparecer de mi cabeza y dejarme respirar un rato?

Y ese respiro me lo facilitó Martina, que apareció por la puerta con mi madre de la mano, recién llegadas de su casa.

—¡Mi amor! —me incorporé del sofá todo lo efusiva que pude para alcanzarla y darle un abrazo de oso maternal. Abrazo que ella rechazó porque ya se consideraba lo suficientemente mayor como para ser achuchada por su madre.

—¡Mamá, no! —se apartó de mis brazos como quien lo hace de la peste bubónica.

Estaba claro que la escayola no le había afectado a su cerebro y ya iba de «pequeña adulta».

—¿Qué tal la escuela? —le pregunté, con la intención de entablar una conversación madre hija tan necesaria para mi autoestima maternal.

—Muy bien —se adelantó mi madre a su respuesta—, se ha estado chuleando con todos los niños de clase su escayola y, por supuesto, está firmada por todo su masculino club de fans.

Sonreí como una boba ante las palabras de mi madre porque Martina había heredado los impresionantes ojos azules de mi padre, que eran las delicias de todas las niñas de la escuela y también de alguna madre. Cuando fuese adulta iba a ser la perfecta rompecorazones. ¡Mierda, otra vez Álvaro en mi cabeza!

—Begoña, ¡no digas eso a mamá que la asustas! —reaccionó Martina a las palabras de su abuela.

Sí, Begoña. Y es que mi madre se había negado en redondo que la llamasen abuela, porque ella, a sus cincuenta y seis años, se sentía muy joven para ser abuela y, la verdad, estaba estupenda, porque no solo no aparentaba la edad que tenía, sino que encima lo había conseguido sin potingues ni cirugías. ¡Bendita naturaleza! ¡Ojalá yo llegase a su edad así! Era la delicia de

los abuelos de la escuela, donde, tanto viudos como separados, y los que no lo eran también, le echaban los tejos sin ningún recato, aunque ella rechazaba indolentemente a todos.

—Bueno, mientras tú intentas ablandar el corazón de tu hija y mendigar un abrazo suyo —me miró, burlona—, yo me voy, que he quedado.

—¿Has quedado? —Miré el reloj de pared de la sala—. Pero ¡si son las siete y media! ¿A esta hora todavía juegas a las cartas con tus amigas? ¿U os vais de compras?

—Ay, hija, si tú supieras cómo juego yo a las cartas y desplumo al personal...

Era la segunda vez que escuchaba de alguien decir «si yo supiera» esa tarde. Me hubiese gustado saber tantas cosas... Mi madre nos lanzó un beso al aire y se largó por la puerta en dirección a su cita con el juego.

—¿Me vas a contar qué tal el cole? —insistí con mi hija para conocer su versión del día.

—Abu ya te ha contado todo, *ama*, yo solo te puedo decir que los chicos me han querido dar un beso y eso da mucho asco... ¡Puag! —Se limpió los labios con el brazo escayolado y achinó los ojos con desagrado.

Mi pequeña Martina ahora rechazaba los besos de los chicos. Veríamos dentro de unos años...

Estuve toda la tarde con mi hija, disfrutando de su presencia y ayudándola con las tareas de la escuela, ya que, con el brazo escayolado, le resultaba un poco complicado, aunque no tanto como el posterior baño, en el que tuve que hacer auténticas virguerías para no mojar la escayola y tratar de lavarla. La mandé a la cama y con las mismas intenciones me veía yo cuando me llegó un mensaje de Jon:

Si vas a intentarlo, hazlo con todas tus fuerzas, no lo hagas a medias.

¡Amigos para esto!

No estaba muy segura de querer hacerlo. Álvaro no me lo iba a poner nada fácil y la verdad era que estaba siendo injusto con su actitud. Me merecía poder explicarme, ¿no? El caso era que no me gustaba la sensación que me provocó ese rechazo. No me gustaba ver como él estaba siendo capaz de hacer caer mis murallas amorosas. Pero prefería no pensarlo y me lancé.

Álvaro

La noche que pasé con Susana no habría estado nada mal de no ser porque

me la tiré pensando en el cuerpo de otra. Una más morena, más *sexy*, inteligente y guapa. Iba por mal camino si seguía así. ¡Me dejó plantado, joder! ¡Es que no se podía ser más necio! El hecho de que nunca una mujer me hubiese dejado plantado antes podría tener algo que ver.

Tenía toda la intención de ponerme a trabajar en el nuevo proyecto para ver si por una hora o dos era capaz de olvidarme de ella, cuando mi teléfono sonó y en la pantalla pude ver el nombre de la mujer que precisamente pretendía olvidar.

—¿Hay algún tema laboral que precise de mi atención a estas horas de la noche? —contesté, todo lo borde que me dio la gana ser.

—Hola, Álvaro —respondió ella sin un solo atisbo de sentirse molesta por mi reacción—. Me gustaría poder hablar contigo sobre lo que sucedió el otro día porque quisiera que supieses el motivo por el que te dejé plantado.

—Ya no importa, María. Con tu reacción me dejaste bien claro que no estás interesada en nada conmigo.

—Hace unos días tú me pediste una cita para poder conversar sobre lo que sucede entre nosotros. Creo que yo soy ahora la que se merece esa cita, ¿no crees?

Menudo *zasca* que me había lanzado. En su favor, debía de admitir que a lo mejor era más madura que yo a la hora de tratar temas sentimentales y, a decir verdad, me moría por verla de nuevo.

—¿Esta vez no me vas a dejar plantado? —aseveré esta vez sin inquina, pero ya con la mosca detrás de la oreja, después de la pasada experiencia.

—No, espero que no. Aunque te prometo que, si sucede algo, seré menos escueta.

Se hizo un silencio en la línea y no supe si me había colgado o no sabía qué decir a continuación.

—Tengo una hija, Álvaro —soltó de repente.

—¿Estás casada? —gruñí, recordando las palabras de mi hermana sobre su estado civil.

—¿Eh? ¡No, no! ¡En absoluto! ¡Solo tengo una hija!

Bueno, una hija, como el que podría decir tengo un bolso de Louis Vuitton, me sonó cuando menos extraño.

—Perdona, quiero decir, yo... —Se puso tan nerviosa que no era capaz de dar con las palabras correctas para explicarse. Hasta me resultó gracioso—. Yo tengo una hija, que se llama Martina, tiene nueve años y es lo más importante de mi vida.

—Calma, calma. Creo que te he entendido —resoplé sobre el micrófono del teléfono tan fuerte que pude sentir la reacción de ella a través de la línea —. Lo siento, quiero decir que, si no estás casada, no pasa nada porque tengas una hija. —¡Bravo, Álvaro! ¡Arréglalo! —Bueno, creo que yo tampoco me he explicado muy bien... —traté de corregirme.

—Déjalo, Álvaro, creo que no es una buena idea. Además, estás con Susana...

—¡Yo no estoy con Susana! —reaccioné con exageración. Entre otras cosas porque eso no era del todo cierto.

—Pero te acostaste con ella y supongo que eso le da ciertas atribuciones.

—¡No me acosté con ella!

Con todas las veces que podía haber mentido en mi vida y solo a mí se me ocurría hacerlo en ese preciso instante y, encima, el suspiro de alivio de ella tras la línea, me alentó a continuar.

—Pensé que, como te fuiste con ella el otro día, habríais acabado la noche juntos...

—Bueno, lo que importa es que tú ahora sí quieres quedar conmigo —la interrumpí para no dar más pie al drama y acabar fastidiándola del todo.

—¿Aceptas entonces quedar conmigo? —pidió ella con un ruego cargado de inocencia.

—En mi casa, este sábado. Sin excusas. Una buena cena, una explicación de lo que sucedió y, tal vez, aunque sea lo que más desee en estos momentos contigo, pasar toda la noche dentro de ti. —Su gemido me sirvió como confirmación de mis planes.

—Te veo mañana en la oficina, Álvaro —se despidió en un susurro.

—Hasta mañana, María. Deseo que descanses bien.

«Deseo». Esa palabra la tenía bien grabada en mi interior y esperaba que, pronto, en el suyo.

Me fui a la cama, pero no pude dormirme. Solo pensaba en dos cosas: volver a verla y la mentira que le había dicho. No supe por qué se me ocurrió ocultar mi aventura con Susana y más cuando María y yo no éramos nada, pero no sabía qué demonio se me había metido en el cuerpo como para ocultar lo sucedido. Tal vez porque Susana no era nadie para mí y María,... Bueno, ella podría ser algo más y me entró miedo, miedo a decepcionarla, porque algo me decía que le costaba mucho confiar en los hombres y mi currículum amoroso no era para mejorar esa situación. Aunque, posiblemente, mi reacción no fuese la más acertada. O sí, si era capaz de mantener al margen de mi vida mi

relación con Susana.



Capítulo 6

María

Me costaba confiar en los hombres. No podía evitarlo. La relación con el padre de Martina dejó en mí un poso de recelo que no podía evitar. Aun así, lo que Álvaro me proponía era tan tentador que me hizo replantearme mis principios autoimpuestos. Yo era como una mariposa nocturna, él mi peligrosa luz, y no podía evitar acercarme.

Era viernes, y desde la llamada del martes, estaba a la expectativa de todo lo que pudiese suceder entre nosotros en el trabajo. Aunque, como profesionales que éramos, el ambiente laboral era de lo más normal, en ocasiones el intercambio de miradas nos devolvía a la noche en que nos conocimos, a nuestro encuentro posterior, a algo que no podía describir y que afianzaba esa confianza que estaba depositando en él sin darme cuenta.

—María, Álvaro, ¡en dos minutos, en mi despacho! —interrumpió mis pensamientos nuestro jefe, con cara de mal humor.

Nos miramos el uno al otro extrañados y nos dirigimos al despacho de

Luis, preocupados por su actitud. Raramente se solía enfadar y mucho menos así. Entramos allí y Luis cerró la puerta de un portazo a nuestras espaldas.

—¿Cuándo teníais la intención de contármelo?

Álvaro y yo nos miramos a la cara, extrañados. Empecé a ponerme nerviosa, pero más aún cuando comprobé la reacción de Álvaro. No manifestaba ni una sola señal de inquietud, como el que veía llover. Nada. En cambio yo, según pasaban los segundos, empezaba a sentir una angustia inexplicable, entre otras cosas porque no tenía muy claro cuál era el motivo de su pregunta y porque, en el caso de que fuese lo que Álvaro y yo imaginábamos, no existía una política de empresa, al menos por escrito, que prohibiese las relaciones entre compañeros.

—Yo sí lo sabía. A María no le digas nada porque todavía no se lo había contado.

La respuesta de Álvaro me dejó boquiabierta. No solo no sabía de qué hablaban, sino que encima era algo laboral y que supuestamente debía de saber, por la cara de Luis.

—¿Y qué es lo que no sé, pero debería saber? —pregunté irritada, con mi cara puesta en Álvaro, que finalmente acabó por mirarme con gesto desangelado por la culpa.

—Que el anterior director es posible que se llevara las ideas para el *spot* de la nueva campaña y... —Se quedó pensativo y con su rostro descompuesto.

—¿Y? —grité, ya enfurecida.

Álvaro cogió aire y miró a Luis, que tenía la vena del cuello a punto de estallar.

—Ese *spot* va a salir en unos días en la tele y no sabemos qué es lo que puede haber utilizado de lo que se llevó y si realmente lo ha hecho —contestó, mirando a Luis.

—¿No tienes nada mejor que decir, Alvarito? —increparle con ese diminutivo estuvo fuera de lugar, aunque en ese instante solo me apetecía darle a Álvaro con la agenda en los morros.

—Insisto en que María no sabía nada y no quise ponerla al tanto hasta no saber el alcance de todo.

De nuevo salió en mi defensa y eso hizo que se me bajara el enfado un par de grados y me subiera el calor corporal diez. ¡Siempre me dejaba sin recursos para estar resentida con él! Así que, en esta ocasión, le tenía que devolver el favor.

—No pretendo quitarme responsabilidad con este problema, Luis, pero es

cierto que no lo sabía, aunque posiblemente debería haberlo sabido —miré en dirección a Álvaro con toda la intención de echarle una reprimenda visual, pero no pude porque me ganó en décimas de segundo con su caída de ojos—. Eso no quita para que me sienta responsable y crea que debo de buscar una solución de inmediato.

—Mira, María, esto es así: en otras circunstancias, esta tesitura sería un motivo de despido inmediato a los dos. —Un grito ahogado se me atragantó en la garganta del disgusto que estaba a punto de llevarme—, pero no puedo permitirme el lujo de despedir al jefe de operaciones y a mi recién contratada directora de *marketing*. Así que —nos apuntó con el dedo índice—, espero que solucionéis esto de la mejor manera posible o me veré en la obligación de mandaros a la puñetera calle a los dos.

—Luis... —le nombramos los dos al unísono.

—Luis nada, poneos a trabajar en esto y no quiero veros despegados el uno del otro hasta que lo resolváis.

Nos dimos la media vuelta para salir de su despacho. Fui a coger el pomo de la puerta, cuando Álvaro se me adelantó para abrir él y darme paso. Entonces, justo en el momento que pasaba por su lado, y contando con que nuestro jefe esta de espaldas, Álvaro se agachó lo suficiente como para pegarse a mi oído y susurrarme:

—De nada, preciosa. Pero no te preocupes, que me la pienso cobrar en mi casa.

El aire que salió de su boca recorrió como un torrente mi oreja hasta llegar a la nuca. Me tuve que tragar un gemido del deseo que me despertó con sus palabras. Me dejó pasar, miró a Luis para cerciorarse de que no nos observaba a nosotros y cerró la puerta a sus espaldas.

—No lo olvides. Este sábado en mi casa. Y ahora, María, ¡a trabajar!

Dio una palmada en el aire y me sobresaltó lo justo para mostrarle que me había dejado obnubilada con sus palabras. Fruncí el ceño y lo único que obtuve fui una sonrisa triunfal que se llevó hasta su escritorio.

¡Menudo problema! Teníamos que rescatar una campaña publicitaria los dos juntos y, como había dicho Luis, pegados hasta que lo resolviésemos.

Álvaro

No supe qué demonio me había poseído para salir en defensa de María,

cuando en realidad ella debería haber sabido lo del *spot* publicitario porque, entre otras cosas, tenía acceso a todos los documentos, tanto en papel como digitales que el anterior director había tenido en sus manos. Pero algo me decía que ese despiste fue involuntario, más que nada porque, además de que llevaba pocos días en la empresa, me podía apostar mi noche de sábado con ella a que era una gran profesional que todavía no había demostrado su talento, así que me la jugué por ella. Sí, yo, Álvaro Iriondo, me la estaba jugando por una compañera, una muy especial.

Lo de estar pegados esos días fue literal. Teníamos que saber si el *spot* podía contener espionaje empresarial antes de que saliese. Era imprescindible porque así no nos quitarían la idea y podríamos denunciar al anterior director con pruebas.

Hasta el momento, nuestra búsqueda entre los informes en papel no daba frutos. Faltaban los informes digitales y ahí íbamos a necesitar ayuda del Departamento de Sistemas, porque si habían robado algún proyecto, existía la posibilidad de que lo hubieran borrado.

—Chicos, es viernes, son casi las siete de la tarde. ¿No tenéis casa? —La interrupción de Susana nos sacó de la tarea de búsqueda en la que estábamos enfrascados.

Levantamos a la vez la cabeza del teclado del ordenador para mirarla y mirarnos. Se nos escapó a ambos una sonrisa que, en mi caso, me recordó lo mucho que empezaba a necesitar tenerla entre mis brazos.

—Sí, es que tenemos que acabar...

—María, es tarde —la interrumpí, a la vez que me levantaba de la silla y apagaba el ordenador—, lo que no hayamos encontrado ya, no lo vamos a hacer por cinco minutos más que nos quedemos aquí.

Estaba a punto de abrir la boca para, seguro, rebatirme, cuando me vio alzar la mano para volver a interrumpirla.

—Vamos. Necesitamos descansar.

—Lo necesitamos todos —añadió Susana. —Esta campaña nos va a traer de cabeza si no nos adelantamos a la competencia.

María se dio por vencida. Apagó su ordenador y también se incorporó de su asiento.

—Os veo el lunes —dijo Susana, a la vez que se despedía con la mano.

Un movimiento de mi cabeza a modo de despedida bastó para que empezara a alejarse. No quise acercarme mucho a ella porque no me apetecía nada que malinterpretase mi gesto. No quería nada más con ella y debía

dejárselo claro.

Una vez que comprobé que Susana ya se había ido, me acerqué por detrás, con sigilo, hacia María, que estaba cogiendo su chaqueta del guardarropa. Un impulso primario me llevó a entrar con ella en la habitación, cerrar la puerta a mis espaldas y la atraparla por la cintura.

—Llevo toda la jodida semana pensando en ti. No puedo evitar perseguir ese olor a cítrico dulce que inunda la oficina cuando entras en ella.

Tocarla me ponía malo. Un simple roce conseguía llenarme de escalofríos desde la punta de los dedos hasta la columna vertebral. Y si ella gemía a mi contacto, entonces era como sentir fuegos artificiales a mi alrededor: me quemaba por dentro.

—Pues tendrás que esperar a mañana. Tengo que ir a casa. Mi madre está cuidando de Martina, hoy tiene de nuevo una cita y no puede atenderla.

Si dijese que ese rechazo me quitó las ganas de tocarla, mentiría. Porque la anticipación de saber que la iba a ver al día siguiente me puso peor. Así que la apreté contra mí y le hice saber con claridad las ganas que tenía de volver a estar con ella. Una y mil noches podría estar con ella.

—¿Estás segura de que no me puedes dar un anticipo? —Rocé mi miembro contra sus glúteos a ver si así lograba que cediese un poco.

Y lo cierto fue que no se hizo esperar mucho, porque se giró sobre sí misma y me dejó sin habla cuando descubrí que se había desabrochado la camisa y me encontré con las vistas perfectas de sus pechos envueltos en un encaje azul que dejaba entrever sus deliciosos y enhiestos pezones. ¡Esta mujer me iba a llevar a la tumba si hacía esas cosas!

Su osadía me dejó claro qué era lo que debía hacer. Darle un poco de lo que buscaba, pero dejándola con las suficientes ganas como para que al día siguiente no tuviese ninguna excusa para no venir a nuestra cita. Así que, lentamente, con las yemas de mis dedos, inicié mi dulce tortura por encima de las copas del sujetador. Bajé lentamente ambas mientras le rozaba la piel, tentándola. Podía sentir los latidos de su corazón, su cuerpo vibrar, sus suaves gemidos. Se estaba derritiendo con mi contacto y yo me sentí el puto amo del universo al saber que era el causante de ese fuego.

—Preciosa, me muero por besarte aquí —le dije, señalando su pezón con el dedo—. Me muero por pasar mi lengua y hacerte gemir bien alto. —Saqué mi lengua e hice el amago de hacerlo, pero me eché hacia atrás tan solo para ver su mirada nublada por el deseo.

Entonces, me lamí el labio inferior y acudí al encuentro de su boca, tan

suave, tan húmeda, tan mía. Ahí quise tenerla. Y así la dejé, porque en un arranque de maldad, le subí de nuevo las copas del sostén y me retiré de sus labios. Acción que a ella la dejó descolocada.

—Pero tendrá que ser mañana. Hoy nos tendremos que conformar con dejar la miel en los labios para poder saborearla entera mañana. —Me relamí de nuevo con toda la intención de dejarla con las ganas.

Casi me mató con la mirada, pero yo, coherente con lo que deseaba conseguir de ella, me aparté del todo, re Coloqué mi miembro, me erguí y la dejé plantada en el guardarropa con el ansia despierta entre las piernas.

Aunque, lo que María no sabía era que yo me iba igual o peor que ella. Pero no se lo iba a dejar saber hasta el día siguiente, momento en el que tenía toda la intención de mostrarle lo mucho que la deseaba.

Me escabullía rápidamente hacia el ascensor cuando escuché un grito suyo al fondo seguido de una risa nerviosa.

—¡Me las pagarás, Álvaro! ¡Esto no se va a quedar así!

Por supuesto que no se iba a quedar así, íbamos a llegar hasta el final, de unas cuantas formas diferentes, y todas acabarían en orgasmo.



Capítulo 7

María

El muy patán ayer me dejó con las ganas, con muchas, y no solo de sexo, también con las de estrangularle por ponerme como lo hizo y largarse. Pero tenía muy claro que me las iba a pagar. Así que llegué a casa agotada por el trabajo en la oficina y excitada por el capullo de Álvaro. Un cóctel explosivo, pero cuando entré por la puerta y me encontré a mi madre con prisas por largarse a su extraña cita y con Martina a medio bañar, me dejó aún peor.

—Mamá, ¿qué prisa tienes? —pregunté, inquisitiva. Lo cierto era que últimamente estaba bien rara.

—Que he quedado y estoy a medio preparar —respondió, evasiva y con la mano en el pomo de la puerta.

—Mamá...

—¡No me líes, que tengo prisa!

Y me dejó con la palabra en la boca y, en la mano, su móvil, en el que de repente entró un mensaje: «Esta noche no te voy a dejar dormir, Begotxu».

Mi cara en ese instante debió de ser un poema. ¿Mi madre con un hombre? ¿Uno sin nombre? Exacto, porque el mensaje que acaba de entrar era de alguien que llamaba cariñosamente Begotxu a mi madre y que no tenía nombre en el remitente. Se me quedaron los ojos como platos. No es que me debiese una explicación, pero ¿por qué escondía una relación? Desde hacía años esperaba que mi madre rehiciese su vida y millones de veces la había animado a ello, así que no lograba comprender su actitud. Guardé el teléfono en el bolso y me prometí indagar más sobre el tema. Vamos, ¡no me iba a quedar sin saberlo!

Con media sonrisa en mi cara por saber ese secreto que tan bien escondía mi madre, metí a Martina en la cama y nos fuimos a dormir. Aunque yo lo hice con Álvaro en mis sueños, los más húmedos, que me llevaron hasta la mañana del sábado y con los nervios a flor de piel. Era mi cita con él.

No tenía intención de ponerme demasiado coqueta. Álvaro ya me tenía más que reconocida, tanto vestida como desnuda. Pero, claro, abrir el armario y sentir que no tenía nada decente que ponerme fue el acicate para rebuscar entre mis tesoros el vestido perfecto. Salía de la ducha cuando escuché a mi madre entrar por la puerta toda acelerada, de nuevo.

—¡Niña, ya estoy aquí! —gritó desde la entrada como si la casa tuviese doscientos metros cuadrados.

—¡Estoy en el baño! ¡Ahora salgo! —grité, mientras salía de la ducha y me colocaba el albornoz.

Escuché a Martina corretear por el pasillo para ir a saludar a su adorada abuela. Era su diosa. Nadie podía meterse con ella. Adoraba el suelo que pisaba, así que era fácil convencerla para que se quedase con ella.

Fui a la sala y me encontré a Martina y a mi madre buscando entre los cojines. Me imaginé el qué, pero no me quise quedar con la intriga de saber la cara que se le iba a quedar a mi madre ante mi pregunta.

—¿Qué buscáis entre los cojines? ¿Algún juguete de la niña o qué? —pregunté, con aparente desinterés.

Noté la reacción de mi madre que, aunque trató de disimular, empezó a ponerse nerviosa.

—Nada, hija, solo que pensé que había dejado olvidado ayer mi móvil, pero veo que no. Seguramente lo habré perdido en algún bar —contestó, con un falso desaire.

No pude evitar reírme por dentro. Ver a mi madre nerviosa por el móvil era lo último que me esperaba de ella. Me estaba dejando sorprendida su

actitud. Así que no quise hacerla sufrir más y me dirigí a mi bolso para devolverle lo que con tantas ansias estaba buscando.

—¡Ah, no, mamá! Te lo dejaste aquí —confesé, mientras le entregaba el teléfono—. Te lo guardé en mi bolso por si lo encontraba Martina y veía cosas que tal vez no debería —ironicé.

Mi sarcasmo fue captado a la primera por ella, que literalmente me arrebató el aparato de las manos y lo guardó en su bolso como si fuese un lingote de oro. No supe si presionarla un poco más y tirarle de la lengua o esperar a que saliese por su boca lo que con empeño trataba de esconder. Preferí esperar. O no.

—Bueno, mamá. La que tiene prisa hoy soy yo que, como bien sabes, he quedado. Me voy a vestir. Cuando te apetezca, ya me confesarás quién es ese hombre misterioso que anoche no te dejó dormir.

Y, con las mismas, la dejé con la palabra en la boca y me fui a cambiar entre risas de ambas, la suya nerviosa y la mía de alegría por saber que mi madre, por fin, parecía que estaba rehaciendo su vida. Cuando estuviese preparada para contármelo todo, estaba segura de que lo haría.

Finalmente, y tras dar varias vueltas a mi armario, me decanté por ponerme un vestido con falda de tubo azul que no me ponía desde el divorcio de Salva y que no me quedaba nada mal, la verdad, botines de tacón y con poco maquillaje, aunque sí resalté mis ojos y mis labios.

Salí por la puerta de casa lanzándole un último beso a Martina y un guiño perverso a mi madre. Ella me iba a tener que contar lo que sucedía sí o sí. Pero, por el momento, me conformaría con el mensaje del móvil.

Llegué en tranvía al edificio de apartamentos donde Álvaro residía. Aluciné cuando me dijo que vivía en las Torres Isozaki. No quería decir que no pudiese permitírselo. Era un hombre soltero, sin cargas y con poder adquisitivo, pero esos pisos costaban un ojo de la cara y parte del otro. Me ponía más nerviosa según iba acercándome a su portal. Parecía increíble, ya nos habíamos acostados juntos, nos habíamos besado en alguna que otra ocasión y aun así sentía ese cosquilleo de la primera cita en el estómago. Así que me planté en la puerta de su casa con las manos temblando de la expectación por lo que iba a pasar. No me dio tiempo a llamar de nuevo al timbre, porque él apareció en la puerta con la misma exactitud que si me hubiese estado vigilando por una cámara de seguridad. No era broma, miré a mi alrededor por si acaso. Ese edificio parecía Fort Nox.

—Hola, María —saludó, con una sensualidad que me erizó la piel la nuca

hasta las puntas de los pies.

Me agarró por la cintura para acercarme a él lo suficiente como para robarme un cálido y suave beso en los labios. De esos que duraban una milésima de segundo, pero que te dejaban temblando como una hoja. Además, Álvaro tenía esa capacidad asombrosa de dejar huella con sus besos y con su tacto, podías sentir su contacto hasta segundos después de haberse apartado de ti. Dejaba su onda expansiva en mi cuerpo como una señal.

Álvaro

Cuando María entró por la puerta, me atraganté con mi propia saliva. Nunca una mujer me había hecho sentir así, como un adolescente expectante por su primera cita. Nos habíamos visto desnudos, nos habíamos besado, tocado, habíamos follado como locos, pero nunca antes había sentido la necesidad imperiosa de volver a ver a una mujer de esa forma.

Tenía ganas de besarla, llevarla a mi cama y hacerle todas y cada una de las cosas con las que había soñado estos días, no una vez, sino varias. Hasta que me hartara de su cuerpo y que esa atracción que me estaba empezando a consumir se disipase de una buena vez. Quise besarla hasta adherirme a ella, en cambio, una vez que entró por la puerta, tan solo pude darle un beso suave, de esos que te dejaban con ganas de más. Y el que se quedó con ganas de más fui yo.

La ayudé a quitarse el abrigo y con toda la calma que me permitió mi estado de nervios, la acompañé al salón. Me encantó ver cómo trató de disimular su cara de asombro al comprobar la vista de la ciudad que tenía a través de los impresionantes ventanales que iban del suelo al techo.

—Menudas vistas... —confesó, mientras se giraba para sonreírme de esa forma que hizo que me derritiera por ella un poco más.

—Ya te digo —confirmé, pero pensando en las vistas que tenía de ella misma con los ventanales detrás. Esas vistas con ella en mi casa era las mejores que había tenido en mi vida.

Se asomó y miró hacia la calle.

—El puente Calatrava, el funicular, el ayuntamiento, la ría...

Me coloqué detrás de ella y la abracé por la cintura.

—Imagínalo tú esta noche desde mi cama, desnuda, mientras te hago el amor.

—¿Ya me has perdonado por mi plantón del otro día? —preguntó,

girándose sobre sí misma para colocarse frente a mí.

—Me debes una explicación, sí, ¿pero qué tal si lo haces mientras cenamos? —Le di un beso en la nariz y la acerqué de la mano a la mesa del comedor.

Cogí la silla y la invité a sentarse. Me sonrió de lado y se acomodó en ella.

—¿Siempre eres tan caballeroso con todas tus conquistas?

—Solo con las que me dejan plantado —contesté, al tiempo que tomaba asiento.

Se quedó pensativa mientras miraba todo lo que esa noche me había esmerado en preparar para sorprenderla. Ensalada de queso de cabra con tomate seco y nueces, quiche de verduras y, de postre, una *fondue* de chocolate, que si todo salía como yo quería, acabaría degustando sobre su cuerpo.

—¿Así que eres un cocinillas? —Se interesó al ver la mesa.

—La culpa es de Edurne. —Me miró sorprendida y con un deje de celos en su reacción que me tentó a ponerla más celosa, pero me contuve por los pelos—. Mi madre. Cuando fui a la universidad, me dijo que o aprendía a cocinar o no tenía la intención de dejar su reputación por los suelos por un hijo vago.

—¿Su reputación? —indagó curiosa.

—Sí, mi madre es propietaria de un servicio de *catering* desde hace más de veinte años y, claro está, nunca me molesté en aprender a cocinar porque todo lo hacía ella. —Sonrió divertida. Una sonrisa que despertó mi erección de su letargo—. Pero ella no iba a permitir que se supiese que su hijo no sabía freír un huevo. Así que me pasé parte del último año de carrera y el verano de mi graduación en las cocinas del negocio familiar.

—Muy inteligente tu madre y se lo debo agradecer, por todo lo que veo a mi alrededor —afirmó, señalando la cena y la casa con pose servicial.

—Si lo dices por la casa, no te pienses que soy millonario, María. —Se rio de nuevo y sentí que mis pantalones iban a estallar de un momento a otro. Me contuve para no lanzarme sobre ella ya mismo y tumbarla sobre la mesa para hacer realidad otra de mis fantasías—. Mis padres me ayudaron con la compra. Bueno, más bien aportaron un porcentaje lo suficientemente importante como para que yo pudiera permitirme la hipoteca.

—¿Eres hijo único?

—No, tengo una hermana mayor muy pesada que me amarga y me alegra la

vida. Tampoco trabaja en el negocio familiar. Es abogada, aunque también cocina de cine. —Señalé una foto de ambos que había en la repisa—. Pero el negocio de mis padres iba lo suficientemente bien como para ayudarnos. No me malinterpretes, mis padres no son millonarios ni mucho menos, pero su norma es dejarnos su herencia en vida para vernos disfrutarla con la tranquilidad de que hemos sabido administrarla lo suficientemente bien —me expliqué, dejando bien claro que yo no era ni pretendía ser un hijo de papá—. Y ahora tú...

—Yo..., yo soy una mujer divorciada, con una hija de nueve años. —Mi cara de sorpresa al saber la edad de su hija quedó en evidencia, ya que María no debía de llegar a los treinta y cinco, suponía—. Sí, fui madre joven. No me había licenciado cuando conocí a su padre —desveló, al comprobar mi cara—. Pero bueno, eso forma parte del pasado y mi presente es explicarte el motivo por el que no pude ir a nuestra cita. —Se quedó pensativa un instante y tomó aire—. Martina, mi hija, hace kárate y en una de sus clases, se lo tomó tan en serio que acabamos en urgencias. Siento no habértelo contado.

Me sentí como un cabronazo, como un total y absoluto imbécil. Ciertamente era que ella me lo podía haber contado en su momento, pero estaba claro que el motivo de que no apareciese era de suficiente peso como para hacerme sentir de lo peor. Esta mujer me gustaba más de lo que me permitía admitir.



Capítulo 8

María

Mi atracción por Álvaro empezaba a ir más allá de lo meramente físico. Me gustaba su forma de hablar sobre sí mismo y sobre su familia. Escucharle nombrar a su hermana con ese orgullo de hermano pequeño era muy tierno. De sus padres, trabajadores incansables. Me asusté al entrar en su casa y comprobar que vivía en un piso de lujo. Sinceramente, pensé que era el típico niño pijo que solo buscaba un poco de diversión conmigo. Pero no, detrás de esa máscara de aparente frivolidad masculina, asomaba un hombre encantador con el que podía tratar cualquier tema. Eso me gustaba mucho. Y más me gustó saber que cuando le mencioné a Martina, no puso ninguna cara extraña por ser madre.

Me quedé embobada mirándole mientras hablaba. Estaba guapísimo con una camisa negra ajustada a su perfecta figura y unos *jeans*. A pesar de nuestro fugaz encuentro y los posteriores desencuentros, nunca había tenido la posibilidad de fijarme en él detenidamente. Me gustaba su forma de

expresarse. Imprimía en sus gestos una sensualidad que parecía innata en él. Todo era natural en sus actos, nada estudiado. Me agradaba la sensación de sentir como si lo conociese de toda la vida. De repente, dejó de hablar y se me quedó mirando. El aire entonces se tornó algo más denso y volvió a nosotros esa tensión sexual que nos perseguía desde que nos conocimos.

—No me mires así —dijo mientras se levantaba de la mesa y me ofrecía la mano para invitarme a seguirle.

Me incorporé con él y nos dirigimos a uno de los enormes ventanales que había en la estancia. Era increíble el contraste de ver la ciudad desde la planta diecisiete del edificio y sentirte expuesta a ello. Puse las manos en uno de los fríos cristales al sentir que Álvaro me besaba en el cuello, necesité sostenerme a algo que no fuese él para no lanzarme instintivamente a sus brazos.

—Quiero follarte aquí.

Me sobresalté con sus palabras y me giré para responderle.

—¡Qué dices! ¡Estás loco! ¡No quiero ser la comidilla de las redes sociales mañana!

Me giró de nuevo bruscamente para ponerme cara a los cristales y me aprisionó frente a ellos.

—Son cristales traslúcidos, cielo. No va a ver nadie cómo entro en ti, no va a ver nadie tu cara cuando te corras. Aunque en el fondo es una pena, porque iba a ser la envidia de toda la ciudad.

Me reí y la convulsión de mi risa hizo que me juntase más a él y notara la protuberancia de su miembro. ¡Ya estaba listo! Bueno, a decir verdad, yo ya lo estaba desde el mismo instante que me dio la mano para levantarme de la silla.

—¿A todas las engañas así? —pregunté, con un tono celoso que no hubiese querido sacar.

—A ninguna le había cocinado antes. —Ladeó su cabeza para mirarme, curioso—. ¿Acaso estás celosa de no ser la primera?

Lo estaba, pero no se lo iba a confesar. Además, mi voz interior, por un pequeño instante, luchó por salir y gritarle que quería ser la última. «Domina esta efusividad, Mari...».

—No, si ya sé que no te encuentro virgen. —Se rio por mi ocurrencia—, pero que te quede claro que no me gusta compartir mis juguetes.

—Así que solo soy un juguete para ti. —Me apretó más fuerte contra su miembro—. Entonces, a lo mejor a mí no me gusta jugar a tu juego y prefiero el mío. —Metió su mano por debajo del vestido y empezó a investigar con sus dedos por mi pantorrilla.

Sin apenas dejarme respirar, me subió el vestido hasta las caderas y me instó a que me agachara y apoyase mis manos en la ventana. Fue como encender mi mecha interior. No me hizo falta nada más. Sentí cómo se bajaba la cremallera del pantalón y se liberaba. Llevó su mano hasta mi ropa interior y la apartó lo suficiente como para rozar la punta de su erección contra mi abertura. Vi las estrellas y no me hizo falta mirar por la ventana.

—Álvaro...

—Sí, cielo... ¿Necesitas algo de mí?

¿Necesitar? ¿Necesitar? Pues claro que necesitaba algo, a él dentro de mí. No me dio tiempo a responder cuando escuché cómo rompía el envoltorio de un preservativo. Se lo enfundó y de una sola embestida me penetró. Lava fundida se deslizó entre mis piernas. No supe si por la borrachera o por qué, pero no recordaba haber tenido esa bestial conexión con él en nuestro primer encuentro. Álvaro entraba y salía de mí como si conociese palmo a palmo los secretos de mi placer, de mi interior. Con cada embestida sentía que le entregaba un poco más de mí. Mis manos contra el cristal, sus jadeos, el sonido de nuestros cuerpos golpeándose. Estaba en sus manos, jugaba conmigo, con mis gemidos trazando caminos de placer como si fuese un pintor y yo su acuarela. Pasaba su lengua por mi cuello, la mandíbula, el mentón, a la vez que una de sus manos alentaba mis pechos, pellizcando mis pezones para aumentar mis gemidos que, de repente, se convirtieron en gritos. Los míos y los suyos que se hicieron solo uno según nos acercábamos al final.

Ningún hombre antes me había hecho sentir así: poseída, deseada, pero a la vez libre. Cada vez que sus manos rozaban mi piel, invocaba el anhelo por más caricias. Pero si tan solo hubiese sido lo físico, no habría ningún problema, la cuestión era que Álvaro tenía la capacidad de llegar a mí más allá de lo puramente carnal. Estaba derribando los muros de mi necesidad de amar. Álvaro estaba despertando mi corazón.

—Cielo, ya no puedo más. Voy a correrme dentro de ti y no quiero dejar de hacer esto en horas.

Siguió embistiendo como un animal en celo. Apartó una de sus manos de mis caderas y fue directo a mi centro y sin pasar por la casilla de salida, tocó el timbre correcto para abrir las compuertas de mi orgasmo. Un embalse de placer se desbordó en mí. Jamás en mi vida había sentido algo así. Y por la forma de gemir de él, se encontraba más o menos como yo. El vaho de nuestras respiraciones empañó el cristal de la ventana, mis manos se derretían contra ella.

—¡Álvaro!

—¡María, cariño!

Solo gritos de placer se escucharon después. Acabamos de rodillas sobre la moqueta, con él todavía en mi interior.

Estaba segura de que esto no había sido solo sexo. Esperaba que él opinara lo mismo.

Álvaro

Ni en mis mejores sueños pensé que me pasaría algo así. Descubrir que había encontrado a mi perfecta compañera de cama fue revelador. Había tenido un par de parejas estables, líos de una noche y poco más. Pero admitir en medio de un orgasmo que la persona que estaba entre mis brazos era «ella» fue devastador. Estuve a punto de abrir mi estúpida boca y expresar mis nuevos sentimientos, pero no me atreví. No quise espantarla. Con que uno de los dos se asustase bastaba.

—¿Todo bien? —pregunté, mientras la arrastraba conmigo hacia la alfombra.

—Todo perfecto —susurró, apoyándose en mi pecho.

Tenía los ojos cerrados y ronroneó de placer cuando empecé a acariciar sus brazos de manera suave y sugerente. Estiré mi brazo y atrapé una manta que tenía encima del sofá para poder taparnos a los dos. Podría tenerla así eternamente y no me hubiese importado.

—Me gustan las vistas —confesó, retorciéndose contra mi cuerpo.

—Son perfectas.

Porque sí, porque con ella ahí, conmigo, eran perfectas. Me sentí en mi hogar. Era una sensación extraña que nunca me había pasado por la cabeza, que me confundía aunque, en el fondo, me gustaba más de lo que hubiese deseado.

Dormitamos unos minutos y, aunque me hubiese gustado estar así toda la noche, opté por llevarla a la cama porque el suelo empezaba a ser incómodo. Me puse de rodillas y la cogí en brazos. Como pude, me hice con la *fondue* que estaba en la mesa y nos dirigimos a mi habitación, a mi cama. Postre, cama, ella y yo. Perfecto fin de fiesta.

La solté de golpe sobre el colchón y ella se echó a reír. Su risa retumbó por toda la estancia y yo me sentí completo. La luz de la luna iluminó su precioso y tentador cuerpo. Ni me molesté en encender ninguna luz. Me tumbé

al lado de ella y puse la olla en la mesita de noche. Metí un dedo en el chocolate fundido, que ya casi estaba frío, y cogí un poco para embadurnar su cuerpo con él. Empecé por sus pechos, rodeando las areolas de una forma sensual. Cogí un poco más y bajé hacia su ombligo, vientre y pubis. Alcé mi cabeza y comprobé que ella seguía mis movimientos con su mirada y la respiración contenida. Cuando inicié el camino de vuelta hacia arriba con mi lengua, su vientre convulsionó y comenzó a respirar de forma errática. Era lo más sexy que había visto en mi vida. Mi miembro recobró vida instantáneamente.

—Álvaro, no... me hagas... sufrir —suplicó con la voz entrecortada.

Seguí avanzando hasta llegar a sus insolentes pechos, que reclamaban atención. Con la punta de la lengua, tracé pequeños roces alrededor de ellos hasta llegar a la punta de sus hinchidos pezones. Sus gemidos de desesperación se alzaron en casi gritos cuando ayudé a mi boca con las manos. La estaba follando sin penetrarla y hubiese jurado que estaba al borde del precipicio cuando, con una de mis manos, alcancé su pubis y sentí la humedad que mojaba mis dedos.

—Álvaro, penétrame, por favor...

Mi sonrisa me partió la cara en dos al verla así. Tenía unas ganas tremendas de penetrarla y así saciarme, pero me ganó el ego y la quise provocar un poco más. Comencé así a tentar a mi suerte jugando con su clítoris al dulce juego de interrumpir el orgasmo. Era tan sexy verla casi llegar para después detenerme y dilucidar su frustración que no pude hacer otra cosa que continuar hasta ver cómo retorció sus manos entre las sábanas.

—Te odio, maldito cabr...

No le dio tiempo a finalizar el insulto porque rápidamente tapé su boca con la mía y de una estocada la penetré hasta el fondo para callarla.

—Álvaro, el condón...

Esta mujer despertaba en mí a un animal que no sabía que existía. Hasta de la protección me olvidé. Intenté salir bruscamente de su interior, pero ella me retuvo sujetando mis nalgas.

—Solo un segundo, me gusta sentirte —musitó excitada.

Nos quedamos quietos un instante conmigo en su interior. Fue algo mágico poder sentirla así, hubiese estado así días y lo demás me habría dado igual. Pero mi subconsciente me recordó la irresponsabilidad de hacer algo así y salí de ella para colocarme el preservativo. Eso sí, lo hice suave y lentamente para poder torturarnos a ambos porque, sí, ese castigo iba para los dos.

—Si nos vuelve a suceder esto, te juro que no voy a poder parar, cielo. —
Me miró risueña, ladeando la cabeza.

—Si nos vuelve a pasar, yo te juro que no vas a parar —afirmó,
convencida de sus palabras.

Enfundé mi miembro y no me entretuve mucho más para entrar en ella de nuevo. Era el puto paraíso. Estar en su interior era renacer en cada acometida. Traté por todos los medios de ser delicado, pero era una tarea imposible cuando ella movía sus caderas al compás de mis movimientos. Encajábamos como dos piezas de puzle.

—Álvaro, esto es muy fuerte, es muy bestial, pero quiero más.

¿Qué quería más? Entonces se lo di. Comencé a acelerar como si me fuese la vida cada una de las veces que entraba y salía. Nuestros cuerpos se convirtieron en uno solo, como si se conociesen de hacía años, como si hubiesen estado juntos en otra vida. Sentí el inicio de su orgasmo cuando se arqueó hasta casi dejar su espalda en el aire y la fuerza de su interior empezó a exprimirme. Vi las putas estrellas y no precisamente las del cielo. María le daba otro sentido a la palabra sexo.

—¡Quiero más! —grité demostrando mi propia necesidad.

Dos giros más de mis caderas bastaron para que ambos nos derritiéramos en un orgasmo descomunal que, al menos a mí, me trituró el cerebro. No podíamos ni hablar. Tan solo salí de su cuerpo, me quité el preservativo y me tumbé de lado cogiéndola a ella por detrás para abrazarla. Pasé mi nariz por detrás de su oreja. Olía a una combinación de chocolate, su perfume y sexo. Fue el mayor relajante que podía oler jamás.

—Álvaro... —me llamó con un tono de voz somnoliento.

—Dime, preciosa —contesté de igual forma.

—Me gustas mucho, demasiado.

Abrí los ojos de repente y no supe qué pensar ante su pequeña confesión. No tuve claro qué decir porque a mí no solo me gustaba, era algo más que eso, aunque sabía que buscaba una respuesta y se la tenía que dar si quería avanzar un paso más con ella.

—Tú también me gustas demasiado.

Se retorció lo suficiente para pegarse más a mi pecho y en unos segundos su respiración se ralentizó. Estaba dormida. Y yo solo pensaba que aquello podía ir en serio.

«Álvaro, estás jodido».



Capítulo 9

María

Dormí como una marquesa. Desde que fui madre no había dormido tan profundamente. Aunque debía admitir que también tenía mucho que ver la compañía. Abrí lentamente los ojos y la luz de la mañana ya iluminaba toda la habitación. Álvaro estaba de espaldas a mí, dormido como un tronco, así que vi la posibilidad de pasar al baño, quitarme los restos de chocolate de encima y ponerme algo presentable. De paso, y dado el detalle que tuvo por la noche de hacerme la cena, le haría yo el desayuno y así todos en paz hasta nueva orden, que esperaba fuese más pronto que tarde. Álvaro estaba abriendo el tarro de las esencias y cada vez me sentía más atraída por él. Era como una droga de que la no me podía desenganchar a pesar de que, erróneamente, había pensado que con esa noche me lo sacaría de dentro. Pero no, mi cuerpo me pedía más y no solo sexo, quería conocerle de verdad.

Salí de la ducha y lo primero que hice fue mandar un mensaje a mi madre para saber qué tal había pasado la noche Martina. No es que no la hubiese

dejado sola antes, pero me gustaba saber cómo estaba. La respuesta de mi madre fue: «Todo en orden».

Lo más sigilosamente que pude, me dispuse a cotillear por el apartamento. Me sorprendió comprobar que era enorme, de unos doscientos metros cuadrados, y todas y cada una de las estancias tenían ventanales del techo al suelo. Era como vivir en un mirador. Ya me había sorprendido la entrada al edificio, toda ella en mármol negro, muy minimalista, con asientos en blanco y unas lámparas de cristal que más bien lo hacían parecer la entrada a una discoteca, pero si en algún momento se me ocurrió pensar que la casa de Álvaro podría ser igual de llamativa, todos mis argumentos se fueron por el desagüe cuando entré por la puerta. Su casa destacaba por su sobriedad: bien que era la casa de un hombre soltero, pero había una elegancia que me hizo descubrir a un hombre bastante preocupado por su imagen. No sabía si tenía a alguien que limpiase en ese palacete, pero la casa estaba como los chorros del oro. Hasta miedo me dio entrar en la cocina, parecía salida de un anuncio de limpiador.

Cuando abrí la nevera para ver si encontraba al menos unos huevos y leche para el desayuno, recordé que su madre era propietaria de una empresa de *catering*. En ese frigorífico había comida para alimentar a todo el edificio.

—No te creas que todo lo hago yo. A mi madre le gusta tenerme bien alimentado. —Me sorprendió en medio de mi inspección.

Me giré para mirarle y estaba apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados a la altura del pecho, mostrando todo su poderío masculino. Me pilló babeando por su cuerpo, y en menos de tres segundos se miró a sí mismo y me devolvió la mirada para reírse como el cretino que era.

—Pensé que buscabas comida, pero no de este tipo. —Se señaló a sí mismo.

—No podías ser más egocéntrico —me burlé, mientras me acercaba a él.

—¿Te apetece probar la encimera de la cocina y cumplir una de mis fantasías contigo? —preguntó señalándola.

—Me apetece —accedí, deseosa de cumplir su fantasía.

Y la probamos, vaya si lo hicimos. Hacía mucho tiempo que no me sentía así con un hombre. Me gustaba su compañía, sus conversaciones. Paso a paso, descubrí un Álvaro que nada tenía que ver con la imagen que transmitía de mujeriego e irresponsable. Para nada. Era todo un profesional en su trabajo, del que hablamos lo justo para no fastidiar el momento, ya tendríamos tiempo el lunes de lidiar con los problemas. Y luego estaba el conquistador. Me cogía

de la mano y me acariciaba el brazo mientras me hablaba. Seducía con sus palabras. Me gustaba, a la vez que asustaba su forma de ser conmigo.

Pasamos una mañana de sábado ideal a la que tenía que poner fin para volver a con mi niña. Álvaro intentó que me quedara con él a comer, pero tuve que rechazar su oferta con pesar.

—Nos vemos el lunes, guapo —me despedí en la puerta, antes de besarle y acariciar ese pelo moreno que me encantaba tocar.

—Nos vemos —contestó, con un guiño de su ojo.

Álvaro

Nunca me había costado despedirme de una mujer hasta que conocí a María. Cuando salió por la puerta noté no solo un vacío enorme en mi apartamento, sino también en mi alma. ¡Joder, me estaba volviendo un maldito blando por su culpa! Me gustaba conversar con ella, verla reír, compartir nuestras historias y, ¿cómo no?, el sexo. Hacer el amor con ella era tocar el cielo y sentir una descarga de adrenalina total. Lo dicho, me estaba convirtiendo en un jodido blandengue romántico. ¡Joder, mi cuerpo la reclamaba de nuevo y habíamos follado varias veces! «Estás jodido, Álvaro», recordé mis palabras de la noche anterior.

Recogí la casa lo más rápido que pude y me tumbé en el sofá sin saber qué hacer. No me apetecía nada quedar con mis colegas de juergas porque lo único que quería era comer con María. Bueno, más bien comérmela. Pero resultó imposible porque ella tenía la responsabilidad de su hija y, aunque me fastidió saber que se tenía que ir, admiré su instinto maternal. Era una buena madre.

En uno de esos momentos de extrañas ideas, se me ocurrió una que, de hábermelo pensado tres veces, ni en mis momentos más moñas se me hubiese ocurrido. Y fueron tres veces, porque la segunda vez que se me pasó por la cabeza, le pedí consejo a mi consultora sentimental *online*, mi hermana.

—Pau, necesito un consejo.

—Buenos días, querido hermano. ¿Cómo estás? Yo bien. Tantos estudios y se te ha olvidado la educación básica —contestó con sarcasmo.

—Joder, ¿desde cuándo te pones así conmigo, petarda?

Paula conocía mi forma de ser al teléfono. Me daba que estaba siendo un poco tocapelotas.

—Desde que te veo todo encoñado con una tía me apetece fastidiarte. Es muy divertido verte a ti en plan *Shakespeare in Love*.

—Déjate de chorradas románticas. Necesito un consejo de los buenos.

—¡Sorpréndeme, hermanito!

—He pasado la noche con María, en casa, y se ha tenido que ir por su hija y he pensado que tal vez, no sé, podría invitarlas a comer —vacilé por un instante, porque no respondía, pero mi hermana era mi hermana y no tenía pelos en la lengua.

—Así que chorradas románticas... —masculló entre dientes, aunque la pude entender perfectamente.

—Pau...

—Álvaro... —replicó ella.

—Joder, sí. ¿Qué pasa? Quiero pasar más tiempo con ella y no trabajando, precisamente.

Se hizo un segundo silencio detrás de la línea. ¡Maldita sea, buscaba un consejo, no silencio!

—¿A que jode? —preguntó, sorprendiéndome.

—¿El qué?

—El silencio —respondió entre risas.

—¡Joder, Pau! ¡Que no es estoy para jugar!

—Imagina lo que han pensado todas las mujeres a las que has dejado tiradas los últimos años. Pues ahora sufre un poco por mi respuesta. No es un juego, Álvaro. Tiene una hija, no puedes permitirte el lujo de entrar y salir de su vida a tu antojo. Si entras, entras con todo el equipo. Los amigos con derecho a roce no hacen estas cosas.

—No estoy rozando, Pau —me defendí de su ataque justificado.

—Estás retozando, Alvarito. ¿Estás preparado para conocer a su hija?

Esta vez, el mutismo detrás de la línea tenía un significado trascendente, porque fue el mío. ¿Estaba preparado para dar un paso como ese?

—Lo estoy, creo. Por una mujer como ella, lo estoy. Nadie, nunca antes, me ha hecho sentir como ella lo hace.

—Pues no lo creas y actúa en consecuencia, hermano. Te dejo, que aquí hay niños y Lucas necesita ayuda.

—Gracias por escucharme, otra vez.

—Gracias a ti por confiar en mí de nuevo. Pero prométeme que, cuando os caséis, será tu sobrina la que lleve vuestros anillos.

Me reí nervioso tras las palabras de mi hermana. ¿Casarme yo? Nooooo. Ni de coña.

Colgamos el teléfono y me quedé pensando. Quería verla, lo necesitaba.

Era como una droga que me hacía arrastrarme a ella con todo su poder. Pero no estaba seguro de dar el paso de conocer a Martina. Así que, como no me atreví a meterme en aguas más profundas, me fui a correr un rato.

Zapatillas de deporte, camiseta, pantalones cortos y me largué a recorrer todo el paseo de la ría de norte a sur hasta que me doliesen los pulmones, porque era eso o llamar a María y, aunque estuve tentado de hacerlo antes de salir, dejé le móvil en casa para evitarlo. Más tarde ya vería cómo me las arreglaba.

Llevaba recorridos unos dos kilómetros, cuando la ley de *Murphy* se interpuso en mi camino. Al cruzar un puente, vi a María paseando por el otro lado de la ría acompañada de una niña clavadita a ella que iba con el brazo en cabestrillo. Una niña tan preciosa como ella. Entonces, una extraña sensación me subió desde el estómago hacia arriba y sentí una especie de mareo que me obligó a parar. Eso y que casi me golpeé contra una persona que venía en dirección contraria por ir mirando hacia el otro lado. La impresión fue tal que ni tiempo tuve para reaccionar y seguir mi camino. Al contrario, di la vuelta y con toda la inmadurez impropia de un hombre de mi edad, me dispuse a seguirlas. De verdad, a este paso, la denuncia por acoso me la iba a poner yo mismo, porque me sentí idiota actuando de esa forma. Sin embargo, en vez de escuchar a mi conciencia y parar, no lo hice. Un desconocido sentimiento de protección se despertó en mí y las seguí. Y lo hice hasta que llegaron al Casco Viejo, que era donde vivían, y me corté de continuar. Aunque ganas no me faltaron.

Me dispuse a darme la vuelta para continuar con mi recorrido y tratar de actuar como un ser normal que solo sale a correr y no se dedicaba a perseguir a mujeres. Pero, del ímpetu con el que lo hice, me di de bruces con un hombre que venía justo detrás de mí.

—Perdón —me disculpé, avergonzado.

—Tenga usted más cuidado —contestó él, con un tono de lo más desagradable.

«Menudo idiota», pensé mientras nos quedamos mirándonos el uno al otro con incomodidad.

El tipo me causó una impresión de lo más molesta. Bien que yo era el que había sido el torpe, pero me había disculpado y el muy imbécil me respondió como si hubiese tratado de robarle. No me dejé llevar por lo que me acababa de pasar y seguí mi camino a casa. Apenas había corrido unos pocos kilómetros, pero las fuerzas se me habían ido cuando vi a María. El mono por

estar con ella no se me había quitado corriendo. Ni corriendo, ni masturbándome pensando en ella en la ducha.

Me puse a trabajar para intentar concentrarme en otra cosa que no fuese María y lo compartido con ella. Estaba liado en los Excel e informes de departamento, cuando, de repente, entró un mensaje en mi móvil. Desbloqué la pantalla sin mirar la procedencia, y casi se me cayó la botella de cerveza que tenía en la mano cuando lo leí: «No me puedo olvidar de ti».

Era de ella. Dios mío, necesité aún más fuerzas, si eso era posible, para no salir corriendo a buscarla.



Capítulo 10

María

Si alguien me hubiese dicho antes que yo iba a pasar por el trance de liarme con alguien de mi trabajo y tratar de disimular en él, le hubiese dicho que eso era imposible. En cambio, aquí estaba, intentando no cruzar una mirada con él porque cada vez que lo hacíamos era imposible concentrarse, y eso que teníamos un problema laboral que resolver.

Me miraba, le miraba. La tensión sexual entre ambos era palpable, al menos para mí, y eso me ponía más nerviosa aún porque tenía la sensación de que la gente se daba cuenta. De momento, prefería que no se supiese nada, y menos en el momento tan delicado que atravesábamos en la oficina.

—Los dos, ¡a mi oficina! —chilló Luis desde su despacho.

Álvaro y yo nos miramos con cara de circunstancias porque no habíamos sido capaces de averiguar si el anterior director de *marketing* había logrado realmente llevarse información de la empresa.

al entrar en el despacho de Luis, ambos nos sentamos frente a nuestro jefe.

Luis era una gran persona, aunque enfadado parecía de todo menos eso. Nos extrañó ver a Susana a su lado.

—Tengo contratados a dos supuestos profesionales del *marketing* para dirigir una campaña que ahora mismo sería un fracaso de no ser porque aquí, vuestra compañera —dijo, señalando a Susana, que nos miraba con hinchida de satisfacción— ha averiguado que el anterior director no se llevó la campaña actual, pero sí nuestro método de trabajo, así que os quiero con las pilas puestas porque la campaña debe salir en menos tiempo del previsto y tendremos que hacerlo con una nueva metodología.

—La mía —reaccioné sin pensar, de tal forma que todos se me quedaron mirando—. Quiero decir, él tenía su método y yo no quería implementar el mío hasta que empezásemos con algo nuevo, pero yo tengo mi propia forma de hacer las cosas, ¿qué mejor momento para hacer un cambio?

Miré a Álvaro y vi en él algo que no supe identificar bien, pero que era lo más parecido al orgullo. Mi jefe, en cambio, mostraba escepticismo y Susana, ... Bueno, ella confusión y ¿celos? Al parecer no le gustaba perder protagonismo. Bueno, pues yo no lo buscaba y aquí estábamos. Finalizamos la reunión bajo una extraña calma y recelo. Tuve una sensación de que la intervención de Susana fue algo más que ayuda.

—¡Álvaro! —lo llamó ella—. ¿Quedamos después del trabajo para celebrarlo?

Yo estaba detrás de ellos, él se giró sin ningún disimulo para mirarme a mí y luego le devolvió la mirada.

—No sé exactamente qué hay que celebrar, todavía no hay nada resuelto. Tenemos una campaña que lanzar.

—¿No te alegra saber que gracias a mí hemos logrado salvar el papelón que había? —adujo ella, sin ningún tipo de profesionalidad ni empatía por sus compañeros.

Álvaro volvió a mirarme. Instintivamente, se separó de ella. Tenía a Susana demasiado pegada a él y no se molestaba en disimularlo delante de mí. No era que tuviese que hacerlo, al fin y al cabo, no sabía lo que había sucedido entre nosotros, aunque esa falta de discreción por su parte, aparte de ponerme celosa, que lo estaba y mucho, me parecía poco apropiada en horario de oficina.

—Ya lo celebraremos todos cuando haya salido la campaña publicitaria y sea un éxito, Susana. Por el momento, seamos cautelosos —respondió él, a la defensiva e incómodo por la situación que se había generado entre los tres.

—Bueno, si cambias de idea —añadió, acercándose de nuevo a él y le acariciándole de forma más que sugerente el brazo con la yema de sus dedos—. Ya sabes dónde está mi mesa. Estoy abierta a sugerencias.

Con una sonrisa que lo decía todo se dirigió a su mesa y nos dejó a los dos solos.

—No le hagas caso. Busca algo que no va a tener.

Alcé mi mano para pararle.

—No sigas por ahí. Sé que no ha habido nada entre vosotros, pero me pone enferma cómo se te insinúa sin ningún recato. Me hace pensar en cosas que no quiero. Tú y yo...

—Tú y yo estamos empezando algo. —Se acercó a mí todo lo disimuladamente que pudo—. Y no quiero que esa mujer ponga nada en entredicho, nada. Así que, sigamos trabajando.

Me invitó a pasar hacia mi escritorio inclinándose, como dándome la venia, cosa que me hizo gracia y rebajó unos grados la tensión que se acababa de crear, yo le hice caso y pasé por delante de él, insinuante. Invitación que no tenía nada malo de no ser por mi pequeña provocación, ya que, una vez que pasé por su lado, me acarició la espalda con disimulo y, de la nada, apareció un escalofrío que me detuvo un segundo en el que tuve que inspirar hondo para poder continuar.

—Álvaro, aquí no...

—No puedo evitar tocarte, María —susurró muy cerca de mi oído—. Dime que no sientes lo mismo e intentaré frenarme.

—No puedo decir eso.

—Lo sé...

Entonces, el muy sinvergüenza se alejó dejándome con la palabra en la boca, la humedad entre mis piernas y con la mirada de Susana bien fija en los dos, y quien no era Susana, también. Media oficina se había percatado de nuestra indiscreción. Mientras yo seguía quieta intentando recomponerme, Álvaro ya se estaba sentando en su mesa y al hacerlo, levantó la cabeza y miró en mi dirección guiñándome un ojo. ¿Lo había hecho a propósito? Indignada por su comportamiento, le lancé una mirada que bien le pudo atravesar el mismísimo corazón y me dirigí a mi escritorio.

Álvaro

Me comporté como un imbécil, lo sabía. No debí haberlo hecho delante de

todos nuestros compañeros, pero es que me salió una vena malévola y no quise frenarla. Quería que todo el mundo supiese que estábamos juntos. No supe si para espantar los demonios de mi pequeña omisión con respecto a Susana o porque simplemente quería demostrarle a María que podíamos tener una relación y a nadie le tenía que importar. En cualquier caso, seríamos la comidilla en la oficina hasta el día en que otro cotilleo ocupase sus cabezas. Siempre era así.

Susana se estaba convirtiendo en un incordio. No había momento en el que no intentara seducirme. Yo ya estaba harto de sus atenciones, pero es que parecía que no se daba por vencida. Bien que yo, al acostarme con ella, pudiera ser que le despertase falsas ilusiones y lo que fue un simple polvo de una noche para olvidar a María, para ella fuese algo más. No dejé entrever una segunda cita después de aquello, creí dejarlo claro, aunque parecía ser que para ella no, y menos por su forma de actuar conmigo.

Mientras le daba vueltas a todo lo acontecido con ella, vi cómo Susana se acercó a María con un dossier en la mano. Se lo entregó casi sin hablarle y volvió a su escritorio. María, antes de abrir la carpeta, me miró y sonrió de esa forma que solo ella sabía y que me desarmaba por completo. Retomó sus tareas y, de repente, noté como poco a poco palidecía. Empezó a tragar con dificultad y, de forma brusca, se levantó de su asiento y fue corriendo hacia el baño. Sin pensarlo, fui detrás de ella para saber qué demonios había sucedido. Todo era muy extraño. No entendía qué le había ocurrido. ¿Le habría contado Susana algo de lo que sucedió entre nosotros?

—María, ¿qué pasa? ¿Qué te ha hecho Susana?

María había entrado en uno de los cubículos del baño y la pude escuchar vomitar.

—Preciosa, ¿qué sucede? Me estás preocupando —insistí ante su silencio.

Pasaron unos segundos, que a mí me parecieron horas, cuando la puerta del baño se abrió y apareció María, blanca, transparente podría decir. Tenía los ojos rojos, como si hubiese llorado, pero no lo había hecho porque yo la habría escuchado sollozar.

—María, ¿qué te pasa? —le pregunté a la vez que la ponía las manos en las mejillas.

No respondía, solo negaba con la cabeza y se tapaba la boca para ahogar un sollozo.

—Respóndeme, por favor. Me estoy asustando.

—Ha vuelto, ¿cómo no supe que él trabajó aquí? ¡Está aquí!

—¿Quién está aquí? Joder, Mari, habla que no sé qué quieres decir.

—Él, Salva, él...

—¿Salva? ¿Qué Salva? —No supe qué quería decir con Salva hasta que caí en la cuenta del nombre—. ¿Salvador Ordóñez?

María asintió con la cabeza y ahogó otro sollozo. ¿Qué tenía ella que ver con el anterior director de *marketing*?

—Es el padre de Martina —reveló ella ante mi pregunta.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿De dónde has sacado la información? ¿Cómo sabes que es el mismo? —la interrogué atropelladamente y, sin pensarlo, fui a su mesa a buscar los papeles que Susana le había entregado.

Rebuscando entre todos, aparte de informes, estaba el currículum de Salvador con una foto. La miré y luego levanté la cabeza hacia María, que me miraba desconsolada. No supe entender su reacción, ¿todavía sentía algo por él? ¿Le había hecho algo? Me quedé en una encrucijada entre los celos y la preocupación que debía desenredar antes de que pensara lo que no era. Dejé todo de nuevo sobre su escritorio y volví donde ella estaba. En ningún momento se quiso acercar conmigo, como si lo que había allí quemase. Como si recordar un pasado tan doloroso la destrozase.

—¿Quieres salir de aquí, tomamos un café en algún sitio alejado de miradas curiosas y hablamos?

—De momento, me conformo con salir de aquí.

Fui al guardarropa a recoger nuestros abrigos y nos dirigimos al ascensor. María estaba temblando y eso hizo que se me encendiese una luz interior. Si sentía algo por él, era miedo. Estaba aterrada.

Nos alejamos de nuestro edificio lo suficiente como para evitar suspicacias con los compañeros. Acabamos en una cafetería de la Plaza Moyúa tomando los dos una tila. A mí también se me habían puesto los pelos de punta, estaba deseando saber qué historia tuvo con el imbécil de Ordóñez, porque el tipo siempre fue un imbécil y un egocéntrico, saber que fue la persona que hizo daño en el pasado a María solo fortaleció mi mala opinión sobre él.

—Nos conocimos en la universidad —comenzó a contar sin que yo le preguntase nada—. Los dos estudiábamos en la Universidad de Deusto. Desde el primer año, trabajamos en los mismos grupos de estudio y compartíamos aficiones. Ya sabes, cine, música, deportes... Lo típico. Yo estaba deslumbrada por su ingenio, capacidad, por todo. Como ya lo conoces, sabrás que le gusta mostrarse como si fuese un predicador ante sus discípulos. —Se

rio amargamente—. Acabamos liados. No me juzgues, era joven y me creí todas y cada una de sus promesas que tan bien sabe vender, ya sabes —asentí porque lo que decía era cierto, Salvador era capaz de vender a su madre con su labia—, tiene un desparpajo que le permite esconder perfectamente sus carencias en otros aspectos. Por tu cara entiendo que el paso de los años no lo ha mejorado.

»El caso es que me quedé embarazada, no hace falta que me adentre en el cómo, todos sabemos cómo se hacen los niños. Al principio, Salva estuvo muy dispuesto a todo, compraba las cosas para el bebé, me acompañaba a los cursos de preparación del parto, incluso nos fuimos a vivir juntos. Leía un montón de libros sobre la paternidad y resultaba gracioso, porque se mezclaban entre los nuestros de publicidad y gestión comercial. Parecíamos la pareja perfecta. Y lo fue, hasta el día del parto. Me acompañó al hospital y estuvo conmigo en todo momento. Me trató como a una reina. Solo se separó de mí en el quirófano, ya que Martina nació vía cesárea. Ese día desapareció y no lo volví a ver. A la semana de nacer la niña, un abogado me hizo llegar unos documentos donde renunciaba a la paternidad y me concedía a mí la patria potestad. Ahí sí que no volví a saber nada de él. Hasta hoy. Nunca hubo una explicación de por qué, ni un adiós, ni un «no quiero estar contigo». Nada.

—¿Nunca quiso saber nada de Martina? —indagué, porque eso de dejar tirada a una hija no me acababa de entrar en la cabeza.

—Te lo he dicho —reaccionó molesta—. Desapareció.

—Perdona, es que no lo entiendo, y ¿cómo es que nunca habéis vuelto a coincidir? El mundo del *marketing* es muy pequeño y más en una ciudad como Bilbao.

—Después de nacer Martina me fui a Madrid a acabar la carrera. Mi familia me ayudó económicamente y, hasta cierto punto fue fácil. De ahí, me marché a Londres y hasta ahora. Más de nueve años después, sé algo de él. Y si es así, ha sido por la casualidad, pero que conste que, si no, las cosas hubiesen seguido igual.

—Así que, él está en Bilbao —afirmé, preocupado. No supe qué clase de sentimientos se escondían detrás de su sufrimiento.

—Por mí como si está en Roma. Nunca quiso saber nada de su hija. —Me miró interrogante—. ¿Acaso crees que voy a buscarle ahora? No me conoces bien si opinas eso de mí. Salvador Ordóñez está muerto y enterrado para mí y para su hija, otra cuestión es que me haya afectado escuchar su nombre tanto tiempo después. No soy de piedra, pero no tengo ningún sentimiento hacia él

que te pueda preocupar, si es esa la respuesta que buscas.

Debía de admitir que cuando ella dijo eso, solté el aire que inconscientemente estaba reteniendo. Alivio puro. ¡Joder, estaba enamorado de aquella mujer, más de lo que podía suponer!

Me acarició la cara y sonrió. ¡Estupendo, ella consolándome a mí! Cogió mi mano y tiró de mí. Me dio el tiempo justo de dejar un billete de cinco euros en la barra para pagar las infusiones.

—Será mejor que volvamos a la oficina. Que hoy nos hemos lucido.

Salimos por la puerta de la cafetería y, de repente, María se quedó parada en medio de la salida mirando a la plaza. Una pareja de enamorados se besaba intensamente, un hombre con un perro, unos niños correteando por la fuente, un hombre leyendo el periódico al que no se le veía la cara ¿Sería Salvador? ¿Estaría por aquí?

—¿Mamá y Jon? —Se llevó las manos a la boca.

—¿Qué?

—Mi madre y... Esa pareja —dijo, señalando a los dos enamorados—, esos dos. Yo... ¿Mamá? —gritó en dirección a la pareja.



Capítulo 11

María

Solté la mano a Álvaro y salí corriendo hacia mi madre. Crucé la carretera sin mirar, lo que me valió la pitada de varios coches. No me lo podía creer, ¿mi madre y Jon? ¡Pero si podía ser su hijo!

—¿Mamá? —Al escucharme se soltó bruscamente del agarre de Jon.

—María, hija, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no estás trabajando? —Jon se hizo a un lado al verme.

—¿Y te preocupas por si estoy trabajando o no, cuando te estoy pillando liada con mi mejor amigo, que por otra parte podría ser tu hijo?

Mi madre se revolvió, nerviosa. Miré a ambos buscando una respuesta que no llegaba y yo estaba impactada.

—¿Mamá? —Ella seguía sin reaccionar y entonces me dirigí a Jon—. ¿Jon? ¿Tú no tienes nada que decir?

Un exasperante silencio se hizo a nuestro alrededor, como si toda la ciudad se hubiese parado y solo estuviésemos nosotros en acción. No supe

interpretar la mirada que, en ese instante, me lanzó Jon.

—Estoy enamorado de Bego.

Ante esa respuesta no pude hacer otra cosa que abrir los ojos como platos y buscar algo en lo que apoyarme. Ese algo fue Álvaro, que apareció detrás de mí.

—Preciosa, cuidado...

Su agarre fue un segundo de alivio. Entre lo de Salvador y aquello, me sentí como en la típica escena de telenovela latina en la que todo el mundo empezaba a gritar y reprochar nuestras acciones. En cambio, no. Este no era lugar ni ocasión para montar un espectáculo.

—Mamá, será mejor que hablemos en casa de esto. —Miré a Jon y le señalé con el dedo—. Y tú, tú. No sé por qué haces esto, Jon, no me lo esperaba de ti. El segundo hombre más mujeriego de Bilbao con mi madre. No sé qué pensar y, por el momento, necesito que te alejes de nosotras...

—María, por favor, no me hagas esto...

—Tú empezaste primero al ocultarme tu relación con mi madre.

—Hija, no es justo que nos juzgues. —Mi madre salió en defensa de los dos.

—Si no quieres que os juzgue, ¿por qué me lo ocultasteis?

—María, será mejor que lo habléis en casa —me interrumpió Álvaro.

Le miré y asentí con la cabeza. Tenía toda la razón, hasta yo misma lo había dicho antes, era mejor hablarlo en casa. Si es que había algo que decir a estas alturas.

Giré sobre mis talones y, sin decir adiós, me dirigí a la primera boca de metro que localicé. Necesitaba irme a casa. Sin decirme nada, Álvaro siguió mis pasos y me acompañó.

Llegamos a mi portal en pleno casco viejo bilbaíno. Sentí que Álvaro se sorprendía por cómo miraba todo. Sonreí al verle como un niño, observando las cosas con curiosidad, como si estuviese fuera de su entorno.

—Tienes un piso precioso, María. No te imaginaba viviendo en esta zona de Bilbao.

—¿No me imaginabas tan bohemia?

—No sé, no te imaginaba en un sitio así. Pensaba que, joder, no te ofendas, pero pensaba que andabas más justa de dinero como para vivir en un piso como este.

No supe si tomármelo bien o no. Aunque lo cierto era que yo nunca le había hablado de mi estatus económico. No porque me importase más o

menos, pero me sorprendió que él pensara que yo pudiese tener problemas económicos. Que fuese madre soltera no indicaba que tuviese problemas de dinero.

—¿Pensabas que era una pobre madre soltera desvalida, Álvaro? —me burlé. Quise quitar hierro a sus suposiciones y, de paso, dejar claro que era una mujer independiente en muchos aspectos—. Que viva en el casco viejo y que sea madre soltera no implica nada, pequeño capitalista. No necesito un superapartamento en unas torres chulas como un niño pijo que conozco para aumentar mi ego.

¡Pobre machito!

—No, bueno —me miró, rendido—. Como no habíamos tratado mucho este tema...

Le miré y me eché a reír. Burlarme un poco de él me vino bien para olvidar el mal trago matutino. Salvador, mamá, Jon, la oficina... ¡Vaya día de mierda!

Me rasqué la cabeza como si con ese gesto pudiese aclarar mis ideas. Pero estaba claro que no. No tenía ni idea de cómo lidiar con todo lo que se me había venido encima. Yo estaba acostumbrada a controlar lo que sucedía en mi vida. Mi experiencia me había obligado a ello y, en ese instante, sentía que todo estaba fuera de ese control.

Fui al baño y me lavé la cara con agua fría para despejarme. Estaba hecha un lío. ¿Qué iba a suceder ahora que sabía por dónde andaba el padre de mi hija? ¿Qué iba a hacer con la relación de mi madre con Jon? ¿Qué iba a hacer con Álvaro?

Álvaro. Su nombre sonaba en mi cabeza y parecía que lo invocaba, porque justo entonces apareció su sonrisa reflejada en el espejo. Estaba justo detrás de mí y poco a poco se fue acercando para colocarse a mi espalda. Me dio un suave beso en la curva del cuello que, más que relajarme, enervó partes de mi cuerpo anestesiadas por todas las noticias de la mañana.

—Álvaro... —Se apartó porque pensó que no quería su cercanía, cuando era todo lo contrario—. No, sigue..., te necesito.

Volvió a acercarse a mí y rodeó mi cuerpo con sus brazos. Atacó de nuevo mi cuello y fue trazando un camino de besos hasta el lóbulo de la oreja. Fue tan íntimo, pero a la vez tan sensual, que me provocó un escalofrío por todo el cuerpo. Álvaro notó mi reacción y fue como la mecha imprescindible para encenderle.

En otras circunstancias de mi vida, le hubiese rechazado y me hubiese ido

a la cama a llorar desconsolada pero, en cambio, con Álvaro era distinto. El contacto con él era como el bálsamo que calmaba mi dolor, empezaba a ser imprescindible y eso, a la vez, también me asustaba. Aunque en mi situación actual no estaba por la labor de rechazar su consuelo, porque resultaba terapéutico y ya pensaría después en un «nosotros».

Empecé a desabrochar mi blusa mientras seguía su mirada a través del espejo. Era muy erótico vernos reflejados mientras mostrábamos nuestro placer. Mientras él me miraba, bajó sus manos hasta la cremallera de mi falda para soltarla y dejarla caer a mis pies. Después, se agachó. Con sus dientes atrapó mis bragas y las fue bajando hasta que cayeron por sí solas, volviendo después sobre su camino con la lengua rozando mis nalgas. Un gemido ahogado resonó por toda la estancia en el momento en que me obligó a agacharme y me abrió las piernas lo justo para introducir su lengua lo más cerca que pudo de mi hendidura. Me tuve que agarrar con fuerza al lavabo porque pensé que desfallecería de placer. Entonces, y para castigarme un poco, introdujo uno de sus dedos en mi interior, colocando otro en mi clítoris, mientras que con su lengua arriesgó un poco más y jugueteó con mi entrada trasera. Yo había jugado en mi vida con otros hombres aparte de Salvador, pero jamás antes me habían puesto tan a tono solo con eso, y no era el don que Álvaro tenía para el sexo, era algo más. Estábamos conectados. Sabía qué tecla debía tocar para hacerme enloquecer y eso solo era exclusivo de parejas con una conexión más allá de la sexual. Lo emocional estaba empezando a jugar su partida de ajedrez y el rey estaba a punto de hacer jaque mate.

—¿Es terapéutico?

Menudo cabronazo. «Terapéutico», dijo. Sabía perfectamente lo que necesitaba y sus caricias eran como el oxígeno para respirar.

—Lo es, Álvaro. Lo es... —confesé, con un gemido en la boca.

Sentí su sonrisa recorrer mi espalda. Subió poco a poco al tiempo que se desabrochaba los pantalones. No me dio un segundo ni para sujetarme bien al lavabo, porque de la misma me embistió hasta el fondo y olvidé el mal día que arrastraba.

—Soy tuyo...

No sé si lo dijo en el calor del momento o le salió del alma, pero me supo a revelación, a futuro, a calma, me supo a amor.

—Álvaro..., cariño...

—Dame todo lo que guardas en tu interior, María, porque yo... —una embestida—, te lo voy... —otra—, a dar... —otra más—, todo.

Acercó su mano a mi centro y aceleró el ritmo de una forma infernal. Llegué al punto de tener que sujetarme tan fuerte al lavabo que se me pusieron los nudillos blancos. Pero me dio igual, necesitaba ese ritmo, lo necesitaba a él.

—Preciosa, no puedo más.

Y ese no puedo más fue una especie de declaración de principios para ambos. Porque todo lo que empezábamos a sentir se estaba desbordando, porque la noche que nos conocimos fue el inicio de algo más grande, porque separados éramos excepcionales, pero juntos éramos únicos. En pleno orgasmo tuve el descubrimiento más escalofriante desde mi relación con Salva. Me había enamorado de Álvaro Iriondo y eso era un hecho.

Un orgasmo devastador me recorrió el cuerpo después. Sus palabras, mi voz interior y el inmenso placer que nos estábamos obsequiando sirvieron también como detonantes. Aunque puede notar que no solo yo me sentí superada, los espasmos que el cuerpo de Álvaro transmitía eran prueba de ello.

Gemidos, miradas a través del espejo, sonrisas que expresaban lo que no se podía decir con palabras y, sobre todo, calor. Ese calor humano que irradiaba la persona que necesitabas que estuviese a tu lado justo en el momento preciso y, en este caso, lo era. Necesitaba a Álvaro a mi lado y estuvo ahí.

Salió de mi cuerpo y me giró para colocarnos frente a frente. Tomó mi barbilla y me invitó a mirarle.

—¿Te he servido un poquito como paño de lágrimas? —preguntó, poniendo morritos.

—No te he utilizado, si eso es lo que piensas —me defendí, porque era verdad, no lo había usado en la forma que él pensaba.

—Tranquila, leona. —Sonrió—. Sé que no lo has hecho, y aunque así hubiese sido, no me hubiese importado. Ha sido el mejor polvo de mi vida y espero que todos los que tengamos a partir de ahora sean así. Quiero que sea así todas las noches y todos los días de los próximos cuarenta años.

—¿Esto es una declaración? —pregunté, asombrada.

Soltó una carcajada y yo no pude evitar seguirle. Me apretó más fuerte contra él y susurró en mi oído como si no quisiera que nos escuchasen:

—Esto es un «quiero pasar todas las noches contigo, María». Si tú quieres, por supuesto.

—Yo no me quiero casar, Álvaro. No estoy preparada para eso, apenas

nos conocemos.

—¿Quién ha hablado de matrimonio? Hablo de compartir el ahora, María. Hablo de estar ahí cuando el otro lo necesite. Estoy enamorado de ti.

Casi, y fue casi porque él me estaba sujetando, pero a punto estuve de caer al suelo del impacto que tuvo en mí esa revelación. Fue como si nos hubiésemos leído el pensamiento. Como si su confesión hubiese estado arrastrada por la mía propia, aunque no lo hubiese dicho en alto. Hasta entonces.

—Yo también, Álvaro.

No me dio tiempo a decir nada más. Se abalanzó sobre mi boca y con ese beso sellamos nuestros sentimientos, a pesar de estar en el cuarto de baño, semidesnudos y en la situación menos romántica del mundo.

A veces no encontrábamos motivos para creer en el amor, yo al menos así lo pensaba, hasta que conocí a Álvaro.

De ahí a la cama fue cruzar el pasillo. Allí nos volvimos a confesar los sentimientos y follar se convirtió en hacer el amor.



Capítulo 12

Álvaro

Estaba dormida boca abajo, daban ganas de follársela así, pero no me iba a comportar como el egoísta que había sido toda mi vida con las mujeres. Bueno, no ahora que no sentía muy bien, pero la idea se quedó grabada en mi memoria para otra ocasión. No se podía dormir y estar tan guapa hasta con el rímel corrido.

Habían pasado como unas dos horas desde nuestro efusivo encuentro en el baño. Fue todo tan imprevisto que, si lo hubiese llegado a planificar en una cena romántica, no me habría salido tan bien. Le confesé mis sentimientos. Yo, Álvaro Iriondo, confesando amor. Sonreí por mi propia ironía.

La tentación de tocarla volvió. Esa espalda suplicaba por mis caricias tanto como mis dedos necesitaban acariciarla. Iba directo a ello cuando el móvil de ambos empezó a sonar. Parecía ser que hasta en eso empezábamos a coincidir. Confesiones de amor, teléfonos que sonaban a la vez. ¡Joder, parecía sacado de una puta película romántica! Me levanté con cuidado de la cama

para no despertarla y fui a coger los dos aparatos. En el de ella, su madre y en el mío, Luis.

—¿Dónde cojones estáis?

—En casa de María, no se sentía bien y la he acompañado.

—¿Acaso eres su niñera? ¡Vuelve ya! Que salvo que estéis casados o te la estés follando, no tienes motivos para seguir ahí.

Si él supiera. Achiné los ojos, ¿casados? Bueno, ella no quiso saber nada de eso, pero en un futuro, no se podría decir que de esta agua no iba a beber.

—Ya voy, Luis. Pero que quede claro que lo que hizo Salvador ya no nos tiene que preocupar.

—Ese cabrón me las va a pagar —amenazó Luis sin contemplaciones.

Sinceramente, a mí también me estaban entrando ganas de darle su merecido.

—¿Es Luis? —preguntó María, que se acercaba a mí somnolienta y preciosa.

—Correcto, preciosa y por el tuyo, tu madre —le susurré, mientras tapaba el auricular del móvil y la robaba un beso.

Cogió el suyo y salió de la habitación. Tenía que resolver los problemas con su madre.

—¿Me estás escuchando, Iriondo?

Le podían haber escuchado desde Armenia con sus malditos gritos.

—Te escucho, Luis. De hecho, puedes colgar el teléfono y seguir gritando, que seguro te oigo también.

—¡No jodas, Álvaro! Me ha dicho Susana que os habéis largado de repente. ¿Qué cojones ha pasado? ¿Habéis visto un fantasma? Porque hasta donde yo sé, vuestra jornada laboral acaba a las cinco.

—Tanto como verlo, no. —No pude confirmar si estaba capacitado para poder hablar en nombre de María, pero tampoco podía dejar a Luis así—. Esto es mejor que te lo cuente ella, son cosas personales.

—¿Personales? ¡Venid los dos ahora mismo o esto sí lo voy a convertir en algo personal!

Con la misma, colgó el teléfono y me dejó con la palabra en la boca. A María tampoco le iba mucho mejor. Podía escuchar perfectamente la conversación, si se podía llamar a sí, porque solo se escuchaban reproches y sollozos. No era yo nadie para meterme en ese lío, pero si su madre era feliz, ¿quién era ella para juzgar lo que hacía con su vida?

Dejó la conversación y regresó a la habitación toda ofuscada.

—Si es que no puedo creer que mi madre me esté haciendo esto.. — murmuró enfadada.

—María, no sé realmente si debo decirte esto, pero ¿te has parado a pensar que tu madre podría ser feliz al lado de tu amigo?

—Álvaro, no me fastidies, ¡podría ser su hijo! ¡Le saca casi veinte años!

—Y eso la convierte en...

Ella se giró y me fulminó con la mirada.

—Es mi madre, Álvaro. No puede, no puede...

—¿No puede tener relaciones? —afirmé, para tirarle de la lengua. Sabía que me la jugaba, pero yo era muy masoquista.

—¡Es que es muy mayor para él!

—¿De verdad te estoy escuchando a ti decir eso? Tú, que te has hecho a ti misma, que has criado a tu hija como madre soltera, ¿me vienes con algo tan machista y arcaico como lo que acabas de decir?

—Álvaro. Es mi madre, no te metas.

De acuerdo en que era su familia y yo no tenía derecho a entrometerme, aunque no acababa de creer que alguien como ella pudiese pensar de esa forma. Me sentí mal, tanto que empecé a vestirme rápidamente para largarme de allí antes de que dijese algo de lo que me fuese a arrepentir más tarde.

—Será mejor que me vaya. Y tú también. —Le señalé con el dedo—. Luis ha llamado y nos quiere allí ahora mismo. Tus problemas personales no tienen que ser impedimento para trabajar.

Sentí cómo le había hecho daño con esa pulla. Pero me fastidió tanto cuando me dijo que no me metiese con su familia que tuve que devolvérsela. Fue infantil, sí, no fui ni amable, pero no me apetecía comportarme como un adulto en ese momento.

Cogí mi chaqueta y salí dando un portazo. Tenía una rabia interior tan grande que no me aguantaba a mí mismo. Bajé las escaleras a grandes zancadas y al salir del portal, me di de bruces con una persona.

—Disculpe.

—No, hijo, disculpa tú. No miraba por dónde iba.

Me di cuenta de quién era. No me había fijado bien en ella por la mañana, pero ahora que la miré de arriba abajo, pude comprobar su parecido con María. Era Begoña, su madre.

—Bego, ¿verdad? —Me miró con el ceño fruncido

—Y tú eres... —Chasqueó con los dedos como si se hubiese dado cuenta de algo—. Álvaro...

—El mismo.

—Entonces mi hija está en casa.

—Lo está. Puede subir, aunque no está de humor.

—Por favor, tutéame. Bastante vieja me ha hecho sentir mi hija antes. — Me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Sin duda, era marca familiar—. Y me da igual el estado de ánimo de María. Tengo muchos años como para que me den órdenes y quieran controlar mi vida. Me va a escuchar sí o sí.

—Ahora entiendo de dónde ha sacado el genio su hija. —Me frunció el ceño de nuevo—. Perdón, tu hija.

—Lo de María no es genio, es cabezonería. Cuando la conozcas bien, te darás cuenta. Ahora, si no te importa, debo tener una lucha encarnizada con la neandertal de mi hija.

Se acercó a mí, me dio un beso en la mejilla y se fue hacia las escaleras. Aunque antes de seguir su camino se giró y me llamó:

—Álvaro. —Me puse frente a ella para atenderla—. Tengo entendido que hay algo entre vosotros. No le hagáis daño o encontrarán tu cadáver en la ría. —Me guiñó un ojo—. Se merece ser feliz. No lo olvides cuando paséis un mal momento.

—Trataré de no olvidarlo. Gracias. —Me despedí de ella con un leve movimiento de cabeza y salí a la calle.

Una cosa me quedó clara en ese pequeño intercambio con su madre: por más bronca que tuviese con ella en ese momento, no dejaba de ser su hija y la iba a defender a capa y espada.

Iba caminando por la ribera de la ría, dándole vueltas a la pelea que acabábamos de tener María y yo. Podía ser que tal vez hubiese traspasado una línea un poco fina entre los dos. Pero es que no podía comprender la actitud que ella tenía con respecto a su madre. Soltera, con una hija, una vida muy abierta,... el mejor ejemplo fue cómo nos conocimos. En cambio, saber que su madre estaba con un hombre mucho más joven que ella, que para colmo debía ser su amigo, fue como un jarro de agua fría. Le había sentado fatal. Entonces, si se llegaba a enterar de que estuve con Susana aquella noche que salí con ella de la oficina, ¿cómo se lo iba a tomar? ¿Me juzgaría de la misma forma que lo estaba haciendo con su madre? ¿Acabaría con nuestra relación? No estaba por la labor de averiguarlo, así que, tal y como pensé desde el principio, no le iba a decir nada de lo que había pasado con Susana. Paradójicamente, empezaba a temer perderla y más ahora, que sí parecía que habíamos empezado algo serio entre los dos.

Sin apenas darme cuenta, llegué hasta el puente del Arenal. Tanto pensar daba para andar horas. Decidí que ya era hora de volver a la oficina, así que me decidí a cruzar el puente y coger ahí el tranvía hasta allí.

Según cruzaba el puente, me fijé en un hombre que lo cruzaba por la otra acera. No le hubiese dado más importancia de no ser porque, primero, había trabajado conmigo y, segundo, era el ex de María, Salvador. Un tipo que siempre me pareció un redomado egocéntrico, además de un traidor a la empresa, pero desde que supe lo que sucedió con María, me pareció un auténtico cabronazo. Lo tenía todo, el muy gilipollas. Intenté evitar encontrarme con su mirada, pero otra vez Murphy se había aliado en mi contra, porque, por un instante, miró hacia mi lado y me reconoció. Sin embargo, al contrario de lo que pensé, no se acercó. Solo me sonrió y saludó con la mano. Posiblemente porque, el muy sinvergüenza, sabía que se marchó de la empresa por la puerta de atrás y no tuvo huevos para venir. No me extrañó nada. Aun así, no pude evitar seguirle con la mirada y observar hacia dónde se dirigió.

Entró en el Casco Viejo. Me quedé con la intriga de saber dónde iba. María vivía en la ribera de la ría y él parecía ir hacia el centro. Además, habían pasado muchos años sin tener contacto entre ellos como para que él ahora se molestase en intentarlo. Dejé de seguir sus pasos con la vista y me llevé las manos la frente. Estaba empezando a sentir algo que hasta la fecha no había experimentado y me molestaba bastante. Celos. Tenía celos del hombre que le había dado una hija a mi chica. No podía permitir que un hombre que ya no estaba en sus vidas me hiciese sentir eso. Pero lo cierto era que en mis planes no entraba la idea de enamorarme. Definitivamente, Murphy se estaba riendo en mi cara a carcajadas.

Lo mejor era que acabase el día e irme a mi casa a recapacitar sobre el extraño giro de mi vida, bueno, más bien de nuestras vidas. Porque ahora éramos dos. Solo me faltaba conocer a Martina e intentar normalizar nuestra relación. Si ella me dejaba.

María no volvió a la oficina ese día. Tampoco respondió mis mensajes ni mis llamadas, así que, cuando acabé la jornada laboral, me fui directo a casa. Al final me agobié pensando que la había cagado. No debí haberme metido en sus problemas familiares, aunque no estuviese de acuerdo con lo que pensaba de su madre.

Me senté en el sofá con una cerveza en la mano y volví a darle vueltas al tema de Salvador, su madre y toda la incertidumbre que nos podía afectar. Podía ser mi primera relación seria en años y me preocupaba que no saliese

como yo deseaba.

A veces, era complicado llegar a finales felices. Esto no era la puta película romántica de los domingos por la tarde. Después de rebanarme el cerebro con mil y una absurdas ideas sobre nosotros, opté por irme a dormir, a ver si así dejaba de pensar. Pero, en ocasiones, dormir estaba sobrevalorado. El presentimiento de que todo podía ir peor sobrevoló la oscuridad de mi habitación.



Capítulo 13

María

No fui a la oficina en toda la semana, no podía mirar a Álvaro a la cara. Ni siquiera fui capaz de contestarle el teléfono. La discusión con mi madre acabó en nada, le pedí por favor que no metiese a Jon en la discusión, mi supuesto mejor amigo que, en un alarde de valentía, intentó hablar conmigo para alabar a mi madre y decirme lo feliz que era a su lado. ¡Llevaban un maldito año juntos y no había tenido las narices de decir nada! ¡Ni él ni mucho menos mi madre! No tuve claro si me sentó mal la relación entre ellos o el hecho de que me lo hubiesen ocultado. Y luego estaba el tema de Salva. Años sin saber nada de él para enterarme de que era su sustituta y que encima se podía haber llevado secretos de empresa. Actitud normal en él, dado nuestro pasado común.

Era sábado y, por extraño que resultase, echaba de menos a Álvaro. Tenía que resolver nuestra situación porque, en el fondo, no fui capaz de ver que él solo trataba de hacerme entrar en razón y ayudarme. Pero, después de tantos

años sola, me pareció un entrometido. Aunque si pretendía tener una relación con él, no debía salir corriendo cada vez que tuviésemos un desencuentro. Me encantaba estar con él. La madurez con la que tomó mi maternidad me sorprendió y si, encima, todo ese cariño que me demostraba era capaz de compartirlo con Martina, lo nuestro podría llegar lejos.

Tenía que devolverle todo eso que, sin querer, él me estaba dando. Cogí mi teléfono y lo llamé. Cogió al quinto tono, se lo estaría pensando.

—Hola —saludé con cautela.

—Hola, María —devolvió el saludo serio.

—¿Qué tal estás? —escuché un resoplido al otro lado de la línea.

—¿Qué quieres, María? ¿A qué viene ahora esta llamada, después de una semana sin saber de ti más que por los *mails* profesionales? Si es por tema laboral, lo podemos hablar el lunes en la oficina.

—Álvaro, por favor. Déjame hablar, te lo pido.

Otro resoplido.

—Escúchame tú a mí... —se detuvo un segundo, que aproveché para decir lo que sentía en ese momento.

—Lo siento —dijimos al unísono.

De la seriedad del inicio pasamos a las risas de alivio. Los dos nos encontrábamos mal. Los dos sabíamos que lo habíamos fastidiado a nuestro modo.

—Sé que no debí entrometerme en tu vida, preciosa —confesó, arrepentido—. Lo sé.

—Y yo sé que no debí haberte hablado así tampoco. No fui justa —admití mi parte de culpa—. Discúlpame. Lo cierto es que no te respondí el teléfono porque me sentí avergonzada por la forma en que reaccioné contigo. Lo siento.

—Yo también lo siento, María. No sabes cuánto.

—Esta semana ha sido complicada para mí y encima lo he pagado contigo. Acabamos de empezar lo nuestro y ya te estoy alejando.

—Tú no has alejado a nadie. Si no hubieses respondido el teléfono, habría acabado en la puerta de tu casa para hacerte entrar en razón, aunque hubiese sido a base de sexo.

Solté una carcajada, no por lo que dijo, sino porque tuve claro que habría sido capaz de hacerlo.

—¿Ahora te ríes de mí? —se burló con sarcasmo.

—Ahora me río contigo, idiota. —Por primera vez, me di cuenta entonces de que escuchar su risa era volver a sentir paz interior—. Quiero verte.

—Y yo a ti, para vengarme a besos por los días que me has hecho pasar.

—Eso después, primero quiero que conozcas a Martina.

Silencio. Eso obtuve. Un largo minuto sin decir nada.

—¿Sabes? Al día siguiente de pasar la noche juntos en mi casa, estuve a punto de llamarte para pedirte pasar el sábado juntos con tu hija.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque me pareció apresurado, porque tenía miedo de que me dijese que no.

—Creo que no te hubiese dicho no.

—Creo que estoy enamorado de ti, María.

Su confesión me dejó con la boca abierta. No me esperaba esa respuesta tan contundente, pero tenía que ponerme a la altura de lo que me acababa de decir.

—Yo también —admití sin cortapisas.

—¿Entonces? —preguntó dubitativo.

—Nos vemos a las cinco en el parque de Doña Casilda, junto al estanque de los patos. A Martina le encanta darles de comer y jugar ahí un rato con los patines. Después, si quieres, vamos a tomar algo.

—Nos vemos allí y hablamos un rato tú y yo. ¿Te parece?

—Me parece.

Cuando colgué el teléfono, tenía una media luna dibujada en mi cara como sonrisa. Álvaro se estaba convirtiendo en alguien muy importante para mí en muy poco tiempo. No tenía claro a dónde íbamos a llegar con lo nuestro, pero estaba dispuesta a averiguarlo. Me dirigí a la habitación de Martina para contarle mis planes. No sabía cómo se lo iba a tomar.

—Hola, mi niña. ¿Qué haces?

—Mami, estoy harta de mi brazo. Creo que me lo voy a cortar y que me pongan uno de plástico.

—Martina, hija. No seas bestia. Son cuarenta días y todavía te quedan algunos para que te lo quiten.

—Pues abu dice que me quedan más. —¡Muy bien por mi madre! ¡Dando ánimos!

—Abu no sabe lo que dice. No ha ido al médico y no sabe echar las cuentas bien.

—Pues abu...

—Deja a tu abuela con sus cosas, que bastante tiene con lo suyo. —Miré hacia el techo y resoplé. No me acababa de creer lo que mi madre estaba

haciendo con su vida—. Vamos a comer rápido, que hemos quedado con un amigo de mamá y quiero que lo conozcas.

—¿Es uno que abu Bego dice que es muy guapo? —Puse los ojos en blanco porque ya no sabía qué pensar de lo que mi madre opinase de los hombres. Me tenía desconcertada—. Dice que no se afeita la cara, pero que es muy guapo.

—Bueno, vamos a dejar a un lado lo que a abuela piensa de los hombres.

—Pues es que tiene muy buen gusto. Dice que Jon es todo un hombre. Y tiene razón, porque si fuese mujer, la abuela sería lesbiana.

¡Tierra, trágame y escúpeme en el Caribe!

—Martina, hija, a lo que iba. Hemos quedado a las cinco en el parque. Puedes llevar los patines y así juegas un poco por la zona. ¿De acuerdo?

—¡Genial, *ama*! Así puedo patinar con los patos mientras tú te besas con el chico guapo.

Me llevé las manos a mi frente y tragué saliva. Esta niña llevaba impreso en la cara «soy más lista que tú» en letras de neón.

Comimos algo rápido para acabar cuanto antes y prepararnos a conciencia las dos.

—*Ama*, que es tu novio. No el mío. La que tiene que ir guapa eres tú. ¡No me vistas como una niña tonta! Quiero ponerme mi camiseta de calaveras. — Me puso morritos y ojitos de gato abandonado y no pude negarme. Mi pequeña macarra ya me decía qué quería ponerse a su edad. No quería pensar qué haría cuando tuviese quince.

—De acuerdo, calaveras para la señorita.

—Y vestido para ti.

Aparecimos en el parque de Doña Casilda diez minutos antes de las cinco. No vi a Álvaro por ninguna parte, así que nos fuimos a ver a los patos para hacer tiempo. Estábamos viendo a un grupo de patos comer cuando le vi aparecer al otro lado del estanque. Me sucedió algo que jamás imaginé que haría con mi edad. Junté las piernas del latigazo de placer que me dio al verle. Este hombre me excitaba en la distancia sin provocarlo, o tal vez fue que estaba guapísimo con unos pantalones vaqueros, camiseta de Ramones y una chamarra de cuero gris desgastada que le convertía en un auténtico chico malo. Luego estaba esa sonrisa que traía de serie y que, en poco tiempo, se estaba convirtiendo en mi favorita del mundo. Se puso a nuestra altura y, con cautela, se acercó a mí.

—Hola —susurró tímido.

Me dio un beso en la mejilla que me supo a poco y le miré, turbada.

—Los novios no se dan esos besos, esos son de amigos. ¿No eres el novio de mi mamá?

La sorpresa ante la intromisión de Martina nos dejó a los dos cortados momentáneamente. Nos giramos hacia la niña y echamos a reír.

—Hola, soy Álvaro. —Se agachó para ponerse a su altura y le mostró la mano a modo de saludo cordial.

—Hola, soy Martina. —Sin vergüenza alguna, mi adorada hija rechazó su mano y directamente le plantó un beso.

—Eres más guapo de lo que dijo la abuela y hoy no llevas barba. No picas, así que te puedo besar en la cara.

Su nueva salida de tono nos hizo de nuevo soltar otra carcajada. Quedó patente que se habían caído bien y que Martina iba a ser directa con él.

—Ahora que ya nos conocemos y hay confianza, ya puedes besar a mi madre. ¡Venga! —le animó sin ningún recato—. Trae pintalabios, pero se los puede volver a pintar.

Negamos ambos con la cabeza y nos acercamos retraídos. Lo que iba a ser, en principio, un simple beso en los labios porque Martina nos estaba mirando y, además, estábamos en un parque público, se convirtió en algo cálido y sensual y eso que fue sin lengua. Definitivamente, su roce era inflamable. Nuestra conexión era brutal y me tuve que apartar para recuperar el control que estuve a punto de perder. Al mirar a Álvaro comprobé que él no se encontraba en mejor situación que yo. Éramos magnéticos y eso nos asustaba a los dos.

—Te he traído un pequeño regalo, Martina. Espero que te guste. —Me miró y me guiñó un ojo. En ese momento se debieron derretir los polos, porque esa forma de mirar fue puro fuego.

Sacó de una bolsa en la que ni me había fijado un paquete y se lo dio a la niña. Se levantó y se acercó a mi oído.

—A ti te he traído otro regalo, pero ya te lo daré cuando estemos solos —me dijo, tan cerca del lóbulo de la oreja que no supe si el escalofrió que tuve fue provocado por lo que dijo o por la caricia de su aliento. ¡Malditas hormonas!

—Es de mala educación decir cosas al oído, Álvaro.

Otra vez Martina al ataque y sus locas salidas de tono.

—¿Y el regalo? ¿No lo vas a abrir? —inquirí, tratando de dar la vuelta a la conversación.

Deshizo el envoltorio en modo Martina, es decir, rompió el papel sin miramientos y cuando vio lo que era se lanzó a las piernas de Álvaro.

—¡Gracias, muchísimas gracias! Mira, *ama*. Un palomitero de *Star Wars* y la peli de *Rogue One* —. Se giró y le miró alzando una ceja—. ¿Cómo sabías que me gusta?

—No lo sabía, pero me gusta a mí y me pareció una buena idea que fuésemos luego a mi casa a verla juntos.

Martina me miró y sonrió.

—*Ama*, este chico me cae bien. Sabe de pelis.

Soltamos todos una carcajada y le dimos un abrazo. La cosa iba muy bien. Al soltarnos, Martina nos agarró a cada uno de la mano y nos instó a andar.

—Mami, dejemos los patines para otro día. Le voy a enseñar a Álvaro lo que es ser una auténtica fan de *Star Wars*.

Y paseando llegamos hasta su apartamento para subir y ver la película. Otro pasito más en nuestra relación.



Capítulo 14

Álvaro

En mi apartamento, las dos estaban en mi territorio. Ocupando zonas en las que nunca había entrado un niño, prohibidas hasta para mis sobrinas y lo más fuerte de todo, me hizo sentir bien. Por primera vez, la casa tenía vida.

Martina recorrió todas las habitaciones impresionada por las vistas que tenía hacia la ría. María la perseguía mientras le reñía por sus travesuras. Me encantó verlas como si formaran parte de la casa.

—Álvaro, ¿me puedo quedar a dormir un día?

—¡Niña! ¿Te estás autoinvitando? —María se llevó las manos a la cabeza abochornada por la pregunta de su hija—. ¿No te estás tomando demasiadas confianzas con él?

—*Ama*, Álvaro sabe que me tiene que tener contenta a mí si quiere ganarte del todo. Su invitación es mi premio.

Abrimos los dos los ojos como platos y les di la espalda para echarme a reír. Las respuestas de Martina me estaban dejando fascinado y poco a poco

me iba embaucando.

—Tiene tu fuerte personalidad —le dije a María en un susurro—. Un día va a engatusar a los hombres como tú lo hiciste conmigo.

Me taladró con la mirada y yo me burlé de su reacción. Definitivamente, María se estaba metiendo en mi piel sin remedio.

—Bueno, niña, será mejor que nos sentemos en el sofá a ver la película que te han regalado —ordenó su madre, que aún estando medio enfadada me ponía duro. La sesión de cine se me hizo muy larga.

Acabamos de ver la película y Martina ya estaba acurrucada a mi lado completamente dormida. María me apremió para que la llevase a una habitación. La dejamos dormir en un cuarto que había libre y nos dirigimos a la cocina agarrados de la mano.

—Siento mucho todo lo que ha sucedido entre nosotros estos días —se disculpó, apesadumbrada.

—Mira, preciosa, soy consciente de que tal vez no debí meterme donde nadie me llamaba, pero es que no entiendo tu reacción... aunque no es mi madre y por tanto, debo respetar tu opinión —admití, mientras la cogía por la cintura y la sentaba en la encimera de mármol. Suspiró, pero no supe si por mis palabras o por lo que acababa de hacer con ella.

—No me creas tan retrógrada, pero tampoco soy tan moderna. Mi madre tiene cincuenta y seis años. ¡Puede ser su hijo! Es todo tan, tan... ¡Joder, es mi mejor amigo! Le he visto estar con dos mujeres en una noche, con otras casadas, sin respetar a nadie. ¡Y me viene a decir ahora que se ha enamorado de una mujer veinte años mayor que él que para colmo es mi madre! ¡Comprende mi preocupación! —Escondió la cabeza en mi cuello resoplando, gesto que despertó algo más que mi interés por escucharla.

—María. —La tomé de la barbilla y alcé su cabeza para que me mirase—. Es su vida. No te puedes meter a protegerla como si fuese Martina. Ella sabrá lo que hace. Es más, yo creo que tu amigo es afortunado con una mujer como ella. —María me miró elevando una ceja—. ¡Sí! Tu madre es una mujer muy bella y no aparenta la edad que tiene. Es normal que atraiga a cualquier hombre.

Puso lo ojos como platos y medio un golpe en el hombro.

—¿Me tengo que preocupar, casanova?

Sonreí de medio lado para después lamerme los labios y acercarme a su oído. Gimió. La tenía donde quería llegar.

—Tengo la copia, que me gusta más. —Me premió con otro golpe, esta

vez en un brazo.

—¿Me estás llamando copia?

—Estoy diciendo —me amenazó con la mirada antes de que yo continuase—, que has heredado la belleza de tu madre y tengo la suerte de tenerte a mi lado.

Me sorprendió abalanzándose a mis brazos y acabamos en el suelo de la cocina con ella en mi regazo.

—Me gustas demasiado, Álvaro.

—Es que soy demasiado guapo.

—Y con demasiado ego.

—Pero sigo siendo guapo.

Escucharla reírse era el sonido más *sexy* del mundo. Pero no solo eso, se estaba convirtiendo en adictiva. Esta mujer estaba sacando al tío moñas que desconocía que existiese en mi interior. Si mi hermana me hubiese visto en ese instante, seguramente habría tenido que escuchar la risa más burlona del mundo. Pero no me importaba, quería a María en mi vida.

—¿En qué piensas? —María me cazó en mis pensamientos.

—En que me apetece metértela ahora mismo.

Sin dejarla responder, me bajé la cremallera de los pantalones, hice a un lado su ropa interior y la penetré de una estocada. Fue una entrada directa al paraíso. Un suspiro de alivio salió de mi boca. Me sentí completo. Como si estar en su interior fuese el calmante imprescindible para recuperar el aliento y cada vez que entraba en ella me hechizase un poco más. Estaba adquiriendo un poder que me absorbía y asustaba a partes iguales. María podría tanto elevarme como destruirme. ¿Podía ser tan profundo y bestial el amor? Dejé de pensar por un segundo y me dediqué a profundizar más mis embestidas. Sus gemidos chocaron con los míos. Ella miró hacia los ventanales que decoraban la cocina como para cerciorarse de que nadie nos veía.

—¿Te gustaría que nos vieses, preciosa?

María giró la cabeza y entre suspiros de placer, asintió. Me dejó fascinado.

—Pequeña exhibicionista.

—La culpa es tuya por tener esas vistas. Provocan... —un gemido—, cosas raras... —otro más—, en el cerebro de... —se mordió los dedos para ahogar un grito—, las mujeres inocentes como yo.

—Tú de inocente no tienes nada. Te aseguro que el ingenuo en esta relación soy yo. Me tienes cautivado.

Después de decir esas palabras, nos atrapamos con la mirada y fue la mecha que nos lanzó al vacío. Todo se hizo más intenso, más fuerte, más salvaje hasta que estallamos en un orgasmo que nos devastó a los dos. Se pudo hasta tocar con los dedos, flotó en el aire. Fue tan tangible como lo que sentíamos el uno por el otro. Quise fundirme con ella.

Extenuados como estábamos, me hice lo justo a un lado para recuperar el aliento y volver a ser yo. La respiración volvió a su lugar, pero yo ya no era el mismo. No lo iba a ser nunca más.

—Será mejor que nos levantemos de aquí no vaya a ser que Martina se despierte y nos pille infraganti. —Bromeé, para romper la incomodidad del momento.

—Si no se ha despertado con el ruido que hemos hecho, no lo va a hacer hasta mañana —rebatí ufana.

—¿Te estás autoinvitando a mi casa, señorita? —me mofé de ella recordando las mismas palabras a su hija.

Giró la cabeza y sonrió. Me puso duro de nuevo. ¡Maldita sonrisa!

—Estoy diciendo que tal vez debemos irnos porque si no se nos va a hacer tarde.

Me sentó mal su respuesta, debía admitirlo. Quise que se quedara, de hecho, lo deseé. Aunque, por Martina, debía de comportarme como un hombre adulto y no parecer un adolescente con su primer amor, deseoso de tenerla a mi lado cada quince segundos. A decir verdad, deseé que se quedase en mi casa para siempre. ¡Estaba más que jodido!

Nos incorporamos del suelo y fuimos a asearnos. Me gustó verla rondar por mi casa como si hubiese estado en ella siempre. Era tan natural que me asombré a mí mismo pensando en pedirle que viniese a vivir conmigo. ¡Calma, Iriondo! Definitivamente, yo ya no era yo.

Salimos del baño abrazados y fuimos al cuarto donde descansaba Martina. Nos quedamos embobados mirándola y hasta pena nos dio despertarla. A pesar de que era temprano todavía, estaba seguro de que, si no lo hacíamos, tal y como afirmó su madre, era capaz de dormir hasta el día siguiente.

—Os llevo a casa —dije sin pensar.

—Allí no puedes aparcar, mejor pido un taxi.

—Me da igual la multa, quiero llevaros. —Otra vez esa mueca de felicidad en su cara que hizo que me rindiese a sus pies.

—Me da igual la multa. Quiero que nos lleves.

Con esa afirmación tan simple supe que podría ser capaz de llevarla a

Marte si me lo hubiese pedido. Bajamos al garaje a por el coche y las acerqué a casa. Martina iba detrás medio dormida, María a mi lado y yo sujetando su mano como si fuese la última vez que nos fuésemos a ver.

—¿Me devuelves la mano? —inquirió, burlona.

Me sobresalté y sonreí. Me pilló con las manos en la masa y nunca mejor dicho, porque estaba pensando en ella. Cogí su mano y se la besé.

—Toda tuya —le contesté, con sus nudillos rozando mis labios—. ¿Te ayudo a subir a la niña?

—Por favor...

Dejé el coche mal aparcado, tal y como ya habíamos vaticinado, y cogí a la niña en brazos para acompañarlas hasta casa. No era muy tarde, pero no me apetecía nada verlas a esa hora solas por la ribera. Nos acercamos al portal cuando una sombra se acercó por detrás.

—¿Eres mi sustituto, Iriondo? —Me giré para verificar quién era, pero lo tuve muy claro por dos simples razones: conocía muy bien de quién provenía la voz y, a pesar de la oscuridad, María se quedó paralizada.

—Vaya, Salvador. ¿Qué se te ha perdido? ¿La dignidad?

No me contestó, tan solo dirigió su mirada a María y a su hija, que aún estaba en mis brazos.

—Vengo a conocer a mi hija, María.

¡Valiente cabrón! Después de tantos años venía a pedir.

—Mira, Salvador. Es un poco tarde y no es momento ni lugar para presentaciones. —Empezó a alterarse porque estaba claro que ni se esperaba esa visita, ni mucho menos haciendo peticiones fuera de lugar—. No sé a qué viene esto ahora, pero será mejor que te vayas y hablemos en otro momento.

Martina se revolvió en mis brazos, como si adivinase en sueños la inquietud por la que estaba pasando su madre.

—¿Me dejarás conocerla? Cuando supe que eras tú la persona que iba a ocupar mi lugar en la empresa me sorprendió mucho. Estuviste desaparecida todos estos años.

—No estuve desaparecida, Salva, hice mi vida. El que desapareció fuiste tú.

—Vaya, esperaba esa puñalada, pero no tan pronto.

María bufó, contenida. Me dio la sensación de estar a punto de gritarle, aunque estaba claro que primaba la estabilidad de su hija y se calló.

—Salva. —Abrió el bolso para coger la llave—. Tenemos que subir a Martina a casa y Álvaro no es un *sherpa*, la niña pesa.

—Si quieres la subo yo. —Estiró sus brazos con la intención de quitarme a la niña.

—Ni lo sueñes —me salió sin pensar. Me aparté de él y fui hacia la puerta que María ya estaba abriendo. Pude vislumbrar su suspiro de alivio por mi reacción. No sabría decir, me salió una especie de vena paternal o bien pudieron ser celos. O una mezcla de ambos.

Ni se despidió de él. Cuando Salvador fue a decir algo, le dio con la puerta en las narices y comenzó a subir las escaleras como alma que llevaba al diablo.

—Siento lo que acaba de suceder —se disculpó, como si ella tuviese la culpa de todo.

Dejamos a Martina en su habitación y, antes de que continuase, la abracé. Porque lo necesitaba ella tanto como yo. Estaba temblando. Ese tipo la había hecho temblar. Por un segundo, me acojoné. ¿Seguiría sintiendo algo por él? Intenté deshacerme de esa idea y calmarme. La que necesitaba ayuda en ese instante era ella.

—No sientas nada, no es culpa tuya. —La aparté un poco de mis brazos para mirarla a la cara—. ¿Sabía que vivías aquí?

—No, y eso es lo extraño. —Negó con la cabeza—. Le perdí la pista cuando nació Martina y desde entonces no he vuelto a saber nada de él.

—Entonces, ¿cómo supo que vivías aquí?

—No lo sé.

Y ese no lo sé vino acompañado de un escalofrío posterior que me supo a miedo. Quise quedarme con ella a pasar la noche, pero se negó. Dijo que estaba bien, algo que no me creí, y que necesitaba estar sola para poder hablar con la niña al día siguiente.

Me despedí de ella, no sin antes hacerle prometer que la visita sería en casa de mi hermana para probar su maravilloso bacalao. Me fui intranquilo y con ganas de partirle la cara al imbécil de Salvador. Más cuando, al bajar a la calle, mi coche finalmente se lo había llevado la grúa.



Capítulo 15

María

No quise asustar a Álvaro con mi actitud, pero estaba aterrada. La repentina aparición de Salvador me había dejado tocada. Necesitaba hablar con alguien. Este era el momento preciso para tirar de amigos, pero estaba enfadada con Jon. Podría haber llamado a mi madre, aunque recordé que el motivo por el que no hablaba a Jon era precisamente por ella. No tenía a muchas más personas a las que recurrir para desahogarme. Y me entró un ataque de soledad. Finalmente, cedí a mi cabreo y llamé a Jon. Sinceramente, lo necesitaba.

—María..., no pensé, yo... Me alegro mucho de que me hayas llamado.

—Salvador ha vuelto.

No hizo falta nada más. Era mi mejor amigo y estaba ahí, tras la línea, escuchando el reencuentro.

—Estoy desconcertada, Jon. No sé por qué ahora. ¿Quiere conocer a Martina después de tantos años! ¿Por qué?

—Le habrá entrado la curiosidad morbosa, nena, ya sabes.

—¿Curiosidad morbosa? Pues anda que no ha tenido tiempo ni nada de tenerla. ¿Y si viene a quitarme a mi hija? —pregunté intranquila.

—No te a va a quitar nada. Se piró cuando nació. A lo sumo puede pedir visitas para conocerla.

—¿Visitas? ¿Conocerla? —Abrí los ojos como platos y tuve que buscar un lugar donde sentarme. La sola idea de que Martina conociese a su padre me alteró. No era justo para ella que ahora su padre viniese pidiendo sopitas cuando había salido corriendo.

—Martina te ha hecho mil preguntas sobre su padre. Déjala a ella escoger si quiere verlo o no. —Su consejo me sentó mal. No supe si porque tenía razón o porque estaba enfadada con él. Llegué a dudar si había sido buena idea llamarle.

—Jon, es injusto. Sé que es su padre, pero es injusto.

—Consulta con un abogado tu situación para que no te pille desprevenida. ¿Conoces a alguno? —sonó inquieto. Estaba realmente preocupado por mí. No había dejado de ser mi amigo ni con las circunstancias que nos rodeaban.

—No conozco a ninguno, aunque puedo averiguar.

—Tenemos que hablar, Mari, por favor —imploró, con un deje de desesperación—. Somos amigos. Me acabas de llamar porque me necesitas...

—No, Jon. Te voy a colgar. —Pero no lo hice.

—Me necesitas tanto como yo a ti.

—Para tirarte a una señora de cincuenta y tantos no me tuviste en consideración, y más teniendo en cuenta que es mi madre —le reproché sin ningún recato.

—Estoy enamorado de Begoña, Mari.

—¿Me estás escuchando? ¡Tiene cincuenta y seis años y tú casi cuarenta! ¿Cómo crees que va a acabar esta historia?

Silencio. Desde luego, estaba a punto de patentar los silencios a través de la línea.

—Mari, no sé cómo va a acabar, pero tú tampoco sabes cómo va a acabar lo tuyo con Álvaro.

—No metas a Álvaro en esto...

—Escucha, no me malinterpretes. Se trata de vivir el momento y ser feliz, nena. Tu madre me quiere...

—No quiero escuchar esto, Jon. Prefiero no saberlo. —Me quedé un segundo esperando e inspiré hondo—. Disculpa, creo que ha sido una mala

idea llamarte.

Colgué el teléfono y lo lancé sobre la mesa. No me sentía con fuerzas como para saber nada más de su relación. Me tiré en el sofá y empecé a darle vueltas a todo lo que me estaba sucediendo desde que conocí a Álvaro.

Mi vida era una espiral de emociones y todas fuertes. Empecé a sentirme desbordada, sin control sobre lo que sucedía a mi alrededor. Todos estos años tuve todo atado, sabía hacia dónde dirigirme, cómo pelear. Pero ahora me encontraba en varias encrucijadas, una de ellas posiblemente legal y no me apetecía nada ver sufrir a mi hija. Tenía que buscar un abogado por si acaso las cosas se ponían feas con Salvador. No la tenía ni siquiera reconocida y ahora aparecía de repente. Definitivamente tenía que hacer la consulta legal. Iba a buscar en Google «abogados en Bilbao» cuando me vino a la cabeza una conversación con Álvaro: ¡su hermana lo era! Y, como si le hubiese conjurado, el móvil sonó justo cuando le iba a llamar.

—Hola, preciosa. —Esa voz era el mejor calmante que me pude tomar.

—Hola, casanova —le escuché reírse. Junté las piernas de la sensación que me produjo—. Me gusta escucharte.

—Y a mí que pongas esa carita de niña buena necesitada cuando te corres, pero me tengo que conformar con escuchar tu voz por teléfono.

De nuevo, junté las piernas. Con este hombre no me hacía falta ir al gimnasio.

—Eres imposible. Me estoy haciendo adicta a ti y no es justo. Yo era una mujer fría y calculadora hasta que te conocí.

—Calculadora no sé, fría... Eso díselo a mi polla. Está en continua erección cuando estás cerca.

Tuve que tragar saliva y respirar hondo. ¿Cómo se podía hablar así y dejar a una mujer al borde del orgasmo? Esto necesitaba una buena respuesta por mi parte.

—Y yo me podría correr con solo escucharte.

—Ufff. Buena respuesta. Ahora me voy a tener que masturbar antes de irme a dormir. Y aunque me gustaría tener sexo telefónico contigo, te he llamado para hacerte una propuesta y no quiero perder el norte escuchando tus gemiditos.

Resoplé. El norte lo iba a perder yo con sus insinuaciones. ¡Maldito casanova! Me fui directa al tema que debía tratar con él.

—¡Qué coincidencia! Yo también te llamaba para hacerte a ti otra. Bueno, más bien para pedirte un favor.

—Si es sexo, deseo concedido. Si es otra cosa, veré qué puedo hacer.

Me quedé pensando un momento. Ahora la que se quedó en silencio fui yo. Dudé por un instante si pedirle el favor o no.

—Bueno, hace unas semanas, me dijiste que tú tenías una hermana...

—Todavía la tengo. Espera, deja que mire a ver si sigue viva...

—¡Idiota! ¡No te burles de mí! —Reímos los dos por su cachondeo. Pobre hermana, lo que tenía que soportar con este hombre—. Déjame hablar. Me dijiste que era abogada, ¿verdad?

—Esto empieza a ser peligroso y preocupante. —Me inquietó su reacción. ¿Me tomé demasiadas libertades con él? ¿Y si le parecía mal que le pidiese ese favor?

—¿Por qué dices eso?

—Porque estamos empezando a leernos el pensamiento y eso implica conexión. Esto del amor es un coñazo. —Lo dicho, con este hombre no había forma de mantener una conversación normal—. Te llamaba precisamente por lo mismo —continuó—. Mi hermana es abogada y, si quieres, podrías consultar el tema de tu hija con ella. No pienses en el dinero, ya me lo pagarás en carnes.

—¡Álvaro! Contigo no hay forma de hablar en serio. ¡Necesito ayuda!

—Y yo necesito tenerte en mi cama, pero me tengo que conformar con ser un chico formal y ayudarte con el imbécil de tu ex.

—Álvaro...

—Perdón. No pretendía llamarle imbécil contigo delante, más bien pensaba en cabronazo, pero habría resultado demasiado obvia mi animadversión hacia él.

—Lo disimulas muy bien. —Sonreí porque tenía que hacerlo. Él y su capacidad para hacerme sentir mejor.

—Trabajaré más duro en ello —afirmó muy serio.

—¿En disimular? —interpelé con grosería.

—No, en ti. Te voy a trabajar bien duro. Pero antes vamos a quedar con mi hermana y hablas con ella. ¿Quedamos mañana por la tarde? ¿Un café en el Iruña para que no te sientas intimidada? Lo de comer con ella, lo haremos otro día. Cuando te caiga mejor.

—¿Cuando me caiga mejor? —inquirí con preocupación.

—Sí. Mañana a lo mejor no te cae bien cuando te hable de la situación en la que estás con tu ex.

Cerré los ojos y en ese instante caí en la cuenta del motivo real de la

llamada: Salvador. Una pequeña punzada en el pecho me provocó un ahogo momentáneo. Ansiedad.

—No quiero pelearme con él, pero tampoco quiero que venga aquí a reclamar a una hija de la que nunca antes se había preocupado.

—¿Qué te parece si no nos preocupamos con antelación?

—Tengo miedo, Álvaro.

—¿De qué? ¿De que te quite a tu hija? No sé mucho de leyes, aunque no creo que eso pueda hacerlo. Deja que impere la lógica en ti —lo dijo con una firmeza tal que me resultó imposible no creerle. Sus palabras me devolvieron la serenidad.

—Álvaro. Eres un sol.

—¿Un sol? ¡Qué decepción! —bufó, jocosamente—. Me hubiese gustado más que me dijese que soy el rey del sexo, que follo como un dios, que tengo un cuerpo de escándalo, además de un brillante cerebro.

—Idiota. —Me reí de él.

—Uff, idiota, menos. Prefiero rey del sexo.

—Casanova.

—Más bien casanova jubilado. Entonces... ¿Nos vemos mañana, mi luna?

—¿Mi luna? —lo dicho, imposible mantener una conversación seria con él—. Nos vemos mañana, rey del sexo. A las seis en el Iruña.

—Hasta mañana a las seis, preciosa.

Dos minutos después de colgar, entró un mensaje:

Álvaro: «Si yo soy tu sol, tú eres mi luna. Suena moñas, lo sé, será que estoy perdiendo facultades. Aun así, te recuerdo que la consulta profesional con mi hermana la vas a pagar con tu cuerpo debajo del mío».

Yo: «No pidas nada, no vaya a ser que no puedas estar a la altura después».

Álvaro: «¿Has tenido queja hasta ahora al respecto?»

Yo: «Te lo diré después de saber hasta dónde eres capaz de llegar en el sexo».

Álvaro: «Me encantan los retos. Ahora me has dado una idea y ya sé cómo me lo vas a pagar. Buenas noches, preciosa. XO».

Y me dejó con la intriga de lo que estaba pensando hacer conmigo. Muy propio de él. Mi casanova favorito me estaba conquistando con algo más que con sexo salvaje y desenfrenado, lo estaba haciendo con su corazón. Su enorme corazón.

Me metí en la cama con la tranquilidad de saber que esta vez no iba a

estar tan sola para proteger a mi niña. Aunque sabía que, si no quería problemas con Salvador, debía de ser flexible con sus exigencias si no quería llevarlo todo por la vía judicial y que traumase a Martina en el camino. Mi hija. Tenía que hablar con ella de la aparición de su padre para que no le pillase desprevenida y le doliese más. Sin falta, mañana mismo.



Capítulo 16

María

—*Ama*, siempre supe que estaba vivo. No hace falta ser muy lista para saberlo. Pero no me quiere y se fue. —La serenidad de sus palabras me dejaron a mí sin ellas.

—Cariño, no es eso. Él no supo cómo hacer las cosas bien y se asustó mucho. —No sabía por qué lo justificaba. Bueno, tal vez sí, no quería verla sufrir con todo esto.

—Mami, tú no te fuiste. Tú eres una gran mami.

Las lágrimas estuvieron a punto de brotar libres, sin embargo, no quise demostrar debilidad ante mi hija y sus certeras palabras. A veces, los niños eran mucho más sabios que los adultos.

—Bueno, está aquí y te ha dicho que quiere conocerme. Pues yo no tengo tan claro que quiera conocerle a él. Tengo que pensarlo. Tengo solo nueve años, pero no soy tan tonta como pensáis. Sé lo que es no tener un papá a tu lado cuando se le necesita y ahora, tú, el tío Jon y abu Bego habéis hecho todo

el trabajo. Además, está tu novio, ese con el que te das besos, Álvaro, que me cae muy bien y le prefiero a él.

Si ella supiese que no era cuestión de preferencias... Dejamos el tema a medias porque no quise presionarla con ello. No dejaba de ser una niña a la que la habían dado una noticia muy fuerte, por más que ella reaccionase casi como una adulta, bueno, tal vez hasta mejor. Sin embargo, yo tuve claro que no podía ocultárselo por mucho tiempo y que por más que tratase de que no le afectara, acabaría haciéndolo de un modo u otro.

Nos fuimos a pasear por la Plaza Nueva, a intercambiar cromos de los Vengadores y así pudimos aparcar las cosas hasta, al menos, por la tarde, cuando hablase con Paula, la hermana de Álvaro.

Álvaro

Con María no me costaba ser generoso. Quería, no, necesitaba su felicidad, por encima de la mía propia. Me burlé de mí mismo, el amor me estaba convirtiendo en un pelele.

Llamé a mi hermana por la mañana para quedar con ella. Estaba muy liada con el trabajo y la vida de madre de dos niñas en general. En cambio, en cuanto nombré a María y posteriormente su consulta legal, dejó todo a un lado y me concedió esa tarde de café. Es lo que tenía el amor fraternal y sus ganas de verme con la cabeza agachada por una mujer, la pudo el cotilleo personal y, cómo no, el laboral.

Quedamos en la puerta de mi edificio y nos fuimos andando hasta el Iruña, el bar donde habíamos quedado con María. Un lugar con más de cien años de historia al que ahora iban cientos de turistas a comer sus famosos pinchos morunos y a ver su llamativa decoración mudéjar, al que yo le tenía un cariño muy especial por ser el café donde solía quedar con mis amigos en mi etapa universitaria. Tal fue mi relación con el local, que logré hacer buenas migas con el encargado y me dejaba la sala de la planta inferior para hacer nuestras fiestas estudiantiles. Desde entonces, era algo así como mi punto de encuentro habitual.

María ya estaba dentro, sentada en una de las mesas junto a las ventanas, acompañada de su hija. Las dos reían por algo que veían en el móvil. Fue una imagen tan dulce que no me había dado cuenta de que me había quedado parado frente a la entrada mirándolas como un idiota.

—¿Te compro un babero, hermanito? —me provocó mi querida hermana.

—No me toques los cojones... —La taladré con la mirada, gesto que no duró más de cinco segundos, para después negar con la cabeza y sonreír admitiendo mi realidad.

—Anda, vamos dentro. —Me dio un suave golpe en el hombro para instarme a entrar—. Tus chicas nos esperan.

Entramos en el café, María nos vio y se levantó de su asiento. Los camareros me saludaron con cariño desde la barra y me indicaron con la cabeza que podía dirigirme al reservado inferior. Las ventajas de los años pasados allí. Yo les dije que no era necesario, nos bastaba con sentarnos en la mesa que estaba María con su hija y disfrutar de las vistas a los jardines. Necesitábamos luz natural para una conversación como la que venía a continuación.

—Hola, guapo —susurró a mi oído. También tuvo un detalle que me puso malo de la misma porque, con su mano, me hizo una caricia furtiva en la mía, que me elevó al séptimo cielo de la excitación. Definitivamente estaba perdido. Pero como nunca me gustó perder ni a las canicas, necesité ponerme a su altura y devolvérsela.

—Hola, preciosa. —Con mis labios le rocé suavemente el lóbulo de la oreja y su reacción fue la que esperaba. El vello de su nuca se erizó y sentí como se estremeció del placer que le causó. ¡Sí, seguía siendo Álvaro Iriondo, el Conquistador!

—Bueno, parejita feliz, será mejor que me presente porque veo que vuestro saludo se alarga innecesariamente. Hola, soy Paula, la hermana de tu casanova jubilado. —Estiró su mano para presentarse, pero María la sorprendió con dos efusivos besos y un abrazo.

—Hola, soy María y te agradezco en el alma tu ayuda sin conocerme.

—No creas, te conozco bastante mejor de lo que piensas. Últimamente he oído hablar más de ti que de las modelos de Victoria's Secret. —Me miró y me guiñó un ojo. ¡Hermanas para esto!

Las dos se echaron a reír y me sentí el mono de feria con el que meterse esa mañana.

—¿Y si Álvaro se lleva a Martina a la heladería italiana esa que hay en la calle Ledesma mientras tú y yo le ponemos verde?

—Ideal. Ya va siendo hora de que alguien le baje un poco de su pedestal.

—Gracias, chicas, pero todavía estoy aquí y preferiría no escuchar de lo que salga por la boca de Paula sobre mí —sostuve falsamente ofendido por sus palabras.

Me dirigí especialmente a mi querida hermana, que me miraba con pérfida inocencia y a su vez se partía de risa.

—Aquí hoy no hemos venido a hablar de mí. Se trata de mi chica —María me miró como si me hubiesen salido tres cabezas y yo encogí los hombros y asentí como si fuese lo más normal lo que acababa de decir de María—. Portaos bien y dejad el alcohol para la noche.

María vino hacia mí, me cogió por la cintura y se acercó a mi oído.

—Mi chico. Gracias. —Con una sonrisa ladina, devolvió el gesto de mi saludo. Un suave beso en la oreja que me puso firme como una vela y me demostró la cruda realidad. Mi cuerpo reaccionó como el de ella.

—¿Y yo? —interrumpió de repente Martina—. ¿De quién soy chica?

Solté a María y, resuelto, me agaché para ponerme su altura.

—¿De los dos? —Levanté las cejas expectante.

—Tú estás a prueba, aunque de momento me caes bastante bien. —Colocó su dedo índice junto al labio y miró hacia arriba pensativa—. Ya veremos si la pasas para que seas mi chico.

Nos echamos todos a reír por las ocurrencias de esa pequeña marisabidilla. Tenía el embrujo de su madre y, muy a mi pesar, la labia de su padre. Me cogió de la mano y tiró de mí hacia la calle sin decir nada más, ni a su madre. Estaba deseosa de su helado.

—Sé de qué van a hablar —soltó de repente—. A mí ya no me apetece conocerle. Aunque he pensado que, si no quiero que *ama* sufra, es mejor que lo conozca —Se queda un instante callada—. Él nos abandonó, ¿sabes?

—Algo sé —respondí con cautela.

—Soy pequeña, pero no soy tonta. Él nunca me ha buscado y no sé por qué viene ahora. *Ama* está pasándolo mal, lo sé. No dice nada, pero se nota que está preocupada. No sonrío igual, bueno, solo cuando estás tú cerca. —La miré de lado y sonreí por su perspicacia. Tenía una enorme capacidad para notar los estados de ánimo de los demás.

Martina era entrañable. Se veía a kilómetros que adoraba a su madre y, para ella, verla sufrir le hacía más daño que saber que su padre andaba pululando por ahí.

—Quiero un helado de bollo de mantequilla —me sorprendió con su petición antes de entrar al local—. ¿Y tú?

—Yo soy más tradicional, me quedo con el de vainilla de toda la vida.

—¡Qué aburridos sois los adultos! Podéis comer lo que os dé la gana y os quedáis con lo simple.

Cerré los ojos y me desternillé por dentro. Esta niña era la bomba.

—Soy un chico simple, ¡qué le vamos a hacer! —contesté resignado.

—No lo eres tanto. Si no, no estarías con mi *ama*. Ella es especial y única. —Mejor descripción de su madre no pudo hacer. Me dejó boquiabierto.

—Como tú —afirmé a la vez que la señalé con el dedo.

—Ven, agáchate. —Me puse a su altura y me agarró del cuello para que me acercase más a ella—. Ya me habías ganado con el helado, no hace falta que te esfuerces mucho más. Ya soy tu chica yo también —susurró con una mirada cómplice.

No puede evitar cogerla en brazos y alzarla con orgullo. Sí, era mi chica, como su madre.

Pagué los helados y nos fuimos hacia los Jardines Albia, que estaban frente al café. No me atreví a volver más rápido por miedo a encontrarme con una situación incómoda para la niña. ¿Había dicho ya que el amor me estaba convirtiendo en un pusilánime? Pues sí, ahora me preocupaba por alguien más que yo mismo. Bueno, tal vez me estaba humanizando y me sentía de puta madre. Una sensación extraña para mí, vamos.

Mientras nos dirigimos a los jardines, ella me habló de sus clases de kárate, de cómo se rompió el cúbito en un golpe con otro compañero, de cómo fue él quien lloró por hacerlo en vez de ella por pasarlo. Jugamos al tres en raya con mi móvil, al *Candy Crush*. Hablamos de su madre y de su abuela. Y me dejó flipado cuando afirmó que algo había pasado con ella y con Jon porque hacía días que ambos no pasaban por casa. Vamos, que definitivamente no era tonta. Se daba perfecta cuenta de todo lo que sucedía a su alrededor, otra cuestión era que los demás supiesen que así era. Cualquiera escondía nada a ese bichillo.

Pasar con ella ese rato me recordó que Martina había crecido sin padre. Se merecía tener uno, en cambio, la tocó el irresponsable de Salvador. Un idiota con la enorme suerte de tener una hija como Martina y con la ventaja de haber probado la miel de María antes que yo, aunque con las mismas células que un protozoo. Porque había que ser un ser unicelular como para no querer estar al lado de una mujer como María.

Me agarró de la mano y me pidió que fuésemos hacia el paseo de la ría. Quería ver cómo pasaban los barcos con los recurrentes turistas que habían descubierto que Bilbao no solo era una ciudad donde se comía bien, tenía muchas más cosas que ver. Parecíamos un padre con su hija como otro cualquiera haciendo lo que hacían cualquier familia normal. Nos acercamos

hasta el puente del ayuntamiento para ver las embarcaciones desde arriba y así poder saludar. Se la veía feliz.

—Hombre, Álvaro, ¡qué sorpresa encontrarte por aquí! —me sorprendió la voz de Susana a mi espalda—. ¿Esta es tu sobrina?

Se acercó a Martina con intención de saludar, pero la niña no recibió su presencia con agrado. Los niños y su sexto sentido.

—No, soy su futura casi hija. —Susana me miró con un gesto de sorpresa.

—No sabía que fueses a adoptar una niña, Álvaro. Me asombra que lo vayas a hacer conociéndote. —Esa afirmación sobre mi persona me sentó peor de lo que pensé. Yo fui un mujeriego, sin embargo, nunca dije nada de no tener hijos.

—Es la hija de María, Martina. —Miré a la niña con una sonrisa que me devolvió de la forma más entrañable.

—Tampoco imaginé que ibais tan en serio. —Me miró esta con escepticismo.

—Será porque estaba esperando a la chica adecuada —arremetió Martina saliendo en defensa de su madre y, de paso, de la mía.

Susana se acercó a mí y me susurró al oído:

—Menudos modales se gasta la criatura.

—Bueno, será mejor que nos vayamos. Su madre nos espera. Martina... —Agarré a la niña de la mano y nos giramos en dirección contraria a la que Susana iba—. Nos vemos mañana en la oficina, Susana.

Sin recato alguno, Susana se volvió a acercar a mí y me dio un beso de despedida en la comisura de los labios. Gesto que hizo resoplar a Martina y a mí me hizo sentir incómodo.

—Como *ama* vea cómo te besa esa, se va a enfadar. Aunque creo que se merece un tartazo en la cara. Porque tiene una pinta de amargadilla...

—Martina, no se puede hablar así de la gente —le reñí a sabiendas que en el fondo tenía un poco de razón.

—Pues no, pero sigue teniendo la misma cara por más que yo me calle. ¿Ha sido tu novia?

Me quedé pensativo un segundo porque imaginé que dijese lo que dijese, Martina iba a tener una respuesta a su altura y no precisamente la relacionada con los centímetros, si no con la dimensión de su pequeña lengua viperina.

—Somos amigos y anda, ¡vamos!, que las chicas tienen que haber acabado ya.

—Amigos, amigos... —la escuché murmurar mientras gesticulaba con la

mano derecha.

¿Podría lidiar con una niña como esta?



Capítulo 17

María

Empezamos hablando sobre nosotras, de nuestras vidas en general. Paula era una mujer encantadora y se notaba a la legua que en el fondo estaba indagando sobre mí. Vamos, que quería saber si yo era lo suficientemente buena para su querido hermano. Era normal, hermana mayor que protegía al pequeño.

—La primera vez que me habló de ti, pensé que era un calentón de los suyos, de los que le duraban un par de fines de semana. No te ofendas, pero no me imaginé que llegaría tan lejos —se sinceró—. Y menos en tan poco tiempo.

—No trates de venderme a tu hermano, lo hace bien solito —bromeé para tratar de quitar hierro a sus palabras.

—Está preocupado por ti. Jamás pensé que lo vería enamorado. Solo había conocido una novia suya antes y creo que fue allá por su etapa universitaria.

—Me lo imaginaba en la universidad tonteando hasta con las profesoras,

no teniendo novia formal.

—Formal, formal... Maider fue la relación más seria que le he conocido, aunque como era una pija, estúpida perdida que solo trataba de controlar a Álvaro, salió perdiendo. Querer controlarle es como intentar atrapar el viento. Solo cede voluntariamente. Si fuerzas, de él nunca sacarás nada.

No me esperaba esa radiografía de su hermano, me sorprendió bastante. Sin embargo, agradecí la confianza que me ofreció al darme información sobre una parte de Álvaro que no conocía. Me gustaba Paula.

—Y con respecto al padre de tu hija... Mira, no te voy a engañar. Las cosas son así, María. Si no le dejas que visite a Martina, aunque no la tenga reconocida como hija, se puede poner burro y llevarte a los tribunales para pedir una prueba de paternidad y eso solo sería dolor para tu hija. —No me gustó lo que me dijo, pero más o menos esa idea ya la llevaba en la cabeza antes de hablar con ella, solo necesitaba ratificar lo que pensaba—. ¿Él tiene claro que es su hija?

—Pues, salvo que me lo ponga ahora en duda, que no creo por lo que me dijo el otro día cuando apareció en mi casa, tiene más que claro que Martina es hija suya —afirmé con cierto temor. Perder a mi hija era lo que más miedo me daba.

—Entonces, si él lo tiene claro y tú también, lo más coherente es que intentes llevar una relación normal con él para que a la niña le afecte en la menor medida.

Cerré los ojos y me llevé las manos a la cabeza en señal de resignación.

—No sé a qué narices aparece ahora, Paula. ¿Qué quiere ahora después de nueve años? Siempre pudo volver. —Paula me miró sorprendida—. Me refiero a que yo nunca le hubiese negado a su hija si hubiese vuelto antes. En cambio, ¿ahora? ¿Después de tanto tiempo? ¿Por qué?

—¿Has oído hablar del perro del hortelano? —Entorné los ojos antes su pregunta—. Sí, no me mires así. No le habrá gustado verte con otro, ni mucho menos ver a su hija en brazos de un posible padre. Si mal no recuerdo, me has dicho que no habías tenido una relación seria hasta mi hermano.

—¿Y cuándo me puede haber visto? Y, en cualquier caso, no sé a qué viene esta repentina aparición, la verdad —repliqué desesperada.

—Solo te digo que prepares a Martina para que entienda que a partir de ahora vendrá su padre a visitarla, si aceptas la entrada en su vida, si no, tendréis que estar sobre aviso para su reacción y que vaya por la vía legal, más dura, imprevisible y, en algunos casos, injusta.

—Injusto está siendo ahora, Paula. —Me enfadó muchísimo la sola idea de ver a Salvador de nuevo en mi vida.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —inquirió en plan enigmático, lo que me llevó tan solo a asentir—. ¿Te ha removido algo volver a verlo? ¿Algún sentimiento tal vez dormido?

—Sí, el rencor y el enfado hacia él, aunque no por lo que tú piensas. Pienso que tan solo ha vuelto a mi vida a tocarme las narices. Mi único sentimiento hacia él es aversión. No siento nada más. Mi corazón creo que ya está más que ocupado por tu querido hermano—. Paula sonrió burlona ante mi confesión—. Ocupa tanto que no puedo ni respirar cuando no está cerca.

—¡Guau! No le digas eso, le va a crecer tanto el ego que Bizkaia se le va a quedar pequeña.

Las nos echamos a reír pensando en cómo se inflaría Álvaro al saberlo. Porque estábamos seguras de que su pecho se ensancharía unos cuantos centímetros.

—Volví a Bilbao con intención de empezar de nuevo, Paula. No es una ciudad con mucha inversión en empresas de *marketing*. Pensé que sería una buena idea estar en un sitio pequeño, sin demasiadas complicaciones. Jamás imaginé que el necio de Salvador estaría aquí. Con su ambición, supuse que estaría por lo menos en Nueva York.

—Bueno, al menos ahora le tienes localizado, ¿no?

—Mejor que no hubiese vuelto. —Me sentí amenazada por su presencia—. Tengo miedo de que al final acabe haciendo daño a mi hija.

—¿Por qué tengo la impresión de que tu hija lo lleva mejor que tú? ¿Te has parado a pensar que para tener nueve años se lo está tomando bastante bien? —Su pregunta caló en mí porque sabía que, en el fondo, tenía razón. Martina había reaccionado genial a los recientes acontecimientos.

Cuando hablé con ella, pensé que iba a llorar de la emoción y que iba a hacerme mil preguntas sobre Salva, lo que no pensé ni por lo más remoto fue que me preguntase a mí cómo me sentía con ello. No hubo más que dos o tres preguntas sobre su padre. No vi ilusión, ni enfado, tan solo conformidad. Suficientes preguntas hubo en el pasado.

—Tal vez tengas razón, Paula. Sin embargo, me asusta pensar que su reacción cambie cuando Salvador se acerque a ella.

—Si yo fuese tu ex, le tendría miedo. Mira —me señaló hacia la calle por donde mi hija y Álvaro venían juntos agarrados de la mano—. Si ha logrado ablandar a ese pieza que viene por ahí, ten cuidado de que en el futuro no sea

capaz de organizar una conspiración mundial. ¡Tu hija tiene una personalidad brutal! No temas por ella, teme por él.

—Por mí, como si a Salvador le sale sífilis en la lengua. Paso de él.

—Entonces, aprovéchate de eso y haz como si su aparición fuese lo más normal.

—Lo intentaré, Paula, pero no te prometo nada —suspiré desconsolada.

Álvaro y María entraron al local por la puerta giratoria porque a la niña le maravilló que aún existiesen ese tipo de puertas, con las que, según ella, se podía jugar.

Venía toda pringada de helado por la cara, aunque con una sonrisa brutal.

—*Ama, ama.* —Vino a mí como una loca y se lanzó a mi regazo—. Álvaro me ha comprado helado, hemos ido a ver los barcos navegar por la ría y nos hemos encontrado a una señora que tenía la cara como si se hubiese comido un limón. —Miré a Álvaro interrogante.

—Nadie, bueno, Susana, que andaba de paseo —se justificó él incómodo.

—Era un poco tocona, *ama.*

Álvaro agachó la cabeza, abochornado. En ese momento le hubiese gustado ser invisible y yo, sorda.

—Bueno, cariño, será mejor que nos vayamos —le dije a Martina—. Paula tendrá que volver con su familia y nosotras tenemos que ir a casa. Mañana hay cole.

—¡Os acompaño! —intervino Álvaro—. Así planificamos tu vuelta al trabajo.

—De... acuerdo —contesté no muy convencida.

Tenía ganas de estar con él, quería dormir a su lado. En cambio, no pude evitar sentirme molesta por su actitud con Susana. No tenía nada con ella, pero era escuchar su nombre y mis celos prendían. Yo, ¿celosa? ¡Quién lo iba a decir!

Nos despedimos de su hermana y fuimos andando hasta casa. Agarrando los dos de la mano a Martina. Íbamos en silencio y la niña nos miraba como si estuviese siguiendo un partido de tenis. Nos disponíamos a cruzar el Puente del Arenal, cuando Martina se paró de repente justo antes de cruzar el semáforo.

—Ya sé. Álvaro, si quieres iniciar una conversación con mi *ama*, cómprale castañas —afirmó dirigiendo la vista al puesto de castañas asadas que había justo después del cruce—. Perdona todo cuando come castañas.

La reprendí con la mirada y miré a Álvaro de reojo, que se reía en

silencio.

—Martina, di más bien que la que quiere las castañas eres tú y nos pones a nosotros como excusa. —Para entonces, Álvaro ya se reía a carcajadas.

—¿Qué te parece si te compro a ti las castañas y hablo con tu madre? —intervino él con su divino aire conciliador.

No le hacían falta las castañas, me conformé con la maldita sonrisa que se le adivinaba detrás de su barba de tres días. Nos acercamos al puesto y Martina logró engatusar a Álvaro lo suficiente como para que le comprase una exagerada cantidad como para alimentar a toda su clase de kárate. Iba a tener sobredosis de hierro y fósforo hasta que cumpliese la mayoría de edad.

Finalmente, llegamos a casa agarrados solo los dos de la mano y con Martina delante de nosotros en plan avanzadilla, porque su excusa fue decir que iba de guardaespaldas. Estábamos llegando al portal cuando, cuál fue mi sorpresa al ver a mi madre acompañada de Jon y también iban de la mano. Me encontraba a medio camino entre el enfado, la ansiedad y la incomprensión. No era capaz de entender su relación. Y no tenía claro en qué momento iba a ser capaz de hacerlo.

—Hija...

—Mamá..., Jon...

—María... ¡Hola, pequeñaja! —saludó Jon a Martina para trata de resquebrajar el denso ambiente que se había instalado a nuestro alrededor.

—No puedo dejarte sola sabiendo por lo que estás a punto de pasar —admitió mi madre al ver mi cara.

—Entiendo que Jon te lo ha contado todo —sostuve a sabiendas de la respuesta de mi madre.

—Hacéis una bonita pareja, abu...

Los cuatro pusimos los ojos como platos ante la capacidad de raciocinio de Martina. Tenía un maldito radar para saber las cosas.

—Gracias, mi amor. —Se inclinó hacia la niña y acarició su mejilla dulcemente—. Yo también lo creo...

Era su abuela, mi madre. No podía negar la evidencia de lo que estaba pasando y ahora mismo, necesitaba a los míos a mi lado. Ya tendría tiempo de solucionar el tema de su relación con Jon más tarde.

—¿Quieres subir? —invité a Álvaro dando por supuesta su intención de marcharse.

—Lo siento, me encantaría, pero tengo que irme. Trabajo, ya sabes... —Me sonrió apenado por la idea de separarnos.

—Mañana nos vemos, entonces. —Me acerqué a él para darle un suave beso en los labios de despedida. Un beso que se alargó lo suficiente como para dejarme con ganas de más.

Álvaro se separó desganado y se despidió de todos con un gesto de la cabeza.

—Hasta mañana. —Estiró el brazo hasta agarrar mi mano para acariciarla suavemente, como si no se quisiera ir, con la misma necesidad que yo de estar piel con piel.

Dio media vuelta y se fue hacia la parada del tranvía. A punto estuve de ir tras él y darle un beso de película, pero miré a mi familia y me contuve. Mi familia, sí porque ellos los eran, incluido Jon, y habían venido a apoyarme.

Subimos a casa y obviando con premeditación la situación entre mi madre y Jon, hablamos de Salvador abiertamente, sin tapujos, aunque Jon alguna vez se tuvo que morder la lengua para no maldecir a mi ex delante de Martina, situación que no le fue ajena a ella, porque mi niña no era ingenua y tenía muy clara la situación.

—*Amatxu*, lo haré. Hablaré con él. Quiero saber por qué nos abandonó. Martina nunca dejaría de sorprenderme.



Capítulo 18

Álvaro

La semana fue complicada. A la vuelta a la rutina de María, con su consiguiente presión por parte de Luis para sacar la campaña de una buena vez que, aunque en el fondo no le faltaba algo de razón, tenía la mala costumbre de machacar a la gente con su insultante soberbia, estaba el hecho de que Susana se puso un poco pesada y estaba al acecho continuo. Se acercaba a mi mesa, se insinuaba y me recordaba la noche que pasamos juntos una y otra vez por mensajes y correos. Tenía que librarme de su hostigamiento antes de que la situación llegase a oídos de María.

Además, estaba el hecho de que habían iniciado el acercamiento con su ex, y eso más bien me preocupaba a mí. Salvador despertó celos en mí, aunque en el fondo María no me diese motivos para ello.

—Hoy tengo ganas de estrangular a Luis —reconoció Susana para mi sorpresa, pero de nuevo pegada a mi mesa.

—Está agobiado. Teme a Salvador, aunque María sea capaz de sacar la

campana de sobra.

—Porque sea tu novia no hace falta que la defiendas tan abiertamente.

—No tiene nada que ver con eso, Susana, se trata de ser profesional. —Defendí el trabajo de María sin disimulo—. Ella es muy buena en lo que hace, lo está demostrando, otra cosa es que las circunstancias a su alrededor no le acompañen y suponga estrés de más para ella.

—Ha faltado mucho al trabajo, ¿acaso la vas a seguir justificando? —arremetió contra ella. Me estaba cabreando e iba a lograr que la mandase a la mierda sin pudor alguno.

—Susana, ¿quieres meterte en tu vida y dejar la de los demás en paz? ¿Tan aburrida es la tuya que no te queda otra que meterte con los demás?

—Es que no sé qué haces con esa remilgada cuando has probado lo bueno conmigo.

—No te pases, Susana —me estaba calentando y no de la manera que ella quería—. Basta ya, sigue con tu trabajo o deja trabajar al resto.

En ese instante, y por suerte para ella, porque si no, la habría mandado a paseo, apareció Luis en mi mesa.

—Necesito que revises estos informes de María, si la nueva campana al final sale, quiero saber que el presupuesto que nos propone es el adecuado.

—Soy el jefe de operaciones, no el director financiero, Luis, ¿por qué me lo pides a mí? —pregunté molesto por su orden. Me sentí el controlador de las tareas de María y no era justo para ella, y mucho menos para mí.

—Porque tú confías en ella. Quiero saber que no lo haces por puro interés personal.

—No es interés personal. ¿Qué pasa en esta empresa con el profesionalismo? ¿Dudas de ella?

—No dudo de ella, pero tú la conoces mejor que yo. —Enarqué la ceja ante su velada insinuación—. Y no me refiero a que compartáis algo más que el trabajo. Tú sabes sus puntos débiles y quiero que compruebes hasta qué punto Salvador Ordóñez lo es.

Le miré con escepticismo. ¿Qué coño pensaba de María? ¿Que le iba a vender sus ideas a su ex?

—No sé con qué criterio mides la integridad laboral de María, pero estás muy equivocado si piensas que ella es así y me conoces muy poco si crees que yo voy a ser tu espía. Esto no es una película, Luis.

—Es mi empresa, Álvaro. Y haré todo lo necesario para defenderla. Incluso esto.

—Confía en ella, Luis, porque yo lo hago.

—En este mundo no te puedes fiar de nadie, Álvaro. Luego viene un tipo como Ordoñez y te jode.

—Pues entonces tampoco te fies de mí —respondí airoso. Me estaba empezando a hartar de cómo todo el mundo la atacaba sin argumentos, solo por el hecho de sentirse amenazados.

María pasó poco tiempo por su mesa esa semana. Tuvo un montón de reuniones con los creativos que estaban ayudando en la campaña y apenas nos vimos el pelo. Así que llegó el viernes y la llamé para ver si podíamos encontrarnos en mi apartamento, aunque fuese solo un rato. Puso un par de pegas, alguna relacionada con la idea de no querer que su madre se quedase con la niña porque la situación entre ellas todavía no estaba muy bien. Peleaban con demasiada asiduidad por Jon. Un tema que yo no acababa de entender, dado que no había nada más importante que ver a un ser querido feliz y poner plazos o tiempo a una relación era algo sobrevalorado.

Tiempo, eso era lo que nos faltaba a ambos. No vernos me producía una desazón que yo no había sentido antes. No estaba acostumbrado a rogar y con María me tocó hacerlo unas cuantas veces.

Finalmente, quedamos en mi casa, tal y como le pedí. Necesitaba estar con ella a solas. Tocarla, sentir su cuerpo vibrar a mis caricias, hacer el amor, follar, desahogarme, sentir que esto de estar juntos no era una quimera, sino la realidad tangible que me gustaba disfrutar a su lado.

Cuanto sonó el timbre del portal, la abrí y dejé la puerta de casa entreabierta. Por el hilo musical del apartamento se escuchaban los acordes de *No One* de Alicia Keys, como si la hubiese puesto a propósito por ella, cuando solo formaba parte de un *random* de canciones que estaban en la lista de mi móvil.

—Hola —la escuché saludar suavemente desde la cocina.

Estaba preparando un par de bebidas para ambos en lo que se acababa de hacer la cena. Salí con ellas en la mano, las dejé en el aparador de entrada y directamente la tomé en mis brazos y la besé. Creí respirar de nuevo. Llené mis pulmones de aire para poder besarla el suficiente tiempo para no ahogarme. Pura necesidad. Era como reencontrarme con la calma después de la tempestad. Me devolvió el beso con la misma hambre y supe entonces que ya estaba perdido de por vida. Sus besos eran demenciales, descontrolados, con ansia y a la vez libertad. Fue como como desvanecerse y renacer. Respirábamos solo por el hecho de que nos intercambiábamos el aire. Y

aunque así no fuese, nos habría dado igual morir así, a besos con sabor a deseo, a amor del que no se olvidaba fácilmente. Estábamos enamorados y ya no había marcha atrás. Cerré la puerta con el pie y la apoyé en ella. Entonces ya sonaba *Always*, un clásico de Bon Jovi que a María le debió de gustar mucho, porque se puso más efusiva al escucharla.

—Álvaro... Álvaro..., tócame, hazme tuya ahora.

—¿Sin preliminares? —pregunté ansioso. A mí tampoco me apetecían los preliminares. Nada como un buen «aquí te pillo, aquí te mato».

—Ahora, por favor...

No fue necesario que insistiera más. Mientas le comía la boca y mis manos se perdían debajo de su falda, me bajó la cremallera de los pantalones y, a duras penas, puse una de sus piernas en mi cadera y la penetré. Fue intenso, duro, salvaje. Un escalofrío nos recorrió a los dos a la vez, como si fuese un rayo el que nos hubiese atravesado. La embestía como si quisiera dejar mi alma tatuada en ella. Fue una puta locura. María pasó de suaves gemidos a gritar descontrolada. Se me puso más dura según aumentaba el volumen de sus gritos. Por un instante, pensé que había dejado de respirar y que me iba a estallar el corazón. Me corrí, así, sin avisarme a mí mismo, sin darle tiempo a ella a seguirme. Y aunque no me propuse que la situación acabase de este modo, no tuve la intención de dejarla a ella a medias, así que salí de su interior y me agaché. Me puse literalmente a sus pies y devoré su fruta llena de mi sabor. Con ansiedad, introduje mis dedos en su húmedo sexo mientras mi lengua paseaba por sus pliegues. No quise darle tregua, no permití que se apagase su fuego.

—Mi casanova...

Sonreí entre sus piernas por sus palabras. Era una guerrera, siempre atacando a pesar del placer que yo le daba y que ella me exigió. Nunca me cansaría de esto.

Seguí atacándola al ritmo de sus gemidos. Decidido, aproveché mi arrebató pasional para introducir mis dedos más profundamente. Fue justo entonces, cuando la sentí convulsionar y regalarme el orgasmo más enloquecedor que la había provocado. Era la mujer perfecta para mí.

María se convirtió en mi alfa y omega. Con ella tuve la sensación de alcanzar hasta el maldito infinito. Me dio todo lo que nunca pensé que anhelaría en la vida. La locura que nos desató nos llevó directamente al suelo. Esta vez me puse yo contra la pared y la sostuve en mi regazo hasta que nuestros corazones recuperaron su ritmo normal.

—Me hago viejo. Me has dejado agotado —acepté mientras resoplaba para recuperar el aire.

—Y encima eyaculador precoz —se burló ella de mi precipitación orgásmica—. Se acaba de caer un mito.

—La culpa es tuya. Me calientas tanto que creo que un día voy a implosionar —me defendí con arrogancia—. Yo soy todo un macho. —Presumí de mis bíceps ante su estupefacción.

—Pues hace unos minutos, tu pene no hablaba el mismo idioma. Pasó a ser un mísero pollito desplumado. Ya no tienes energía. —Eso se llamó reto en toda regla, un «a que no hay huevos» versión María y yo no me dejé avasallar.

—Si quieres, te demuestro lo mucho que puedo durar —repliqué falsamente ofendido.

—Tus morritos no me van a engatusar, Alvarito.

Estuve a punto de lanzarme a su cuello, de no ser porque sonó su móvil. Desnuda, algo que no debió hacer porque me puse como un yunque, se fue a contestar la llamada.

—No, no puedo ahora —le escuché decir mientras se alejaba—. Pero ¿está bien? Mira, Salvador...

¿Salvador? ¿Entendí Salvador? Como un resorte, me levanté del suelo y me dirigí hacia ella. Necesitaba escuchar la conversación.

—Solo tose, Salva. No tiene ninguna enfermedad contagiosa, no te tienes que agobiar por eso..., vale..., espera..., no... —me miró y me pidió que esperase con la mano—. De acuerdo, ahora voy.

Colgó el teléfono y se volvió hacia mí apocada.

—Tengo que ir a recoger a Martina. —Se mordió el labio y me miró cohibida.

—¿Está con él? —exclamé con cabreo.

—No tenía con quién dejar a la niña y bueno, ha conocido a su padre y pensé que sería una buena idea que pasaran la noche juntos —se justificó al ver mi cara.

—María, le conoce hace nada. —Resoplé. Quise que entendiera mi postura—. No te entiendo. ¿No querías que lo conociese y ahora resulta que como estás cabreada con tu madre, se la dejas a él a las primeras de cambio? —me resultó de lo más estúpida su actitud. Todo porque no quiso llamar a Begoña.

—¡Es su padre!

—¿Desde cuándo, María? ¿Unas semanas? ¿Y encima te llama porque

tose?

Empezó a vestirse precipitadamente. No pensaba con claridad, pude notárselo. Fue como hablar a la espalda de un sordo.

—¡No ves que le queda grande su paternidad! ¿Tan horrible era dejarla con Begoña, la persona que siempre estuvo tu lado cuando más lo necesitaste?

—¡No me juzgues, maldita sea! ¡No entiendes nada!

Ante esa respuesta, salió otra de mi boca, una que no me quise quedar dentro, quemándome.

—¿Todavía sientes algo por él?

María me fulminó con la mirada, se puso los zapatos y salió por la puerta sin decir adiós. De nuevo me metía en sus problemas y el mal parado era yo. Aunque me preocupó más que se fuese sin contestarme. El amor era un vulgar traicionero que nos convertía en imbéciles.



Capítulo 19

María

Sali de casa de Álvaro con un cabreo monumental. Y no fue el hecho de que me hubiese molestado su pregunta sobre mis sentimientos por Salvador, que también, sino porque, en el fondo, supe que tenía razón. Porque, aunque la situación con mi madre había mejorado, con Jon no era así, por lo cual, saber que estaban juntos me ponía enferma. No conseguía entender su relación, su «amor de madurez», como mi madre se empeñó en llamarlo, cuando para mí no era otra cosa que locura transitoria. ¿Quién era yo para juzgarlo? Me empeñé en el hecho de pensar que Jon más tarde o más temprano le rompería el corazón y me sentí con la misión de protegerla y eso implicaba a mi hija. No quería que estuviese con ellos dos juntos. Me hacía sentir incómoda con respecto a Martina. Mi mejor amigo y su abuela juntos. Era como una mala novela romántica.

Tuve que coger un taxi para poder llegar a la casa de Salvador. Los años le habían tratado bastante bien y, aunque no vivía en Bilbao, sí lo hacía en una

de las zonas de *alto standing* de los alrededores. Era una urbanización privada a la que solo se podía acceder con coche, pero tenía las mejores vistas al Mar Cantábrico que se pudiesen imaginar. La entrada a su casa era a través de una verja metálica desde la que se podía ver el enorme chalé unifamiliar de estilo vanguardista. A Salva siempre le gustó el lujo y su casa decía mucho de él mismo. Toqué el timbre que estaba junto a la cancela y tuve que esperar un rato hasta que alguien respondió.

—¿Quién llama? —preguntó una voz desconocida.

—Disculpe, soy la madre de Martina...

No me dio tiempo a continuar porque, al instante, se abrió la pequeña puerta de acceso a la vivienda. Si el exterior ya me impresionó, entrar en la propiedad fue como abrir las páginas de las revistas *Casa y Jardín* y *El Mueble* de un tirón. Definitivamente, mi exnovio seguía disfrutando de los gustos caros y, en cierto modo, ostentosos.

—*Amatxu*, ¡estás aquí! —Salió Martina corriendo del interior de la casa y se lanzó a mis brazos—. Mami, Salvador es un poco aburrido y se ha agobiado cuando he empezado a toser —susurró en mi oído—. Prefiero ir con Begoña para otra vez.

Otro zasca que hubiese preferido no escuchar y menos en labios de mi hija.

Al segundo, apareció Salvador por la puerta con cara de agobio y con pintas de haber salido de una batalla campal.

—Hola, Mari, menos mal que has venido pronto —saludó aliviado—. Espero no haberte estropeado la noche.

Preferí no responder a eso porque si él supiese que no solo me había estropeado la noche sino el día entero, no imaginé cómo se lo iba a tomar.

—Gracias por cuidar de Martina.

—No me des las gracias, es mi hija.

Tras escuchar esas palabras, Martina y yo abrimos los ojos como platos. La sorpresa fue mutua dada la reacción que tuvo al ver a la niña toser y alterarse de tal forma que no me quedó otro remedio que venir a buscarla.

—¿Le has tomado la temperatura? —Palpé la frente de la niña para comprobar si desprendía calor, pero nada, fresca como una lechuga.

—Pues..., es que no tengo termómetro y no imaginé que pudiese tener fiebre. Eso lo hacéis las madres, ¿no?

¡Actitud machista a las doce! Podría decir que me dejé estupefacta con sus palabras, pero no. Yo era perra vieja en cuanto a él y siempre tuvo ese toque

machista en su repertorio, aunque bien era cierto que tenía la esperanza de que eso pudiese haber limado con los años. Mi gozo en un pozo.

—Y los padres, Salva y los padres —contesté abrazada a Martina—. Voy a llamar a un taxi para que venga a recogernos.

—Si quieres, os podéis quedar en mi casa a dormir. Hay habitaciones de sobra —señaló a su alrededor como si fuese el señor del castillo mostrando su feudo.

—No, gracias, Salva. Será mejor que hoy Martina duerma en su cama.

—¿No quieres recordar viejos tiempos, Mari?

—No sé a qué tiempos te refieres, Salva, pero la niña necesita descansar porque estaba tosiendo, ¿recuerdas? —preferí desviar la atención hacia Martina antes que dar una mala respuesta a sus veladas insinuaciones. No me gustó nada el camino que estaba tomando la conversación.

Llamé a un taxi que gracias al cielo y a todos los dioses llegó muy pronto, con lo que a Salvador no le dio más tiempo que para recoger la bolsa de la ropa de Martina y despedirnos.

Fue un error llevar a la niña a casa de su padre. Las palabras de Álvaro se agolparon en mi memoria en cuanto cerré la puerta de mi apartamento. Pero no pensé en las consecuencias de precipitar un encuentro más largo que una tarde de paseos con Salvador. Un fracaso, vamos.

Recuerdo el día que cedí a las visitas paternas. Salva y yo mantuvimos una extensa conversación sobre los años que pasé sola cuidando de nuestra hija y no pude evitar reprocharle su huida.

—María, éramos muy jóvenes. Yo pensé que ibas a abortar. —Esas palabras me llegaron al alma.

Nunca me planteé el aborto. No juzgaría jamás a una mujer que optase por ello, pero yo ni siquiera me lo pensé cuando supe que estaba embarazada. Además, se suponía que Salvador y yo manteníamos una relación estable y aunque no lo teníamos planeado tan pronto, no hubiese supuesto un obstáculo para nuestros sueños. Por lo visto, Martina sí lo fue para los suyos.

—¿Cuándo pensaste eso? ¿En qué momento te hablé yo de aborto?

—No sé. Tenías metas, cosas por hacer. Un bebé se habría metido en medio de nuestro camino al triunfo.

—Por lo visto, en el tuyo no lo hizo. —Mi reproche debió despertar algo en él porque se removió en el asiento inquieto.

—No eres justa, María. No sabes por lo que estaba pasando.

—¿Por lo que tú estabas pasando? ¿Y yo? ¿Te molestaste en algún

momento en preguntarme por lo que estaba pasando yo? ¿Me hiciste partícipe de lo que te sucedía? —A cada frase que pronunciaba, más nervioso pude ver que se ponía. Se mordió el labio tal y como lo hacía antaño cuando algo le preocupaba y no sabía por dónde salir—. Y deja de morderte el labio, te lo vas a destrozar.

—Todavía recuerdas mis manías —rememoró pensando que lo dije por nostalgia o preocupación, cuando en realidad me ponía enferma ver cómo se lo dejaba en carne viva.

—Salva, no recuerdo ya nada de ti salvo que me dejaste tirada en un hospital con una bebé recién nacida. ¡Desapareciste del mapa!

—Bueno, tanto como desaparecer, me fui a Madrid.

—Salvador, el sarcasmo no es lo tuyo.

—¿Qué quieres que te diga? ¡Me asusté! —reconoció con nueve años de retraso.

—¿Y no podías habérmelo dicho entonces? Ya no por mí, ¡sino por nuestra hija! —Me dolía pensar que no tuvo las suficientes pelotas como para afrontar la llegada de un bebé a nuestras vidas más que el hecho de que me dejase tirada en sí mismo.

—Por lo que veo, te las arreglaste muy bien.

—Gracias por tus desafortunadas felicitaciones, Salva. Siempre acorde con tu forma de ser. No has cambiado en nada.

—Hace años no pensabas eso de mí.

—Hace años era idiota y hoy más por estar aquí contigo recordando un pasado que ya fue.

—Para mí no es pasado, María. —Sujetó mi mano para evitar que me levantase y me miró pensando, erróneamente, que pudiese haber provocado algún tipo de sensación en mí. No pudo estar más alejado de la realidad. No me provocó nada, ni pena.

—Mira, Salva. —Me liberé de su agarre y puse mis brazos en jarras—. Desconozco la razón por la que has vuelto y la verdad es que me importa un bledo. Si lo que quieres es tener una relación con tu hija, no voy a hacer nada para evitarlo. Es tu hija y eso nunca se podrá negar. Pero te advierto, es tu hija para todo.

—Te voy a dar dinero para su manutención si lo necesitas.

—No hablo de dinero. No lo quiero ni lo necesito. —Me miró con media sonrisa a sabiendas de que yo ahora ocupaba su puesto en la empresa que abandonó—. Hablo de ser un padre para Martina. De estar con ella en sus

buenos y malos momentos. No puedes recuperar lo que te has perdido de ella estos años, sin embargo, tal vez seas un amigo ahora y te conviertas en su padre después. Ella es maravillosa y comprende perfectamente todo lo que está sucediendo.

—¿Le hablaste alguna vez de mí? —preguntó a la vez que insistía en sujetarme de nuevo la mano a pesar de que yo ya estaba de pie y con ganas de largarme.

—No te voy a engañar, Salva. Nunca lo hice de la forma en la que piensas, aunque tampoco la engañé diciendo mentiras o alimentando la falsa esperanza de que podías volver algún día. Sin embargo, en el fondo me alegro de que lo hayas hecho. —Me miró ilusionado—. Por ella. Yo ya tengo mi vida.

—Con otro, con el cretino de Álvaro Iriondo.

—Te aseguro que no ganas puntos conmigo insultando a Álvaro... Pero esto no tiene nada que ver con él —repliqué, ofendida—. Mi vida ya era perfecta antes de su llegada, él solo la ha completado.

—Lo siento, perdona. —Se levantó de su asiento para ponerse frente a mí con las manos juntas—. No pretendía decir eso, es solo que pensé que seguías sola y que tal vez...

—Primero, no necesito a un hombre para ser feliz y segundo, si no estuviese Álvaro en mi vida, tú no serías la persona que tuviese una mínima oportunidad de ocupar su lugar. Solo eres el padre de mi hija. Mis sentimientos por ti desaparecieron hace mucho tiempo —le aclaré antes de que se hiciese falsas ilusiones.

—Me haces daño con tus palabras, Mari. —Se llevó la mano al corazón aparentemente dolido.

—No más que el que me hiciste tú cuando te fuiste hace nueve años. Se pasa, te lo aseguro. Hasta que dejas de sentir nada por esa persona.

—Espero que algún día puedas perdonarme, nena. —Se acercó a mí para intentar abrazarme, pero yo me separé de inmediato.

—No lo comprendes, ya lo he hecho, pero debo proteger a Martina de tus posibles idas y venidas.

—No os voy a abandonar esta vez, María.

—No me tienes que abandonar a mí, de quién debes preocuparte es de tu hija. Sin embargo, pese a lo que pienses, te voy a dar el beneficio de la duda para que intentes ser un padre para ella.

Salvador asintió y sentí, desde que había empezado nuestra conversación, que aceptaba mis palabras.

Desde aquella charla, había visto a Martina varias veces y no puso pegos ni para ir al médico con la niña cuando le quitaron la escayola. Acudió con ella a rehabilitación cuando yo no podía y hasta alguna vez la recogió en la escuela. Demasiado perfecto para ser verdad hasta que le tocó dormir una noche con ella.

La situación con mi madre no estaba bien. Su relación con Jon seguía sin gustarme y me incomodaba saber que estuviesen juntos. Porque, al parecer, ya vivían juntos. Y yo, me sentí huérfana de repente por más que mi madre intentara acercarse. Así que ese fue el motivo por el que escogí a Salva y no a mi madre para que cuidase de Martina mientras yo pasaba la noche con Álvaro.

Me di cuenta de que había empezado a abrir frentes y no era capaz de cerrar ninguno, porque hasta mi relación con Álvaro era un pequeño caos a raíz de su opinión sobre la relación de mi madre con Jon.



Capítulo 20

Álvaro

Decir que las cosas se enfriaron con María después de aquella noche se podría tildar de exagerado para otros, de hecho, Paula me llamó dramático, aunque la realidad fue que cada vez que nos veíamos, María y yo acabábamos discutiendo. Ya fuese sobre su madre o sobre el insoportable de Salvador, que últimamente no se despegaba de ella y hasta un par de veces vino a buscarla al trabajo con la excusa de ir juntos a ver a Martina a una competición de kárate.

María me invitó a ir con ellos en alguna ocasión, pero lo que vi no me gustó y no quise repetir. María con su ex hablando con toda la calma del mundo como si no hubiesen pasado los años por ellos y su madre con Jon cinco gradas más arriba para evitar encontrarse con su hija y yo, me sentí como un pingüino en un garaje, desplazado y fuera de lugar. Se me quitaron las ganas de volver. ¿Actitud infantil? Puede, aunque tampoco supe cómo tenía que reaccionar ante todo eso.

Estábamos en los días clave del lanzamiento de nuestra campaña

publicitaria. El fantasma de Salvador y su trabajo con la competencia aún pululaba por la oficina. Iba a entrar a la reunión con el consejo de administración para mostrar el trabajo final de María y su equipo cuando Susana se acercó a mi escritorio. Lo malo de las oficinas diáfanas, era que no podías evitar a las personas, aunque quisieras.

—Bueno, guapo. Hoy es el gran día. ¿Estás nervioso por María? —Su pregunta no solo me pareció fuera de lugar, sino que pude detectar un tono de inquina en ella. ¿Seguía celosa?

—¿Lo estás tú, Susi? Te recuerdo que el pellejo con esta campaña nos lo jugamos todos, así que sí, estoy nervioso por la campaña en sí, no por María.

Me levanté de mi asiento y me dirigí a la sala de reuniones donde Luis estaba con María y la diseñadora, Nerea. Estaban comprobando el clip de muestra que se iba a enseñar en la junta y parecían estar todos bastante serios mirando la pantalla del portátil. Entré con discreción, aunque no pude evitar que María me sintiese y levantase la cabeza para mirar. No estábamos tanto tiempo juntos, pero la química estaba ahí y la atracción nos seguía quemando cada vez que estábamos cerca. Me sonrió ¡Maldito amor!

—Buenos días. —Le devolví la sonrisa y fue como si me hubiese quitado un peso de encima. Para hacérmelo mirar—. No pretendo molestar, pero venía para ver si necesitábamos algo antes de la reunión...

—Quiero que veas esto —me interrumpió Luis sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador y señalando con el dedo el asiento que estaba a su lado.

María me volvió a mirar y yo me puse más nervioso todavía, si era posible. En mi interior tenía que confesar que, si la campaña era un fracaso, María acabaría en la calle y yo, ni por lo más remoto del mundo, la quería lejos de mí. Como el cerdo egoísta que había en mi interior, el miedo a perderla en favor de su ex estaba ahí, y paradójicamente, que trabajase aquí me servía como escudo protector entre ella y Salvador.

Me senté al lado de Luis y observé las imágenes del clip con el corazón a punto de salirse del pecho. Me fijé en María y como ya nos empezábamos a conocer, pude ver que ella estaba igual. Mi señal de apoyo le llegó tal y como quise que lo hiciera, aunque hubiese preferido abrazarla para sentir su tacto. Me picaban las manos de no poder tocarla en ese momento.

—María —nos sacó Luis de ese halo de magia que había surgido entre los dos—. Eres magnífica, no pensé que tus ideas fuesen tan distintas a lo que habíamos hecho anteriormente y que encajasen tan bien con nuestra línea de

trabajo. Me has dejado impresionado.

La sonrisa contenida de satisfacción de María alivió mi preocupación. Perdí otro kilo al escuchar los halagos de Luis por su trabajo. Nerea dio un salto de alegría que Luis desaprobó con un gesto, sin embargo, a ella, una recién licenciada universitaria le trajo sin cuidado y lo celebró como si estuviese en la fiesta de fin de carrera.

—Le vas a dar a la competencia una buena hostia en la cara, María. Ahora falta que el consejo la apruebe y habrás pasado tu prueba de fuego en esta empresa.

Podría jurar que a María se la iluminó la cara, aunque, por otra parte, la noté extraña al escuchar la palabra competencia. Eso me recordó que Salvador era el responsable de *marketing* de la empresa rival y se me revolvieron las tripas al caer en la cuenta de que esa palabra también me afectaba a mí. Más de lo que hubiese deseado.

Media hora más tarde empezó la reunión con el consejo. Y tal y como fue previsible, los socios de Luis quedaron encantados con el talento de María y su equipo. Podría jurar que nunca antes vi esas caras en las campañas que Salvador presentaba cuando trabajó aquí. Fue todo un éxito y había que celebrarlo. Algo que tuve la intención de proponer en cuanto estuviésemos a solas y que no tardó mucho en suceder.

—Felicidades, señorita Balaguer. —Me acerqué a ella lo justo para rozar su mano y sentirla vibrar.

—Gracias, señor Iriondo —contestó con un tono sensual que se fue directo a mi bragueta.

—Me preguntaba si tú y yo podríamos celebrarlo en algún momento. —Un poco más cerca y pude hablar a su oído—. A solas, en mi cama o en la tuya.

—¿Me está proponiendo sexo laboral, señor Iriondo? —me provocó de nuevo con su insolente sensualidad.

—Necesito estar contigo. No, simplemente necesito follarte, seamos sinceros y después hablar mil horas sin que nadie nos interrumpa.

María se apartó un poco y agachó la cabeza sonrojada. Se quedó en silencio yo me empecé a cabrear pensando que iba a rechazar mi oferta.

—Ya lo había pensado —aseveró pillándome por sorpresa.

Miró a nuestro alrededor para comprobar si alguien nos miraba. Ya éramos el cotilleo de la empresa desde que se supo de nuestra relación y ella, dado lo reservada que siempre se mostró al respecto, al menos aquí, no le gustaba dar espectáculos más allá de lo que había sucedido semanas antes.

Era la hora del café y la oficina estaba casi desierta, por lo que fue suficiente como para sacar a la atrevida que solo aparecía en nuestra intimidad.

—¿El qué habías pensado? —pregunté intrigado por sus palabras.

—Había pensado... —Volvió a mirar a su alrededor comprobando de nuevo que la oficina estuviese vacía—, que tal vez podíamos hacer ahora una celebración rápida. —Me arrastró hasta el ventanal y me empujó contra él—. Y después, en mi casa, lo alargamos un poco más. Si quieres, claro.

Si quería, me dijo. Pero si ya se estaba agachando antes de que a mí me diese tiempo a decir que sí. Cuando la vi a mis pies, deseé que el mundo se detuviese en ese instante. Fue lo más erótico que iba a suceder en mi vida y eso que había hecho mucho y de todo con mujeres. Sin embargo, cuando el amor se metía por medio, elevaba las emociones a la enésima potencia y todo parecía más erótico y sensual. A parte de esa maldita conexión animal que nos unía. ¿Cómo se podía sentir tanto por una persona que te hacía cometer locuras sin medir las consecuencias?

—María, no seré quien pretenda aguar la fiesta en este preciso instante, pero ¿estás segura de lo que quieres hacer? —Ella ladeó la cabeza y sonrió de una forma que pude notar salirse unas gotitas de mi pene. Podía jurar que lo sentí.

Me rendí a su ruego silencioso y tan solo me dejé llevar apoyándome en la ventana. Bajó la cremallera de mi pantalón y lo abrió lo justo para que miembro saliese rebotado clamando atenciones. Ella se volvió a reír por ello. De verdad que parecía un puto adolescente salido a su lado. María tocó el glande con la lengua y lo saboreó. Me llevé las manos a la cara y contuve un gemido.

—¡Demonios, preciosa! —solté todo el aire contenido y al inspirar de nuevo, vi cómo mi miembro sobresalía más todavía en dirección a su cara.

María repitió la operación anterior, aunque, en esta ocasión cogió el tronco con una de sus manos y me empezó a masturbar. Empecé a blasfemar en todos los idiomas que conocía y a balbucear palabras sin sentido a la vez que ella introdujo mi pene en su dulce boca.

—Shhhhhhhhhhhhhhhhh —siseé tratando de evitar no gritar una palabrota—. Hostias, María, no conocía esta faceta tuya.

Arriba, abajo. Su lengua paseándose por el tronco hasta los genitales y yo con la mano en la boca para contener mis alaridos. Me sentí como un puto lobo, pero ahora la presa era yo. Arqueé mi espalda al ritmo de sus lametones.

Me poseyó de una forma que me convirtió en gelatina pura. Era una diosa y no solo con la boca.

Era mi diosa.

—Preciosa, será mejor que pares porque me voy a correr.

María sacó mi miembro de su boca y me miró risueña y encantada.

—Quiero conocer tu sabor después de la victoria.

—¿No... debería... —No me dio tregua. Me masturbaba con la mano mientras escuchaba mi voz entrecortada por el placer—. Ser..., joder, preciosa..., al revés?

—Esto es una muestra de agradecimiento por tu apoyo y confianza en mí. Eres mi pareja, ¿no?

Y entonces se la metió de nuevo en la boca y se empezó a mover con mayor presteza. Me dejó estupefacto su osadía. Comiéndome la polla en medio de la oficina, vacía, eso sí, pero nuestro lugar de trabajo, a fin de cuentas, por el simple hecho de apoyarla. Fue eso, o que se estaba volviendo rematadamente loca. Cuando iba de correrme, me pareció escuchar un ruido fuera. Puse la mano en su hombro y la pedí que parase un momento. Miré hacia los escritorios y comprobé que no había nadie, así que la dejé seguir con su labor social. Porque eso era una jodida labor social. Por supuesto, ella continuó. Y ¡menudo viaje! En el instante en que mi orgasmo me recorrió, pensé que María se iba a apartar para que me corriese en sus manos, pero ¡ay, inocente de mí! Fue el momento en que empezó masturbarme más rápidamente y verla tragarse toda mi esencia supuso lo más erótico que había visto en mi puñetera vida. Al acabar, se limpió la boca con la mano y se relamió los labios con la lengua.

—Felicidades, señor director de operaciones —me guiñó un ojo, se levantó y se dirigió al baño. Dejándome a mí medio despelotado en la sala de reuniones y aún atónito por su regalo.

Unos diez minutos después y cuando ya había vuelto casi todo el mundo del descanso, María se acercó a mi mesa.

—Te espero a las ocho en mi casa.

—¿Y la niña? No es que no quiera verla, ni mucho menos, pero es que...

—Estará pasando la noche con una amiguita del club de kárate.

Dio media vuelta y se dirigió a su asiento.

Llamé a mi hermana para contarle lo que había sucedido en la reunión y me propuso quedar otro día con su familia para celebrarlo, invitación que acepté con mucho gusto porque, al parecer, María y ella hablaban mucho

desde su consulta jurídica y se habían hecho casi amigas.

Estaba distraído hablando con ella cuando vi en la bandeja de entrada un *mail* para *marketing* que me llamó la atención. Desde que Salvador se fue de la empresa, tenía desviados los correos del departamento al mío, y aunque se suponía que eso ya estaba resuelto por los informáticos desde que María dirigía *marketing*, a veces todavía se colaba alguno que otro.

De: Salvador Ordóñez

Para: María Balaguer.

Me acaba de llegar la noticia de que has tenido mucho éxito con tu primera campaña. Me alegro mucho por ti. Me gustaría que lo pudiésemos celebrar. ¿Nos vemos esta noche?

Pero ¿cómo? ¿De qué coño iba este tipo?

Miré hacia el escritorio de María completamente encabronado. María estaba mirando la pantalla riéndose y feliz. ¿Pensaba aceptar la cita con ese imbécil? ¿De qué iba todo esto? ¿Me acababa de comer la polla como una posesa y se iba ir a celebrarlo con él? La cabeza me empezó a dar mil vueltas y no me gustaba ninguna de las ideas que pasaban por ella. ¡Joder! Le di un golpe a la mesa y me fui de la oficina enfurecido.



Capítulo 21

María

No sé qué demonios le pudo haber pasado a Álvaro, pero se fue de la oficina después de dar un golpe a la mesa y largarse sin decir adiós. Traté de ponerme en contacto con él, sin embargo, la única respuesta que obtuve fue su buzón de voz en el móvil. De todos modos, habíamos quedado en mi casa esta noche para celebrar nuestro éxito laboral.

Estuve toda la mañana trabajando a tope para acabar temprano y poder estar preparada para mi cita Álvaro. Me extrañó que no volviese a aparecer por la oficina, aunque tampoco quise darle más importancia. En temas de trabajo no solíamos meternos salvo que ambos estuviésemos involucrados en ello.

—María —me llamó Sergio, uno de los informáticos de la empresa—. ¿Te han llegado correos a lo largo de la mañana?

No me había percatado de ello, pero era verdad, apenas me habían entrado *mails* desde la hora de la reunión, bueno, más bien desde entonces no

tenía ninguno.

—Vaya, tienes razón. No tengo correos desde hace horas.

Miré la bandeja de entrada y, en efecto, estaba vacía.

—Lo siento —se disculpó el hombre apesadumbrado—, es que hemos tenido un problema con el servidor y ha habido que reiniciarlo, por lo que, al hacer eso, las órdenes que habíamos rectificado se han borrado y tenemos que volver a ejecutarlas. Tus correos estaban desviados al de Álvaro, así que a él se le habrá sobrecargado. Ahora lo solucionamos, solo que te van a entrar un montón de correos de repente.

Me reí pensando que el pobre Álvaro debía de estar muy cabreado. Ese debió ser la causa de su enfado monumental. Los hombres y las maquinitas.

En cosa de diez minutos se solucionó el problema y me empezaron a entrar mensajes sin parar. Como pude, empecé a mirar uno a uno y a borrar los que no me interesaban, hasta que llegué a uno que no me esperé encontrar, el de Salvador.

Según iba leyendo me quedaba más blanca, aunque no por el hecho de que el gilipollas de mi ex intentase quedar conmigo, sino por saber que ese mensaje era muy probable que Álvaro lo hubiese leído y que tal vez esa fuese la razón de su cabreo. Tenía que hablar con él y, de paso, mandar a paseo a Salvador.

Acabé el trabajo como pude, porque los nervios me estaban matando y necesitaba hablar con mi chico. Al salir de la oficina, me tropecé con Susana que, para no variar, me miraba como si la hubiese hecho algo.

—¿Prisas, María? —Me miró con desprecio—. A ver si con la precipitación te equivocas y quedas con quien no debes.

Cerré los ojos y cogí todo el aire que mis pulmones admitieron para poder contestar sin intentar asesinarla.

—Hasta luego, Susi. Que tengas una buena tarde.

—No te mereces a Álvaro —dijo sin más.

—Déjame en paz, Susana.

—Se acostó conmigo, ¿sabes? —la miré sorprendida—. Un día vino de fiesta conmigo y nos acostamos. No le rechacé, como tú, que eres una caprichosa.

—No sé de qué me hablas.

—Digo que cuando tú lo rechazaste, él vino conmigo. Yo le consolé, como pienso hacer cuando tú le abandones por el padre de tu hija.

No supe lo que estaba diciendo. ¿Cómo sabía lo de Salvador? ¿Se acostó

con Álvaro? ¿Cuándo? ¿Decía la verdad?

—No sé qué buscas, Susana, pero no creo nada de lo que salga de tu boca, te comen los celos.

—Y a ti lo hará la avaricia. Por estar con dos hombres a la vez.

—¿Qué coño estás diciendo? A ti te falta un hervor, ¿verdad, hija?

Y justo al segundo de hacer esa pregunta, cogí mis cosas y salí por la puerta de la oficina para buscar a Álvaro y aclarar determinadas cosas.

No había salido a la calle cuando, a través de las cristaleras del edificio, pude ver la silueta de Salvador esperándome fuera. Bilbao era pequeño, pero ese día lo estaba convirtiendo en un pañuelo.

—¿Qué demonios haces aquí, Salvador? —inquirí airada.

—Esperándote. ¿No leíste mi mensaje?

—¿Y tú no te diste cuenta de que no te respondí? Significa algo, ¿no?

—Bueno, ya que estoy aquí, podemos tomar algo para celebrar tu éxito laboral.

Me llevé las manos a la cabeza desesperada.

—No entiendes nada. Sigues sin hacerlo. ¡No tengo nada que celebrar contigo! Solo eres el padre de mi hija, a mí déjame en paz. No quiero ser tu amante, tu amiga, ni nada, solo eres el jodido padre de Martina y, por favor, ¡actúa como tal!

—Por favor, no montes un espectáculo en público, Mari. Que te estás poniendo un poco histérica. —Intentó agarrarme del brazo para llevarme a un lado del edificio en el que no había tanta gente, pero no me dio la gana hacerle caso. Me solté y corrí hacia el semáforo para cruzar la calle, lejos de él.

Me giré hacia él para soltarle cuatro frescas, pero en ese instante, el menos oportuno de todos, apareció Álvaro.

—Así que al final lo has hecho. Has quedado con él.

—Álvaro, por favor, déjame explicártelo. No es lo que piensas.

—Joder, María, esa frase la conozco, se la he dicho a muchas mujeres. Nunca pensé que el karma me la devolvería —me soltó con desprecio—. Entonces, ¿qué cojones hace este aquí? ¿Y cómo supo lo de la campaña? A ver si al final ibas a ser tú la que le pasaba la información de la empresa.

—No sé de qué hablas, Álvaro, pero te estás pasando. Además, posiblemente sea yo la que necesite explicaciones. O si no, ¿por qué no me has contaste la verdad el día que te pregunté si te habías acostado con Susana?

—¿Qué? ¿Quién te ha dicho eso? ¿Cómo lo sabes? —preguntó desconcertado.

—Así que es verdad. Te acostaste con ella mientras me intentabas conquistar a mí.

—Todavía no estábamos juntos. Aunque admito que fue un error...

—Vaya, vaya, María —intervino Salvador victorioso—. Me rechazas a mí para irte con el crápula este que te ha engañado.

—¡Cállate! —le gritamos al unísono.

Y si éramos pocos, Susana hizo su estelar aparición acercándose a Álvaro.

—Álvaro, cielo. ¿Estás bien? ¿Qué está sucediendo aquí que todo el mundo os está mirando? ¡Menudo circo que estáis montando!

Eso solo consiguió enfurecerme más y de la misma me largué a coger un taxi que me llevase a casa. Por lo visto, Álvaro hizo lo mismo, pero en dirección contraria y andando.

—¡María! —Salva me llamó para intentar detenerme, aunque no le hice caso, me monté en el primer taxi que encontré y me fui.

Al arrancar el taxista, miré hacia atrás para comprobar por dónde iba Álvaro y me irritó ver cómo Susana le alcanzaba y le siguió como un perrito faldero.

Llegué a casa con lágrimas en los ojos y completamente confundida. No tenía ni idea de qué hacer, de nuevo. Me acordé del inicio de mi situación con Salvador y que la persona a la que recurrí fue Jon. Mi mejor amigo, al que echaba de menos muchísimo y al que, posiblemente, aparté de mi vida por mi propia cabezonería.

Iba a llamarle para hablar con él cuando el timbre de casa sonó. Esperaba que no fuese Salva, porque tenía la firme intención de darle con la puerta en las narices. El muy gilipollas, en algún segundo en el que su cerebro dejó de funcionar, pensó que podíamos volver a ser pareja y eso no iba a ser ni ahora ni en cien mil vidas después. Era el padre de mi hija y punto. Abrí la puerta y no me esperaba lo que encontré tras ella.

—Mamá... —Me lancé a sus brazos y empecé a derramar las lágrimas que había contenido desde mi extraño encuentro a cuatro.

—Hija, ¿qué ha sucedido? ¿Por qué lloras? No será por mí y por Jon, por favor. Yo solo venía porque necesito a mi hija...

—Te necesito, mamá —continué llorando en los brazos que mejor me habían consolado en mi vida—. Lo siento, siento ser una egoísta. Perdóname.

—Hija, ¿qué estás diciendo? ¿Cómo no te voy a perdonar? ¡Eres mi hija! Lo más grande que tengo.

Como madre, entendí perfectamente lo que quiso decir cuando dijo que era «lo más grande que tenía», era lo que yo sentía por Martina.

Entramos en casa y empecé a contar todo lo que me había sucedido con Salvador y Álvaro últimamente. Me miró atónita por la historia tan novelesca que le estaba contando y creí ver hasta alguna risa cuando le hablé de Susana y los supuestos cuernos de Álvaro.

—¿Te has parado a pensar por un instante que tal vez ella mienta? Y aunque no fuese así, vosotros no teníais nada serio, no sé, está en tu mano darle el valor que quieras a esos supuestos cuernos, aunque, insisto, no erais pareja entonces. Solo un rollo de una noche, o al menos esa era tu versión.

—Mamá, no hagas de abogado del diablo. Álvaro era un mujeriego y no me extrañaría nada que no hubiese sabido tenerla dentro de los pantalones en su momento —me defendí aún enfadada—. Además, luego está el tema de Salvador, que parece que no se queda con el hecho de que no quiero nada con él, esté sola o con el mismísimo Noah Mills.

—¿Quién es ese?

—Un modelo, uno que me recuerda a Álvaro... bueno, Álvaro me recuerda a él.

—Si está tan bueno como tu novio, no me extraña.

—No es mi novio.

—¿Quién dices? ¿El Noah Mills ese? —La fulminé con la mirada—. Engañate a ti misma si quieres, pero Álvaro es tu pareja y si realmente te importa esta relación, arrastra de los pelos a la rubia esa de la oficina y reclama tu territorio, hija.

—¡Mamá! ¡Estoy enfadada con él! ¡Y no hables de Álvaro como si fuese un objeto! —exclamé colérica.

—A quien debes ponerle las pilas es al majadero de Salvador, que parece que no se da por enterado y con Álvaro, pues tú verás lo que quieres de tu vida, aunque aclarar las cosas, ya sea para bien o para mal, no estaría de más.

Se levantó del sofá y fue a preparar una infusión a la cocina, como siempre que venía a consolarme. Realmente la había echado de menos. No habíamos hablado nada sobre ella y Jon, y aunque lo agradecí, sentí que teníamos una conversación pendiente entre las dos.

—Deberías ir a su casa y tratar de conversar como adultos, que, de verdad, parecéis adolescentes —me calló con la mirada cuando traté de defenderme—. ¡Los dos! Así que, por favor, tómate esta infusión. —Me acercó la taza caliente para que yo la cogiese—. Y vas a su apartamento para

aclarar las cosas o ponerlas en su lugar.

Como cuando era niña, me tomé el té y me acurruqué en su regazo. Había olvidado todo ese calor maternal que emanaba. Las veces que se había quedado despierta ayudándome con Martina. Recordé que ella también fue madre soltera, aunque el motivo de su soledad fuese por haberse quedado viuda antes de tiempo. Había olvidado que mi madre se merecía ser feliz. Fui cruel con ella y con Jon pensando solo en lo malo de su relación. Necesitaba hablar de eso con ella, sin embargo, cuando me dispuse a hacerlo, se había quedado dormida. Ella también había llevado mal nuestro distanciamiento.

Me levanté con mucho cuidado de no despertarla y salí en dirección a la casa de Álvaro. Decidí ir andando en vez de coger el tranvía, que me dejaba prácticamente junto a su casa, para preparar lo que le quería decir. Nadie dijo que esto iba a ser fácil.



Capítulo 22

Álvaro

Debía de admitir que era débil por mil razones. Una de ellas es que escogí el alcohol como consuelo a mí al humor. Mi discusión con María me dejó vacío, entre otras cosas porque no se aclaró nada en ella y solo dejó lagunas llenas de mierda.

Me fui en busca de algunos colegas a una local cercano a mi casa para beber ginebra como un cosaco. Era lo que se llamaba el «jueves social» y el garito estaba lleno de gente que ya tenía ganas de que llegase el finde semana para desmadrarse. En este caso, yo también.

Se me acercaron un par de mujeres buscando una noche loca, pero no estaba yo para dar noches a nadie, bastante tenía con la que me dio María que, desde entonces, me había metido en un berenjenal del que no tenía ni idea cómo salir. Tampoco tenía claro si quería.

Estaba apoyado en la barra con mi quinto *gin-tonic* en la mano, cuando vi que se acercaba una cara conocida. Tuve que restregarme los ojos para

confirmarlo, sin embargo, el alcohol no me había afectado tanto como para saber que la persona que se acercaba a mí era mi inseparable compañera de trabajo, o sea, Susana. La mujer más pesada que me había encontrado en la vida y el polvo más estúpido que me había echado también. Poco menos se pensó que me iba a casar con ella después de aquella noche. Y ahora estaba frente a mí, aunque hubiese preferido un rechazo al tormento al que me estaba sometiendo después. Mi mala cabeza.

—Hola, Álvaro —saludó con una voz sensual que me empalagó. Intentó acercarse a mí para acariciarme la mejilla con sus dedos, pero me aparté con ímpetu, tanto que casi me caí del taburete en el que estaba sentado.

—Hola y adiós, Susana. —Me llevé las manos a la frente y cerré los ojos por si acaso estaba tan borracho que era una pesadilla. Sin embargo, los volví a abrir y ahí seguía.

Me giré sobre mi asiento y le di la espalda. Pero volvió a la carga de nuevo.

—Estás un poco borracho, ¿no? —Esta vez el ímpetu me llevó al suelo de verdad, aunque era posible que el exceso de alcohol también hubiese hecho su labor—. Tal vez deberías ir a casa, déjame que te acompañe.

—Susana, vivo aquí al lado. No necesito un lazarillo.

Nada más incorporarme del suelo empecé a tambalearme. A lo mejor sí lo necesitaba, aunque no necesariamente a ella, para ir a casa. Miré a mi alrededor y busqué a mis colegas que, por arte de magia, habían desaparecido del local. ¡Jodida Ley de Murphy!

Empecé a caminar hacia la salida y las náuseas se apoderaron de mi estómago. Llegué con el tiempo justo para alcanzar la puerta de la calle y vomitar en la acera, cuando sentí unas manos en mi espalda.

—Tranquilo, yo te ayudo a llegar a casa. —Me sentí tan mareado que me dejé llevar por ella.

Como pudo, me cogió por la cintura y me ayudó a andar hasta mi apartamento. Yo iba dando tumbos y con los ojos semicerrados. Llevé la mano derecha a mi frente y froté con fruición. Necesitaba calmar los martillazos de mi cabeza.

Como si de una película se tratase, a mi mente comenzaron a llegar retazos de la absurda pelea con María: ella echándome en cara mi error con Susana, yo echándole a ella en cara su relación con el padre de su hija. Todos comportándonos como chiquillos necios en medio de la calle. Muy adulto, sí.

Mientras arrastré mi cuerpo hacia casa y mi guardaespaldas improvisada

me ayudaba, sentí cómo su cercanía me resultaba incómoda, pero necesitaba de un punto de apoyo para llegar hasta mi portal. Menos mal que era línea recta. Al llegar al edificio, intenté coger las llaves del bolsillo, pero ante la tarea casi imposible de alcanzarlas; en verdad, la borrachera no era buena para la coordinación cabeza-extremidades, la mano de mi acompañante hizo el trabajo, demorándose más de la cuenta cuando rozó la flacidez de mi miembro. ¡Cojonudo! Me mete mano y solo siente carne inerte. ¡Menudo macho me estaba volviendo!

—María, déjalo. Esto no lo sube ahora ni una grúa.

—Déjame intentarlo de nuevo, guapo.

Entonces, al escuchar ese «guapo» recordé que María no me llamaba así. ¿Quién me había llamado guapo antes? Giré la cabeza y entre la nebulosa que se habían convertido mis ojos, traté de fijar la vista hacia ella. A duras penas, levanté mi mano derecha pidiendo que esperase.

—Espera, tú no eres María, joder... —Cerré los ojos de nuevo y los volví a abrir para mirarla fijamente—. Joder, joder, joder, Susana, mira..., te agradezco la ayuda, pero vete. Ya puedo subir yo solo. Gracias, adiós.

Dadas las circunstancias, intenté deshacerme de ella como pude. Estaba mareado, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarla entrar en mi casa. La conocía lo suficiente como para saber que era capaz de liarme alguna y las cosas ya estaban lo bastante enrevesadas como para dejarla suelta por mi casa.

—Álvaro, déjame ayudarte. Estás muy tenso, tal vez si...

—Tal vez si nada, joder. ¡Vete ahora mismo! —le indiqué con la mano—. Muchas gracias y esas cosas que se dicen cuando ayudas a un borracho, pero te juro que me acabas de quitar la borrachera de un plumazo.

—Es por ella, ¿no? —me recriminó despechada—. Esa tipa no te quiere. No quieras saber cómo se puso cuando le dije que le pusiste los cuernos.

—No le puse los cuernos, ¡hostias! No estábamos juntos. No intentes comerme el tarro —le recriminé el certero intento de hacerme sentir mal—. ¡Lárgate, joder!

—Entonces, ¿por qué no se lo contaste?

—Eso digo yo, ¿por qué no me lo contaste cuando te lo pregunté? ¿Y qué demonios hace esta aquí? ¿Te venía a consolar de nuevo?

La repentina y desafortunada aparición de María me desconcertó. Cuando estaba vomitando en la acera, soñé con que fuese ella la que me estaba cuidando y ahora, estaba deseando que fuese una pesadilla, no me encontraba

yo en la tesitura de dar explicaciones a nadie.

—No es el momento más adecuado para hablar de esto, María —imploré exasperado.

—¿Y cuándo es el momento adecuado para ti? —arremetió ella.

—Esto se pone interesante...

—¡Cállate! —exclamamos al unísono.

—¿Te fastidia que me lo follara, Mari? ¿Te duele que estuviese conmigo a la vez que contigo?

—Por favor, no me siento bien. —El estómago se me estaba revolviendo de nuevo, aunque no supe si por la borrachera o por el agobio de la situación.

—Te jodes. Eres un patán mujeriego —me reprochó María enfurecida.

Contuve una arcada, sin embargo, la siguiente se empeñó en hacerme encoger y expulsar hasta mi primera papilla a los pies de Susana que, asqueada, se retiró hacia atrás.

—Por Dios, Álvaro. Podías tener más cuidado. Me has manchado mis zapatos.

La miré como quien mira a un bicho raro y me di la vuelta para entrar al portal, pero de nuevo las náuseas volvieron y me obligaron a agacharme para eliminar el poco alcohol que ya me quedaba en el cuerpo. Inesperadamente, esta vez fue María la que me ayudó a sostenerme. Pude sentir el calor de su consuelo.

—Vamos a casa, ¡pedazo de gilipollas! —me dijo con un aire de preocupación en el fondo que a mí me supo a reconciliación.

—¿Y yo? —habló Susana como si fuese una niña que pedía atención.

—¡Lárgate! —respondimos de nuevo a la vez María y yo.

La compenetración debía ser uno de los puntos fuertes entre nosotros y no solo en el sexo, por lo visto. Susana se marchó muy en su línea, con la cabeza bien alta y la dignidad intacta. A mí me dio igual, yo solo quería sentirme bien para poder solucionar las cosas con María.

Llegamos a mi casa y, por un instante, pareció que todo estaba como siempre. María me ayudó a desvestirme, me llevó a la ducha y se metió conmigo en ella. A pesar de la borrachera, se me puso dura al instante de verla desnuda. Ella era como un potente afrodisiaco para mí, era mi *kriptonita*.

—Agacha la cabeza —me ordenó a la vez que se puso de puntillas para lavarme el pelo. Una postura que fue incómoda por dos claros motivos: me mareaba y puso sus pechos a la altura de mi boca. No pudo haber peor tortura.

Utilizando el recurso del mareo, me sujeté a su cintura y la apreté contra

mí.

—Álvaro, no estoy aquí para eso —se quejó sin ganas.

—Pues no haber entrado desnuda a la ducha —repliqué en mi defensa.

—Estabas mareado. No te iba a dejar entrar solo para que te dé desmayes, te caigas y te desnudes. No tengo ninguna intención de cargar con tu muerte sobre mi conciencia.

—Excusas, excusas...

Tras esas palabras metí mi cabeza en su cuello y la apreté más contra mi cuerpo. ¿Borrachera, dónde estabas? Fue escuchar su gemido y ya no hubo ni mareo, ni nada. Solo deseo.

—No. —Se apartó ella dejándome a dos velas—. Aquí no va a suceder nada hasta que hablemos, si es que eso resuelve algo.

—Un besito, solo uno —supliqué como un niño pequeño y María resopló.

—No, Álvaro, las cosas no se solucionan así...

—Pero si no he sido yo el que se ha desnudado poniéndome como el mástil de un barco. —María no pudo evitar reírse ante mi protesta.

—Ni mi hija utiliza esos recursos para convencerme. Eres un sinvergüenza manipulador.

—Un sinvergüenza manipulador al que has provocado y que te ama con locura —admití en medio de mi borrachera y calentura.

—No digas eso, Álvaro. Te puedo creer.

—Créeme porque es cierto.

Mi revelación parece ser que tuvo su efecto, porque segundos después su boca estaba pegada a la mía y sus piernas alrededor de mis caderas. Fue como estar en un sueño. Mi miembro amenazando su entrada y ella arqueándose para provocarme. Ahora fui yo el que gemía desbocado ante su osadía. La puse contra la pared y pugué con ella por no entrar y solo incitarla para avivar el deseo. Esta mujer lograba desarmarme y, para colmo, conocía todos mis puntos débiles. Se había metido dentro de mí como una droga. Me hacía sentir desbordado.

—Cielos, preciosa. Estoy loco por ti —confesé en sus labios—. Perdóname.

Del mismo modo que una confesión tuvo su efecto positivo, la otra tuvo el contrario, ya que dejó de besarme en cuanto abrí mi boca.

—No. No. —Se bajó de mi regazo y salió de la ducha—. Vine aquí para aclarar las cosas contigo y casi acabamos haciendo el amor. No está bien.

—Haciendo el amor... al menos no niegas que no es solo sexo. —Salí

también de la ducha y cogí un par de toallas para los dos.

—No, no es solo sexo, Álvaro, al menos para mí. De ti no puedo tener la certeza de que sea lo mismo. —Su acusación me llegó al alma. Eso no era cierto y lo sabíamos los dos—. No me mires así, si hubieses mantenido tu polla guardada en vez de tirarte a Susana...

—No estábamos juntos, joder... ¡Me rechazaste!

—Pobrecito. —Según hablaba se fue vistiendo y a mí eso me estaba poniendo malo de nuevo. No quería que se fuese—. Como el niño no obtuvo su caramelo, se fue a buscar otro. Al menos pudiste haber tenido la decencia de admitir que te la tiraste cuando te lo pregunté.

Le seguí los pasos mientras se vestía, yo, en cambio, solo tenía la toalla alrededor de la cintura.

—Y vístete...

—No es mi problema si te pongo nerviosa. Aprende a vivir con ello como yo lo hago cada vez que estás a mi lado.

—¡Traidor! —atacó al saberse perdedora.

—¡Embustera! —contraataqué recordando a Salvador.

Esto era un puto patio de escuela y nosotros unos niños, sin embargo, ¡cómo me gustaba verla así! Era un jodido masoquista.



Capítulo 23

María

¿Cómo podía ser posible que un hombre te enfadase y excitara a la vez? ¿Dónde estaba el límite? ¿Qué clase de veneno había introducido en mi organismo que ni con Salvador me había sentido así?

Vine con la firme intención de hablar con él y aclarar nuestra situación. No me esperé encontrar a Álvaro con una borrachera monumental y con Susana pegada a su culo, como siempre. ¿Me sentó mal? Por supuesto. Por un lado, sentí que había caído en la trampa de los celos que me había tendido ella, pero Álvaro me ocultó su desliz con Susana, aunque era cierto que todavía no estábamos juntos, no fue sincero al negar la verdad cuando se lo pregunté. ¿Tanto miedo tenía a mi reacción cuando me enterase? ¿Realmente le importaba ya entonces lo suficiente como para ocultarme algo como eso?

—¿Por qué? —pregunté para paliar ya mi curiosidad sobre lo que sucedió con Susana.

—¿El qué? ¿Lo de Susana? —preguntó como si no supiese de qué le

estaba hablando.

—¿Tú qué crees? ¿Por qué no me dijiste la verdad cuando te lo pregunté? —reiteraré en mi intento de sacarle la verdad—. Tengo la sensación de que diste por sentada mi reacción y no es justo.

—¿Cómo has reaccionado ahora? —Abrí los ojos sorprendida por su reacción. Me atacó, no respondió.

—Sigues sin responder, Álvaro.

Se quedó en silencio. Miró hacia el suelo y se quedó inmutable. En otras circunstancias y con él todavía en toalla, me hubiese abalanzado a sus brazos a terminar lo que habíamos empezado en la ducha. ¡Tenía que ser delito penal ser tan guapo hasta con resaca!

—Tuve miedo. —Levantó la cabeza y se me quedó mirando con esa intensidad que solo él sabía imprimir—. Eras tú la primera mujer que me había dicho «no» y yo traté de ser el mismo. El conquistador que había sido. Jamás pensé que una noche con una mujer como tú me pudiese llevar a enamorarme. No estabas en mis planes. No supe reaccionar de otro modo. No lo hice bien, pero solo me arrepiento de no habértelo dicho. Fue un error y lo siento. Pero insisto, no estábamos juntos.

Sentí una mezcla de alivio y rabia. Alivio porque su cara de arrepentimiento era sincera, pero rabia porque Susana había logrado justo lo que buscó desde el principio: separarnos.

—¿Te crees que yo no lo tuve? ¿Acaso piensas que tú entrabas en los míos? Yo solo buscaba un lío de una noche, como me dijo Jon, «volver a disfrutar de noches de soltera» y entonces apareciste tú, con tu sonrisa devastadora, con tus mañas de donjuán. Eras malo para mí. No quería enamorarme de alguien como tú. —Estas últimas palabras no le debieron de sentar muy bien porque resopló como un niño enfadado y agachó los hombros derrotado—. El injusto eres tú. No puedes venir a cambiar mi vida y pensar que tus actos no me pueden afectar.

—Preciosa, yo...

—Preciosa, nada, Álvaro. Te mosqueas por mi relación con Salva, que no es otra que la de tratar de ser lo más cordial posible con el padre de mi hija, porque con bastante cruz tiene que cargar Martina por tener un padre como él como para encima llevarme mal con él. —Él negó con la cabeza como si pensara que yo no tenía razón—. No me juzgues, ni me mires así. Solo sigo el consejo de tu hermana. ¡No busco, ni quiero nada con él! ¡Pero parece que tú no lo ves! ¡Has reaccionado como un crío con todo esto!

—Ahora la que juzga eres tú. —Me señaló con el dedo—. Me llamas crío cuando tú no eres capaz de perdonar mi omisión.

—Tu mentira, Álvaro. ¡Y no lo compares, por favor! —insistí cabreándome cada vez más—. No compares las situaciones.

—Esto es como tener un diálogo de besugos, no nos lleva a ninguna parte. —Se llevó la mano a la cabeza y empezó a moverse inquieto por la habitación.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunté abatida.

—No lo sé, María. Yo solo sé que quiero estar contigo. —Se acercó a mí para intentar abrazarme, pero yo di un paso atrás para detenerlo. Si le dejaba hacerlo, habría sido mi perdición.

—No confiamos en uno en el otro, Álvaro.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Lo dejamos? ¿De verdad quieres dejarlo? —reitero asustado.

—Somos un auténtico desastre, cariño.

Solté todo el aire que, sin darme cuenta, había contenido y me sentí vencida. Vencida por los celos, la desconfianza, las mentiras. No tenía ni idea de qué hacer, de nuevo. Estos días se estaba convirtiendo en una tónica demasiado habitual en mi vida no saber cómo reaccionar.

—Sí la tienes. —No me había dado cuenta de que eso último lo había dicho en voz alta—. Perspectiva, María. —Le miré confundida. No entendí que quería decir con eso—. Debemos mirar las cosas con perspectiva.

Eché la cabeza hacia atrás e inspiré. Necesitábamos tiempo, los dos. Tal vez era eso.

—Tal vez no estemos hechos el uno para el otro, Álvaro. Puede que todo sea sexo, del bueno, pero al fin y al cabo sea solo sexo —reconocí con menos consuelo del que esperaba.

—Puede ser, pero eso no lo sabremos hasta que veamos las cosas como te las he dicho.

—Con perspectiva...

—Exacto —afirmó él convencido, demasiado para mi gusto.

Cogí el resto de la ropa que dejé desperdigada por su habitación y me fui hacia la salida.

—¿Te vas? —preguntó como si él no hubiese iniciado el camino hacia esto mismo.

—Es lo mejor, Álvaro. Ahora mismo es lo mejor.

Fui hacia la puerta y cuando me dispuse a girar el pomo para abrir, sentí el cuerpo de Álvaro pegado a mi espalda.

—Nos hemos quedado con tanto sin saber el uno del otro, que, aunque te haya dicho que necesitamos espacio, no quiero que ese mismo nos acabe alejando del todo y perderme el resto de mis días contigo.

Me dio un suave beso en el lóbulo de la oreja, que me produjo un escalofrío bestial, de esos que te inducían al coma energético y que sabía que no me iba a dejar ser la misma de antes.

Al final fue él quien abrió la puerta y me dejó marchar. Las lágrimas empezaron a derramarse por mi cara y yo quise darme la vuelta y decirle que nada de tiempo, que quería continuar como si nada hubiese pasado, hasta que llegué a la calle y respiré el aire fresco. Teníamos que hacerlo, pasara lo que pasara entre nosotros.

Los días sin Álvaro en mi vida se hicieron un poco más largos de lo que había imaginado. Aunque nos veíamos todos los días en la oficina, no podía sentir ni un gramo de consuelo por ello. Verle fue como pasar por delante de una pastelería en plena dieta y no poder probar ni un solo dulce. Lo gracioso era que yo esperaba que él me tratase de otro modo, que pusiera distancia, pero no, él era el mismo hombre encantador del que me enamoré, aunque también todo un profesional que supo diferenciar los problemas personales del trabajo, mucho mejor que yo, según parecía. Porque cada vez que le veía sonreír se me partía el alma y porque con cada sonrisa que no me dedicó, despertaba en mí unos celos infantiles que me daban ganas de ir donde estaba y soltarle cuatro frescas, por ligón empedernido, y es que ¡maldito fuese! Su sonrisa cautivaba a todos, excepto a Susana que, según parecía, ya no estaba por la labor de acosarle.

Días más tarde, esa falta de acoso se convirtió en ausencia de la oficina, algo extraño en ella porque era puntual y no faltaba ni a las cenas de empresa, según me contaron. Nadie dijo nada en alto, pero fue el chascarrillo de la empresa según pasaron los días y no apareció.

Ya habían pasado siete días desde mi conversación con Álvaro y la situación entre nosotros estaba más en *standby* de lo que yo imaginé. Por su parte no había la menor intención de que eso variase entre nosotros. No dio ni una sola señal de querer volver. Era un compañero de trabajo excelente, pero no pasó de ahí y yo echaba de menos a mi casanova, cada vez más.

—*Ama, Ama*, abu Begoña me ha dicho que, si me porto bien, mañana podré ir con ella a la pista de hielo de Vitoria. —Así me saludó mi hija al entrar a casa—. ¿Puedo? ¿Verdad que puedo? Nos llevaría Jon.

Miré a mi madre, que justo salía de la cocina y ella me devolvió la mirada con un atisbo de súplica en ella. Las cosas entre nosotras habían mejorado un poco desde hacía días. A mí todavía me costaba asumir su relación con Jon. Pero opté por pensar que, si ella era feliz, yo no podía ser impedimento para que lo fuese. Con él, el tema todavía estaba complicado. Si no entendía a mi madre, menos a Jon y, además, todavía me picaba el hecho de que se lo hubiese callado de esa forma. Y es que llevaban juntos algo más de un año y yo fui la última en enterarme. ¡Y yo pensando que cada noche dormía en una cama y resultó que la única cama que pisó en ese tiempo era la de mi madre!

—Bueno, está bien. Puedes ir, pero no vengáis muy tarde, *ama*, que luego viene como si la hubiesen dado tres chutes de cafeína y no hay quien la duerma.

—Los chutes de cafeína se los da su padre, que a ver si le dices que no le dé refrescos de cola, que luego va por la casa como poseída y no hay quien la pare —replicó mi madre. Una verdad que, por otra parte, era tan grande como un piano de cola.

—Eso ya lo hablaré con él en su momento, *ama*.

—Pues no tardes, que ese hombre se ha pensado que es su amigo, no su padre, y le deja hacer lo que le da la gana y mucho nos ha costado educarla para que venga ahora él a ser el mejor padre del mundo.

—De acuerdo. Pista de hielo con abu y Jon mañana. A mí me tocará lidiar con tu padre, porque justo te toca visitas con él y no sé cómo se lo tomará.

—Mal no creo, mami. Siempre está entretenido al teléfono y yo me paso el día en la piscina—confesó mi hija toda arrecha ella y sin síntomas de desconsuelo.

¡Dios mío! Ahora comprendía por qué últimamente se resfriaba y tosía. ¡Maldito Salvador! Debía de hablar con él de sus métodos para entretener a la niña cuando estaba en su casa.

Mi madre me dio un beso, otro a la niña con un superabrazo de abuela y se marchó. Había quedado con Jon para ir a cenar al Baskcook, un restaurante que estaba muy de moda porque el dueño era el presidente del club de fútbol de la ciudad. Mimos, eso era lo que la daba a mi madre. La tenía como a una reina y la verdad era que mi madre, después de morir mi padre, no había vuelto a tener a un hombre que la cuidara como Jon.

Ayudé a Martina con la ducha y, con muchas mañas, me pidió que durmiese con ella esa noche y yo no pude rechazar un ruego suyo que encima iba acompañado de esos ojitos que ponía de dibujos animados. Nos acostamos

en su cama y me disponía a leerle un libro cuando ella me interrumpió con una de esas preguntas que te dejaban con la boca abierta.

—¿Cuándo va a volver Álvaro? —preguntó haciéndose la despistada.

No saber qué responder era duro y más cuando conocía de buena mano que ella era consciente de nuestra situación. En parte porque ya le conté algo y en parte porque su padre habló más de la cuenta con ella. Salvador educar no educaba, pero tocar las narices, lo hacía de maravilla. Sin duda, tenía una conversación pendiente con él.

—No lo sé, cariño. Ahora mismo...

—Ahora mismo creo que estáis perdiendo el tiempo. Sois viejos ya, ¿sabes?

No supe si reír o reñirle por llamarme vieja. Era lista como el hambre, pero no te dejaba margen de actuación cuando te hablaba como si fuese una adulta.

—No creo que entiendas lo que ha pasado entre nosotros, cielo —intenté hacerle comprender, pero fue como hablar a una pared de hormigón.

—No se trata de lo que yo entienda, *ama*, se trata de que, si pierdes el tiempo en no perdonarle, vendrá la petarda esa de la Susi y te lo va a quitar y comprende que yo tengo una reputación en la escuela y con Salvador la puedo perder, pero con Álvaro gano muchos puntos entre mis amigas.

—Niña, no hables así de tu padre —le reñí por hablar así de Salva, aunque en el fondo estuviese de acuerdo con ella. Cosa que nunca iba a admitir, por supuesto—. Es tu padre y trata de hacerlo lo mejor que puede.

—Mami, Salvador solo me hace regalos, si ¡hasta quiere regalarme un móvil súper caro! Pero yo le digo una y otra vez que no porque sé que tú te vas a poner como un basilisco si me ves con cosas así.

Bueno, vale, mi niña iba a ser más madura de lo que yo imaginé. Y, definitivamente, yo debía de hablar con su padre y dejar una serie de puntos claros.

—Ya sabes que no me gusta que te regalen cosas sin ton ni son. La abuela y yo no te hemos educado en el vicio por lo material. Las cosas tienen un precio y no se puede ir desprendiéndose del dinero como si no costase ganarlo.

—Pues eso díselo a Salvador, a mí no me riñas —se defendió ella pensando que la bronca iba para ella.

—No lo hago ni lo haré, aunque no quiero que olvides lo que te hemos enseñado.

—Dime eso en unos cuatro años cuando me vuelva loca por los zapatos y el maquillaje.

¿Cuatro años? En diez mejor...

—Ahora, dime que Álvaro volverá y que seréis felices para siempre —se reiteró en el tema de Álvaro que, por lo visto no tenía la intención de olvidar.

—Ojalá, hija, ojalá.

Y con esas palabras, que ni yo misma me imaginé decir hacía tan solo nos días, nos quedamos dormidas. Martina echaba de menos a Álvaro y yo también. Me dolía el pecho, tenía una sensación en el estómago que distaba mucho de ser hambre. Me picaban las manos por querer tocarle y no hacerlo. Estaba locamente enamorada de él.



Capítulo 24

Álvaro

Diez días, diez sin poder tocar a María. Estuve a punto de rendirme. Pensé que, dándonos unos días, algo se removería en ella y volvería a mí. Sin embargo, estaba claro que ella lo llevaba mejor que yo a la hora de estar solos. Yo sentía que me faltaba un órgano y ella estaba tan feliz. Verla así me partía el alma, pero si era lo que ella quería, yo no podía hacer nada para cambiarlo. Tal vez lo nuestro no fue tan importante como yo imaginé, aunque si ella era feliz, yo debía de alegrarme por ella porque si no, sería de nuevo un cerdo egoísta.

Llegó el lunes y, con ello, la vuelta a la oficina. De nuevo, el bullicio de gente que me recordó a la primera vez que vi a María en la oficina. Fue extraño, todo el mundo estaba yendo a la sala de reuniones mirándose los unos a los otros como si no comprendiesen lo que estaba sucediendo.

—¿Sabes lo que sucede? —me preguntó María extrañada.

Me encogí de hombros y negué con la cabeza. Accedimos a la vez en la

sala y no pude evitar coger su cintura al entrar y sentir el escalofrío con el que su cuerpo respondió. Eso, en mi diccionario particular se transformó en esperanza.

—Buenos días —saludó Luis a todos con gesto adusto—. No quiero entreteneros demasiado porque tenemos trabajo que hacer y más desde que las ventas han subido un quince por ciento con la nueva campaña. Sería una noticia estupenda de no ser porque estos días ha sucedido algo grave para la empresa.

Nos empezamos a mirar los unos a los otros y ahora fue la mano de María la que se posó en mi hombro. Entonces fue mi cuerpo el que reaccionó. Estaba claro que mi felicidad tenía un nombre y ese era el de María.

—Os he reunido para comunicaros que esta misma mañana hemos procedido al despido inmediato de la trabajadora Susana Ochoa, miembro de nuestra empresa desde hace cinco años y que el motivo ha sido por supuesto espionaje empresarial. Cuando se marchó el anterior director de *marketing*, como presuntamente no se pudo llevar la información que necesitaba para poder llevar al algo a su nuevo trabajo, utilizó a la señorita Ochoa para intentar hacerlo. Por supuesto, si ella ya no está con nosotros, es porque no lo consiguió —explicó Luis con una calma que para nada se pudo adivinar cuál era su estado de ánimo.

Una vez que soltó toda la perorata, por instinto, todos miramos en dirección a la mesa de Susana que, para ese entonces, ya estaba vacía. No había ni rastro de sus cosas en la mesa. Por no haber, no había ni ordenador. Algo de lo que nadie se había dado cuenta al entrar por la mañana. Eso solo solía suceder cuando alguien no te importaba demasiado y para mí se convirtió en un dolor de cabeza, aunque en el fondo yo también tuviese algo de culpa en lo que me sucedió con ella. Al final, hasta me dio algo de lástima.

Salimos todos de la sala de reuniones sin decir palabra. En el fondo, aunque a nadie le caía excesivamente bien o nada bien, no dejó de ser un despido extraño en una situación cuando menos alarmante. Susana cómplice y espía de Salvador. Eso, a María, supuse que tampoco le gustó nada, a fin de cuentas, era el padre de su hija. Un cabrón con suerte, pero no dejaba de ser el padre de Martina.

Seguimos trabajando en un ambiente enrarecido por lo sucedido en la mañana. De hecho, noté a María más pensativa de lo normal. Tuve ganas de acercarme a ella y mostrarle mi apoyo, pero me cortó el hecho de que, a no ser que fuese por algo laboral, apenas nos dirigíamos la palabra. A pesar de que

yo siempre le mostré la mejor de mis sonrisas, que no parecieron ser que lo suficientemente eficaces para lograr un acercamiento mayor. Quise tirar la toalla. Aunque un mensaje al móvil ese mismo día me hizo cambiar de opinión: «Tú no duermes, seguro, ella tampoco. La escucho llorar por las noches. Creo que necesitas mi ayuda y la de abu para que vuelvas a estar con nosotras».

Aunque no conocía el teléfono, supe perfectamente de quién venía el mensaje. Martina. Nueve años y con más cerebro que yo para reconquistar a su madre. Mi respuesta no se hizo esperar: «Ilústrame, enana. Estoy en vuestras manos».

Y no había nada mejor o peor, dependiendo de las circunstancias, que ponerse en manos de una niña y su abuela para solucionar tu vida. Mientras leía los mensajes que Martina y yo nos intercambiábamos para planificar la reconquista de su madre, pude ver que María salía al descansillo de entrada a las oficinas mientras entablaba una fuerte discusión con alguien. Me pude imaginar perfectamente con quién era la pelea, pero preferí no meterme hasta ver si estaba en condiciones de poder hacerlo. Necesitaba urgentemente tenerla en mis brazos.

El día acabó y con él mis únicos momentos para poder estar cerca de María. Esperaba que toda esta situación finalizase pronto.

Me fui a casa porque la otra opción era quedar con mis colegas y emborracharme de nuevo, pero no tenía ganas de acabar borracho y solo en casa, preferí estar solo en casa sin más.

En estos días tuve tiempo más que suficiente para reflexionar sobre lo que sucedió entre nosotros y si bien me acosté con Susana cuando no sabíamos en qué situación estábamos de nuestra relación, siempre tuve miedo de decírselo y no hacerlo tuvo sus consecuencias. Así que no tuve otra que darle la razón, aunque fuese desde mi mente. Si quería recuperar su confianza, tenía que hacer algo grande, como buen bilbaíno.

Entré en mi casa y me llevé una mayúscula sorpresa al ver a mi hermana dentro. A ver, mi hermana tenía llave de mi casa, pero nunca antes la había utilizado, puesto que le hice jurar en su momento que solo lo hiciese en caso de emergencia. Parecía ser que este momento era uno de ellos.

—Déjame ver... —Miré a mi alrededor como buscando el motivo por el que se encontraba en mi apartamento—. No se ha quemado la casa, no he matado a nadie, no tengo ninguna denuncia... ¿Qué cojones haces aquí, Pau? ¿Y tu familia?

—Hola, hermano. Yo también te echaba de menos. Tu cuñado y tus sobrinas están en casa esperando que su tío se acuerde de ellos y vaya a visitarlos —me reprendió como si fuese mi madre.

—Joder, Pau. No estoy para reprimendas. No es un buen momento, de verdad —me defendí a sabiendas de que tenía argumentos más que de sobra para lincharme, pero es que no tenía ganas de estar con nadie, ni que nadie me consolase.

—Eres un zombi del amor, Alvarito.

Levanté la ceja y la miré con la ironía pintada en la cara.

—No me toques la moral. No estoy para chistes.

—Pues espabila y ve a por ella. Aunque no estoy segura de que te la merezcas.

—Ya estoy en ello, Pau —me devolvió la mirada, sorprendida—. Aunque a lo mejor voy a necesitar tu ayuda.

—¿Legal? ¿No la irás a secuestrar?

—No seas bruta, joder —la fulminé con la mirada—. Necesito que vayas conmigo al Mirador del Monte Artxanda.

—¿Al Mirador del Monte Artxanda? Oye, que si estás pensando en tirarte, lo que necesitas es un psicólogo no una abogada.

La volví a mirar mal porque estaba a punto de estrangularla y entonces iba a necesitar algo más que un abogado.

—Además, si has venido aquí es porque me has visto mal y quieres ayudarme, ¿no? —asintió con la cabeza y se sentó para escucharme, dando una palmadita en el asiento que tenía al lado para que me sentase con ella—, pues entonces, escucha.

Le expliqué mi plan y la ayuda que iba a recibir al respecto y lo único que hizo desde entonces fue aplaudir. Yo solo podía pensar que todos esos saltitos que estaba dando de emoción en el sofá no se tornasen en unos de pena si fracasaba.

—Entonces, voy a formar parte de tu plan de reconquista...

—Vas a ayudarme, aunque no sé si a eso se le puede decir formar parte —objeté ante su entusiasmo exacerbado.

—Da igual, yo lo voy a grabar para que vuestros nietos lo vean y se mueran de amor y, por supuesto, no me pienso perder cómo mi hermano se arrodilla ante una mujer.

—No me voy a poner de rodillas, guapa.

—Bueno, casi es lo mismo —replicó insolente—, pero si tú te quieres

seguir haciendo el chico duro rompebragas que te creías que eras, tú mismo. De ilusiones se vive.

Definitivamente, iba a necesitar un abogado porque iba a asesinar a mi inteligente hermana.

Estuvimos hablando toda la tarde de mis días de mierda sin María. De mi borrachera y de nuestra última conversación. Pude vislumbrar en algún momento cómo se retorció las manos con desasosiego, por lo que me quedó más que clara su preocupación por mí, aunque se riese para disimular.

—Hermanito, eres un caso de estudio sociológico. Te lías con una mujer, te enamoras de ella, la cagas, la dejas irse y ahora quieres recuperarla —se mofó con gusto—. No la cagues. Te quiero, pero no me pienso tragar otra sesión de lamentos. Estoy por ir yo donde María y pedirle que vuelva contigo si no te funciona el momento romántico.

Estuve a punto de mandarla por donde amargan los pepinos, pero era mi hermana y la necesitaba más de lo que ella misma pensaba. No estaba en disposición de ponerme quisquilloso con ella. Decidí dejarla vivir y burlarse unas cuantas horas más. Esta semana iba a ser larga y yo la quería a mi lado en esto.

Se quedó a cenar en mi casa y estuvimos charlando un buen rato de mi plan, de mis sobrinas y de lo loco que su vuelve el mundo por amor. Ahora comprendía muchas cosas de las personas que hablaban de ello. Yo pensaba que el amor nos volvía pusilánimes y estaba muy equivocado, para amar había que ser muy valiente, porque el amor era una pelea continua y había que tenerlos bien puestos para estar a la altura. María no sabía quién era yo cuando me ponía arrogante de verdad. Estaba deseando que llegase el sábado y ver su reacción. Definitivamente, la semana iba a ser eterna.



Capítulo 25

María

Desde que Salvador me dejó, me di cuenta de que, bajo esa capa de galantería y supuesto amor, había un cabrón insensible al que le daba igual ver sufrir a los demás. Cuando se supo lo que había pasado con Susana, no pude pensar en otra cosa que llamarle para decirle cuatro verdades que se habían quedado en el tintero cuando volvió por Martina y según él, por mí.

Ese mismo día le llamé por teléfono para quedar con él. Sabedor de que las malas noticias son lo primero en conocerse, se hizo el remolón y buscó cualquier absurda excusa para evitarme.

—Lo siento, Mari, pero es que esta semana estoy muy liado para vernos. El trabajo, ya sabes —se disculpó el muy cobarde.

—Sí, ya sé. Te encanta esconderte cuando no eres capaz de enfrentarte a algo —le escupí con inquina.

—No es eso. Es que estoy muy presionado y tengo un montón de reuniones...

—No pongas excusas, joder. ¡Ya no te creo! ¿Me tomas por la idiota que dejaste hace casi diez años en un hospital? —Me levanté de mi asiento y me dirigí a las escaleras de emergencia porque no quise que nadie escuchase mis gritos y ser de nuevo la comidilla de la empresa. Ya pude vislumbrar cómo Álvaro se me quedó mirando al oírme—. ¿Te burlas de mí? Quiero verte el viernes y aclarar contigo nuestra situación.

—No sé a qué te refieres con nuestra situación. Todo está bien claro entre nosotros.

—Ahhhh, no. Parece ser que las cosas no están claras para ti pero quiero que te quede claro de una buena vez que ente tú y yo no va a pasar nada de nada.

—No creo que pienses eso de verdad, nena

—Lo pienso, ¡oh, vaya que sí que lo pienso! ¡Y no me llames nena! —protesté porque estaba más que harta de que me tratase como si fuese estúpida y él más listo que nadie—. Te veo el viernes en el café New York, a las seis, Sin falta.

—De acuerdo —aceptó con desidia—. El viernes a las seis.

Esos días se tornaron complicados para mí. Ver a Álvaro y no poder tocarle fue complicado. Cada vez tenía más claro que lo que deseaba era intentarlo de verdad con él. No estábamos juntos, me había dado un tiempo y lo cumplió de verdad, tanto que ya me dio por pensar que no quería nada conmigo. Verle reír con las compañeras de la oficina fue una pequeña tortura para mí.

Menos mal que quedé con Salvador el viernes, porque el sábado me había comprometido con Martina y mi madre a ir al mirador de Artxanda a comer. La chiquilla se había empeñado en ir allí porque nunca se había montado en el funicular que te llevaba hasta lo alto de la montaña. Decía que era como ser una turista en tu ciudad. No tenía muchas ganas, pero no me pude negar porque necesitaba pasar un buen rato con mi niña y mamá.

Aparecí a las seis en punto en la cafetería donde había quedado con Salvador. Él nunca fue un dechado de virtudes con la puntualidad, sin embargo, para mi sorpresa, ya estaba allí con dos cafés en la mesa. El muy cretino iba a saber quién era yo ahora. Cuando me vio, se levantó de la mesa para saludarme.

—Nena, estás preciosa. —Sus halagos no le iban a servir de nada y qué manía con llamarme «nena».

—Hola, Salva, sentémonos —le saludé y me senté sin darle dos besos

como él esperaba.

Se volvió a sentar y la decepción se podía leer en su cara. Si vino buscando la redención a base de dar pena, lo tenía bien claro conmigo. Él ya no me conocía en absoluto.

—Solo he venido porque quiero dejarte bien claros algunos temas entre nosotros.

—Habla —contestó afligido.

—Realmente no sé por qué reapareciste en mi vida...

—Ya lo sabes, por recuperaros —me interrumpió convencido de sus palabras.

—No seas iluso. Sé perfectamente lo que ha sucedido son Susana Ochoa, todas las artimañas que has empleado... y si mi empresa no os denuncia a ambos por espionaje empresarial, date por contento. —Me miró sorprendido. Este tío era tonto de remate—. Estoy segura de que fue Susana la que te dijo dónde vivíamos, aunque eso ya da igual. Si quieres ver a nuestra hija, me parece fenomenal, pero no se te ocurra pensar ni por lo más remoto de este mundo que nosotros vamos a volver, porque entonces tienes un problema bien gordo y te lo vas a tener que hacer mirar de verdad. No me tomes más por idiota, yo no te quiero, pero no se trata de que no te quiera ahora, es que no te quiero desde hace años por una obvia razón y estás perdiendo el tiempo si pensabas emplear el truco de la lástima conmigo. Llegas tarde, muy tarde.

»Por otra parte —levantó la mano para pedirme la palabra, pero no estaba dispuesta a escuchar ni un solo falso pretexto más de su boca—, si con tus argucias pensabas hacer crecer tu carrera profesional jodiéndome la mía, porque por tu maldita culpa he estado a punto de perder mi empleo, te ha salido muy mal y eso solo ha empeorado mi concepto hacia tu persona. Por último, si realmente quieres estar con tu hija, sé un padre y no un amigo que solo le hace regalos en vez de darle amor y educación. Me ha costado mucho educarla para que sea la niña que es para que tú vengas ahora a convertir todo el polvo en oro y mostrar tu cariño con euros. Eso no es educación, Salvador, es materialismo y ego. Muy propio de ti, pero muy lejos de la educación que pretendo que Martina obtenga.

No hubo réplica, solo silencio. No pudo rebatirme porque sabía que yo tenía toda la razón.

—Hay algo en lo que estás equivocada, nena. Yo sí te quiero y no sabes lo que te pierdes conmigo —afirmó resentido.

—Tú solo te quieres a ti mismo y si fuese cierto lo que afirmas, llevas

nueve años de retraso —repliqué a sabiendas de que no iba a ser yo la que tuviese la última palabra.

—Iriondo es un cabrón con suerte.

—Lo es. —Me reí con mi propia confirmación porque realmente no tenía claro qué era lo que iba a suceder entre Álvaro y yo.

Salvador se levantó de la mesa y dejó un billete de veinte euros para pagar la cuenta. Muy en su línea de sobrado. Me marché con la satisfacción de saber que había dicho lo que necesité decir. No quedaron flecos entre nosotros, aunque sí quedaba uno que cada día me dolía más, Álvaro. Definitivamente, tenía que hablar también con él. Teníamos que intentarlo.

Llegó el sábado y con él mi cita con mis chicas para ir a comer al monte Artxanda. Tenía ganas de estar juntas porque, en el fondo y a pesar de los problemas con mi madre, ellas eran lo único verdadero que tenía en mi vida.

En un alarde de valentía, mandé un mensaje a Álvaro para decirle que necesitaba hablar con él, pero como no obtuve respuesta, me di por rendida, al menos ese día. Ese casanova también me iba a escuchar.

Fuimos andando las tres hasta el funicular que te llevaba a lo alto del mirador desde el que se podía ver todo Bilbao. Te permitía sentirte como en las películas, la reina del mundo. Había una cola tremenda en la fila de acceso porque el clima era espectacular y estaba plagado de turistas. Mi madre tuvo que reservar una mesa en uno de los restaurantes de la zona porque con ese día iba a ser imposible comer sin reserva previa. Salimos del funicular y Martina se empeñó en ir primero al mirador ya que quería ver las montañas con este magnífico sol. Intenté negarme sin éxito porque iba a estar lleno de gente y no se podría ver ni la ría, sin embargo, insistió tanto que no me pude negar más. Noté algo extraño según nos dirigíamos al mirador. Vinimos en mal momento. El acceso estaba vallado y el mirador vacío.

—Martina, cariño. Parece que han cerrado la zona. No creo que podamos pasar. A lo mejor hay alguna grabación o algo.

—¡Vamos, mami! No seas aguafiestas —replicó ella toda audaz—. Vamos, nos hacemos unas fotos y nos vamos rápido.

Nos acercamos hasta la zona en donde se encontraban las letras de Bilbao en rojo que ocupaban casi toda la balconada. Las vistas de la ciudad eran impresionantes. Te permitía ver la ciudad desde otra perspectiva. El ruido de unas pisadas a mi espalda me alertó de una presencia cuyo potente olor a perfume conocía de memoria. Dolce & Gabbana *made for* Álvaro Iriondo. Me giré y lo vi.

—Traidoras —las acusé sonriendo a mi queridas madre e hija.

Álvaro se acercó a mí, tanto, que quedé inmovilizada entre su cuerpo y las letras gigantes de Bilbao a mis espaldas.

—Como te dije la noche que te fuiste, he descubierto que apenas te conozco y quiero hacerlo. Aunque hay detalles que ya distingo como tuyos... Sé que cuando estás nerviosa: te tocas un mechón de pelo hasta convertirlo en un gurrño que supongo que luego será complicado en desenredar. —Cogió mi mano y la apartó del mechón de pelo que tenía en ella—. Esa eres tú, un acertijo *sexy* que me muero por resolver porque solo es para hombres inteligentes. —Me quedé mirándole embobada—. Cuando sonríes, agachas la cabeza porque te avergüenza reírte en público; quiero averiguar por qué esa timidez, cuando tu risa es lo más bonito que me he encontrado en la vida. Te gusta mucho el chocolate. —Sonreí ante ese descubrimiento. Era uno de mis vicios y no lo tenía tan escondido como pensaba—. No te rías, te pones ciega a chocolate cuando te preocupas. Toma. —Se sacó una chocolatina del bolsillo y me la dio, ¡patán de patanes! Había sacado hasta la sonrisa de Martina—. Déjame averiguar el resto de tus vicios y manías. Aunque algunos vicios ya los conozca. —Le tapé la boca para evitar que soltase algo impropio. Me quitó los dedos uno a uno de su boca y los fue besando.

—Déjame pasar el resto de las noches de nuestra vida contigo. Déjame ser un amigo para Martina. Déjame hacerte un hijo. Quiero demostrarte que puedes confiar en mí —añadió pensando que yo no estaba convencida, cuando ya me tenía en el bote desde el momento que le sentí a mi espalda—. Mira hacia atrás. —me di la vuelta y miré buscando no supe qué. Me giré de nuevo y me encogí de hombros preguntando sin palabras qué era lo que quería que mirase—. ¿Ves la ciudad? Está preciosa, pero desde abajo no se ve todo tan bien como desde aquí arriba; cambia la perspectiva, mejora. Puedes vislumbrar detalles apenas perceptibles a ras del suelo. Me gusta más.

Ahh, perspectiva. Ahora lo entendí.

—No he podido dormir muy bien estos días, casanova. No me puedes pedir tiempo, desaparecer como si lo nuestro no hubiese sucedido y tratarme como una compañera de trabajo más. Me gusta este enfoque que me ofreces ahora, verlo todo de otro modo, aunque me da miedo que no sea duradero. Pero es que has llenado demasiado mi vida y no quiero volver a sentir ese vacío. Eres más para mí que un donjuán con una sonrisa preciosa, aunque tengo miedo de ti, eres...

Y no me dio tiempo a terminar porque se lanzó sobre mi boca y me

devolvió con creces las horas que habíamos pasado separados. Era un sinvergüenza adorable que me tenía absorbido el seso y el corazón.

—Eres el hombre con el que quiero compartir todos esos miedos —añadí con sus labios todavía pegados a los míos.

De pronto, empezamos a escuchar aplausos y vítores a nuestro alrededor. Nos apartamos un segundo y pudimos ver a la gente celebrando por nosotros. Martina llorando de emoción, mi madre la acompañaba, Paula charlando amistosamente con un policía municipal que seguramente vendría a echarnos por montar este barullo y Jon, mi querido amigo Jon, grabando con su teléfono todo el acontecimiento.

No sabría decir si mi relación con mi mejor amigo sería la misma, pero yo veía a mi madre feliz y no iba a ser yo quién se pusiera por medio.

Nos llenábamos la boca diciendo que el camino del amor era algo complicado, pero en cuanto había dificultades, huíamos antes de empezar. Nunca se podría saber si era fácil o difícil si no lo intentábamos de verdad. Y nosotros estábamos dispuestos a averiguarlo.



Epílogo

Dos años después, agosto, Semana Grande de Bilbao

Habían pasado muchas cosas en estos dos años. Seguíamos trabajando en la misma empresa, solo que yo continuaba de directora de *marketing* y Álvaro acabó formando parte del consejo de administración de la empresa. Se lo había ganado con creces. Luis, nuestro jefe, estaba a punto de prejubilarse y me había ofrecido a mí formar parte de la dirección general, pero le dije que necesitaba tomarme mi tiempo, y más ahora que estaba embarazada de cinco meses de la futura Ane Iriondo. Sí, mi chico no tardó mucho en dejarme embarazada porque decía que quería dejar su huella en mí. Vale, yo me dejé porque fue mi divertido el proceso.

Como él se adelantó en eso de dejar su impronta en mí, yo decidí que me tocaba hacerlo a mí. En los dos últimos años, Álvaro me había pedido como siete veces que me casara con él, petición que yo rechacé una y otra vez alegando que no necesitábamos papeles para estar juntos. Mentira, lo que

sucedía es que quería pedírselo yo, pero no sabía cómo. Hasta que Martina me recordó una conversación que tuvimos tiempo atrás cuando su hermana me ayudó con el tema de la paternidad de Martina. Iba a pedirle que se casara conmigo en su cafetería favorita, aquella en la que había vivido grandes momentos en su etapa universitaria y de la que mejores recuerdos guardaba, el Café Iruña. Y ahora lo iba a ser la mía.

Estábamos los dos de vacaciones, queríamos disfrutar de las fiestas de Bilbao con Martina, ya que ella había estado con su padre desde que finalizó la escuela y apenas la habíamos visto. Su padre, Salvador. No podría decir que se le daba bien eso de la paternidad, aunque desde nuestra última conversación no volvió a molestarme más con aquello de volver y se limitó a intentar practicar eso de ser padre. Practicar, sí, porque el pobre hombre, en el fondo me empezó a dar pena, intentó mejorar su estatus, aunque lo logró a duras penas. Le estaba tocando lidiar con una niña preadolescente que apenas conocía y que cuidaba más ella de él que al contrario. No era lo suyo y como bien me dijo una vez cuando me trajo a Martina de una excursión al monte Gorbea que hicieron juntos, no tenía la menor intención de tener más hijos. De hecho, se hizo la vasectomía. ¡Pobre diablo!

Cuando le dije a Martina que le iba a pedir a Álvaro que se casase conmigo y que necesitaba que lo entretuviese para poder ir a comprar las alianzas, ella no tuvo otra idea mejor que pedirle que la llevara a la playa de Sopelana a hacer surf. Sí, a mi hija la temeraria no solo le dio por el kárate, ahora también practicaba surf. Todo gracias a Zorione, una compañera de clase que vivía al lado de la playa y que le metió el veneno de ese deporte en las venas. Mi pequeña alma libre.

Mientras, yo me escapé a comprar los anillos a una famosa joyería de la ciudad, que, aunque me iban a costar un ojo de la cara, pero como ya vivíamos juntos en el apartamento de Álvaro desde hacía casi un año, contaba con un dinero extra del alquiler de mi casa y me pude permitir el lujo de gastarme una obscenidad en unas alianzas personalizadas.

Martina se encargó de entretenerlo y llevarlo posteriormente a la cafetería. Sería nuestro mejor testigo. Un par de horas después, me dirigí allí con las manos temblando de la emoción. Los jardines que estaban frente a la cafetería rebosaban de gente. Olía por todas partes a fiestas. Al llegar, le vi a través del cristal de la ventana. Estaba guapísimo. Inspiré profundo y cerré los ojos, iba a tomar una de las decisiones más importantes de mi vida. Tenía algo más que mariposas dentro del estómago.

El lugar también estaba abarrotado y tuve que hacerme sitio para poder llegar a mi chico. Justo en el instante que llegué donde estaba Álvaro, empezó a sonar *True Disaster* de Tove Lo, una canción que decía mucho de nuestros inicios. Una canción sobre desastres y nosotros lo fuimos y mucho.

—Joder, preciosa. ¿Dónde has estado? Martina me ha vuelto loco. Me ha hecho dar mil vueltas para aparcar por aquí cerca después de estar aguantando a sus amigos en la playa. Me he sentido muy abandonado —protestó como un chiquillo poniendo eso morritos que me hacían perder el sentido—. Menos mal que Bego se ha apiadado de mí y se ha quedado con ella un rato, aunque debes saber que en nada nos deja y se va con sus amiguetes. —Me reí por sus comentarios, aunque también me dio algo de vértigo saber que mi niña ya se hacía mayor.

Se levantó de su asiento para darme uno de sus jugosos besos en los labios. Juraría que mi útero empezó a dar saltos de alegría con solo ese beso. Nuestra hija iba a nacer hiperactiva a este paso.

—¿Qué tal, Ane? —Puso su mano en la panza y me acarició suavemente—. Hola, mi niña. ¿Se ha portado mamá bien hoy o la tenemos que castigar? —le pulvericé con la mirada, aunque de sobra conocía los castigos de mi chico. Normalmente eran deliciosos. —¿Qué quieres tomar?

—Un pincho moruno de esos tan maravillosos que cocinan aquí. —Ane me estaba convirtiendo en una devoradora carnívora, así que no tenía claro si lo que tenía dentro era un bebé o un alienígena.

A pesar del hambre que tenía, no me pude acabar el pincho. Los nervios me estaban matando, tenía ganas de soltar todo de una buena vez.

Nos levantamos del asiento y yo todavía no había dicho nada. Se me acababa el tiempo, así que decidí no perder mi oportunidad. Salimos por la puerta, miré a ambos lados de la calle que seguía atestado de gente y sin más dilación me puse de rodillas delante de él.

—Mari, preciosa, pero ¿qué haces? ¿Te sientes bi... —En la segunda frase se dio cuenta de lo que estaba haciendo y casi tuve que llamar a emergencias, pero no por mí, sino por él. Su cara era todo un poema y la emoción le embargó al segundo.

De repente fuimos el foco de atención de todas las personas que estaban en la calle en plena fiesta y de los propios transeúntes que pasaban por allí.

—Hace dos años me dijiste que apenas me conocías y que estabas deseando hacerlo. Tenías razón, no sabíamos nada el uno del otro. Desde entonces, hemos pasado tantas cosas juntos que ahora mismo creo que te

conozco menos que antes. —Se echó a reír por mi ocurrencia—. Así que, cástate conmigo y déjame conocerte un poquito más, hasta que nos cansemos el uno del otro. Como dijiste hace mucho tiempo, quiero pasar todos los días y todas las noches contigo del resto de nuestra vida.

Con los dedos aún más temblorosos, saqué la alianza del bolso y le cogí la mano izquierda para ponérsela en el dedo anular, pero él no me dejó. Me ayudó a ponerme en pie y sonrió de medio lado. No supe qué hacer ante su reacción. La inquietud estaba a punto de provocarme contracciones. Pero su cara y la humedad de sus ojos me permitió respirar de nuevo.

—Bueno, yo solo dije de los próximos cuarenta años, no te pases. —La gente de nuestro alrededor se rio de su respuesta. Él siempre era así, o ganaba o empataba, pero nunca perdía—. Además, me has quitado el protagonismo, porque llevo meses pidiéndotelo y siempre me has puesto excusas absurdas. ¿Acaso era porque querías hacerlo tú?

—Responde ya de una vez y dile que sí, no la hagas sufrir. ¿No ves que te va a dar un bebé? —le gritó un chico que estaba a nuestra derecha.

—Venga, chaval, ¡que os están grabando! ¡Mañana vais a salir hasta en la tele! —le azuzó otra chica.

En cambio, él se hizo de rogar o, al menos, eso pensé yo hasta que le vi agacharse delante de mí y quitarme el anillo de la mano. Se me puso un nudo tan grande en el pecho de la emoción que no supe si esperar a su respuesta o lanzarme yo a ponerme el anillo a mí misma. Estaba en una nube de felicidad. Era el segundo día más emocionante de mi vida.

—Sí, María Balaguer. Quiero casarme contigo y conocerte mejor.

Lo siguiente que se escuchó fueron los aplausos de todos los allí congregados. Yo no pude evitar empezar a llorar y no por las hormonas precisamente. Al final fue él quien me dio la sorpresa a mí, a pesar de ser yo la que se arrodillase en un principio. Nos abrazamos como si fuese la primera vez de nuestras vidas. Nos declaramos nuestro amor en silencio, solo con las miradas, sin miedos. Tan solo con la idea de dar y recibir lo mejor de nosotros cada día. Cerramos los ojos y nos besamos. Sintiendo piel con piel, cada vibración con la que nuestros cuerpos respondían al tacto. Recordándonos que si estábamos así era porque lo merecíamos, que era mejor estar juntos peleando que separados e infelices.

Minutos más tarde, mi madre, Jon y Martina hicieron su aparición con un juez de paz amigo de Paula que habían traído del mismo juzgado que estaba al lado de la cafetería. Mi plan fue casi perfecto. Sí, casi, porque mi petición de

matrimonio se convirtió en la nuestra.

—¿Me dejas un rato a mi mejor amiga? Piensa que fue mi amiga antes que tu novia. —Se acercó Jon para felicitarme.

Jon, mi mejor amigo, mi confidente. Tuvimos una etapa muy complicada hasta que asumí su relación con mi madre. No podría decir que fuese lo mismo entre nosotros, pero la situación mejoró el día que me dijo que se iba a casar con ella. Yo pensaba que lo decía en broma, pero ¡no! Ese mismo año se la llevó a Las Vegas y se casaron vestidos de Elvis y Priscilla. ¡Mi madre disfrazada de Priscilla a los cincuenta y ocho años! Al volver, formalizaron el matrimonio en una pequeña ceremonia en la ermita de San Juan de Gaztelugatxe, en Bermeo, rodeados de solo de cuatro amigos y familia. Ese mismo día les pedí perdón a los dos.

—Me hace muy feliz verte así. Te lo mereces. —Me miró satisfecho y podría decir que hasta orgulloso de mí.

—Gracias, papi —le dije con voz de niña pequeña.

—Todavía te puedo mandar a la mierda, querida.

—Se lo chivaré a mi mamá.

Me dio un golpe en el hombro y ambos no echamos a reír. Era feliz y hacía muy feliz a mi madre, las lágrimas de ella al vernos, lo atestiguaron. Martina se lanzó sobre Álvaro, Paula lloraba y el juez de paz se armó de paciencia para esperar y casarnos de una buena vez.

Todo empezó con el «estamos aquí reunidos...» de rigor, solo que el final de la ceremonia varió un poco. Martina nos puso los anillos y se unió a nosotros en los votos. Unos votos que, en mi caso los había escrito hacía unos días y, como pude, los saqué del bolso y los leí en voz alta:

—Yo, María Balaguer Irizar quiero pasar con contigo los próximos cuarenta años de nuestra vida, quiero que te enfades cuando no quiero ir al fútbol contigo, que me hagas el amor con la mirada cuando no podamos más que darnos la mano, quiero darte las buenas noches, aunque sepa que te voy a ver a ver el día siguiente, quiero compartir desayunos contigo, con Martina y la pequeña Ane, que nos lleves a la playa y que hagamos el amor a escondidas. Quiero ser la persona con la que quieras estar el resto de tu vida y que, cuando nos hagamos viejos, nos besemos a la luz de la última estrella que nos ilumine. Quiero ser tu esposa, Álvaro Iriondo.

¡Y por fin logré que se quedara sin palabras! Solo pudo decir un par y juraría que tenía los ojos vidriosos.

—María, no tengo palabras qué decir porque tú has dicho todo lo que yo

quiero contigo. Solo puedo añadir dos cosas más, te quiero y quiero ser tu marido.

El *show* que montamos debió de ser muy bueno porque ninguna de las personas que estaban se movieron de su sitio durante nuestra original ceremonia.

Cuando le conocí, nunca imaginé que podría enamorarme de esa forma. Mucho menos que lo haría del prototipo de hombre que siempre hubiese rechazado en mi vida. Con Álvaro descubrí una forma de amar tan profunda que la sola idea de separarme de él me dolía.

Después de nacer Ane, Álvaro me llevó unos días a un balneario a descansar. Yo estaba tumbada a punto de recibir un masaje, cuando sentí sus manos en mi espalda.

—¿Sabes cuándo supe que estaba enamorado de ti?

Yo negué con la cabeza.

—El día que me di cuenta de que iba a ser muy difícil hacerte mía.

Yo lo hice el mismo momento en que leí su nombre en la pulsera. Una pulsera que ahora llevo puesta yo.

FIN

Nota de la autora

Álvaro y María nacieron de un relato que yo publicaba en mi blog. Cuando las lectoras me pidieron la historia, yo la dejé aparcada porque, a veces, hay historias que necesitan su tiempo. Cambié la localización a Bilbao, mi *botxo*. Necesitaba relatar lugares que me fuesen cercanos y tangibles día a día. Hoy, pasear por las calles que ellos han recorrido en mi imaginación se me hace más bonito todavía. Los veo por todas partes. Os voy a contar un secreto, el final de la historia en el Café Iruña es totalmente real. Mister Blake me pidió que nos casáramos allí ya hace unos cuantos años. Es algo que no olvidaré jamás y que merecía estar en un libro.

Quiero dar las gracias a tantas personas que no sé si me voy a olvidar de alguien en el intento. Pero ahí voy: Mont, Irantzu, Alicia, Maitane, Ana, Sara, Bea, Susana, Jaione, Sonso, Oihane y Valeria. Sois las personas que más me aguantáis en el mundo y nunca tendré suficientes palabras para vosotras. Gracias por escucharme, entenderme y seguir ahí. Sé que soy un ente complicado de comprender y siempre estáis conmigo en lo bueno y en lo malo, como los matrimonios. Gracias a Eva, Idoia, Emma y Margot, mi grupo de villanas con las que aprendo cada día algo nuevo de este mundillo y que nos ha hecho convertirnos en tropa.

Gracias a mi familia, por todas y cada una de las veces que no les he creído cuando me han dicho lo orgullosos que están de mí.

A Nerea, de Imagina Designs, por sus portadas maravillosas y su saber hacer. Eres una gran profesional.

A María José López Ordiales por responder mis dudas sobre temas legales familiares. Mil gracias por estar a mi disposición y ayudarme.

A Estíbaliz Ureta, por ser mi lectora cero y criticarme mucho para que yo pueda aprender.

Y cómo no, a mis lectoras maravillosas, mis dulces insumisas, que me habéis esperado muchos meses y seguís ahí. Gracias por leerme y creer en mí. Los escritores solo buscamos haceros un poco felices con nuestras historias. En mi caso, espero haberlo logrado.

Estoy emocionada, triste y feliz. Un cúmulo de sensaciones que se agolpan en mi pecho causadas por mis protagonistas. Ellos se van de mi lado para irse con vosotros. Álvaro y María siempre se quedarán dentro de mi corazón. Me duele dejarlos ir. Pero como decía María: «Solo seré feliz si lo son ellos». Os los entrego con todo mi amor. Con todos los finales me pasa igual. ¡Mil gracias!

¡Nos vemos en la próxima historia!

No One ©2007 Alicia Keys del disco *As I am*, *J Records*
Always ©1994 Bon Jovi, del disco, *Cross Road*, *Mercury Records*
True Disaster©2016 Tove Lo, del disco, *Lady Wood*, *Island Records*.



Biografía de la autora

Iria Blake nació el 1 de enero de 1975 en Santurtzi, una bonita aldea marinera del País Vasco. Aunque desde hace más de diez años, y por raíces familiares, su corazón se encuentra dividido entre esta tierra y su amado México. Desde el primer momento se mostró como una niña inquieta y con ansia de comunicarse al mundo. Se licenció en Ciencias Políticas en la Universidad del País Vasco, carrera que le transmitió un deseo aún más fuerte de expresar sus ideas de manera pública. Joven e insaciable, vivió varios cambios sentimentales y laborales en su vida, hasta que por fin aparecieron ante ella sus tres amores: su marido, su hija y escribir. Desde hace un tiempo y de cara al futuro, ya en su periodo de madurez, intentará sacar lo mejor de sí misma, para plasmarlo en maravillosos regalos para los lectores: sus libros.

La puedes encontrar en:

<https://twitter.com/?lang=es>

<https://www.facebook.com/iriablake>

Instagram: iria_blake



LA SUMISA

que hay en mí

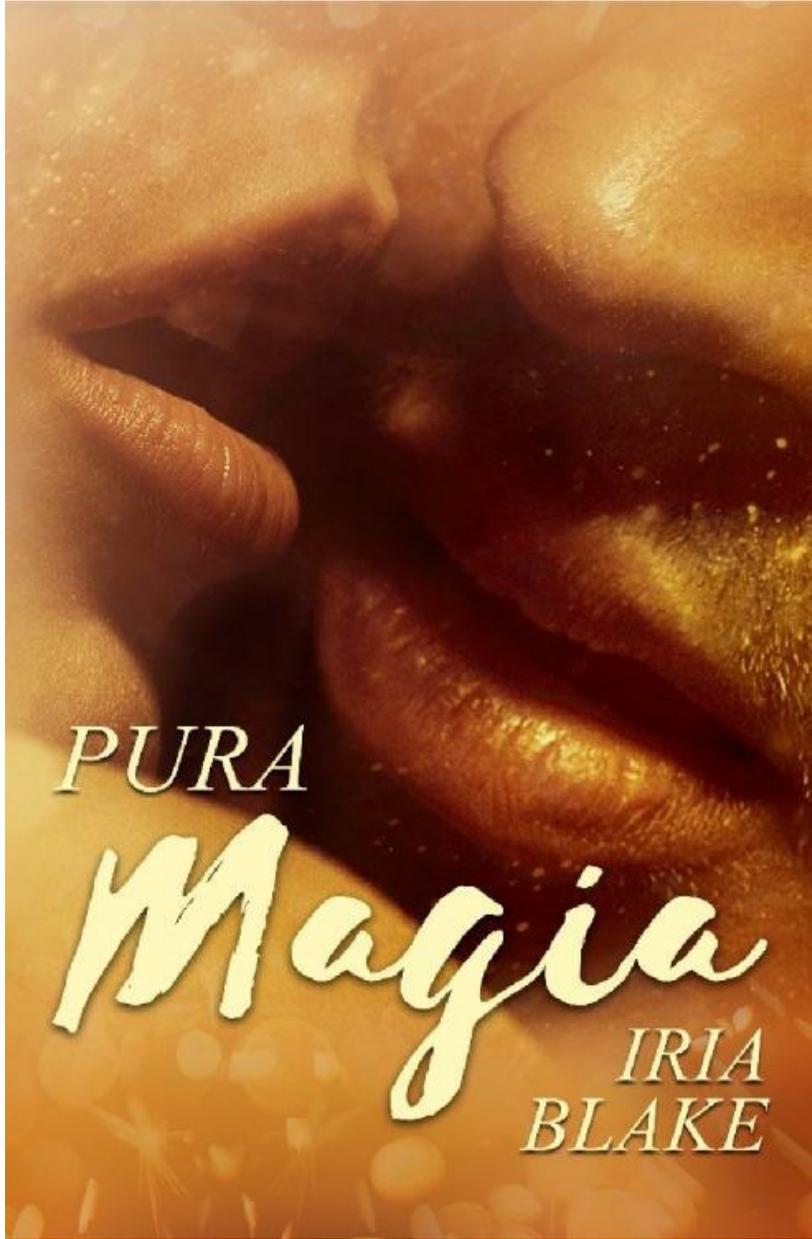
Iria Blake

Declan abrió los ojos a Henar a un nuevo mundo en las relaciones íntimas, pero sin darle explicaciones, un día la abandonó. Ahora vuelve a la vida de Henar para reclamar lo que le pertenece y someterla a una prueba.

« Te quiero enseñar mi mundo Henar, quiero que entiendas lo que es pertenecer el uno al otro ». Pero trae consigo algo más que sus juegos sexuales. « Hoy voy a hacerte el amor hasta que tu olor quede impregnado en mi cuerpo » .

¿Será Henar capaz de superar la mayor prueba de todas, la confianza? ¿Y si el amor entra a formar parte del peligroso juego?

¿Confías en mí?



PURA

Magia

*IRIA
BLAKE*

Alec está en su plena madurez, a sus 39 años tenía muy claro lo que quería en su vida. Una sumisa. Una noche. Hasta que llega Marta y pone su mundo del revés.

Marta intentará romper todas las barreras que el propio Alec le imponga, pero ella no se dará por vencida, porque bajo esa coraza de Amo se esconde un sentimiento puro y... Mágico.

Alec deberá luchar contra cualquier sentimiento que le despierte Marta, negándose de nuevo a amar y totalmente convencido que no merece la sumisión de su «hechicera».

Una atracción irremediable y un auténtico sentimiento mágico.



Lo que nos
queda
por vivir

IRIA BLAKE

Un momento en la vida que lo cambia todo...

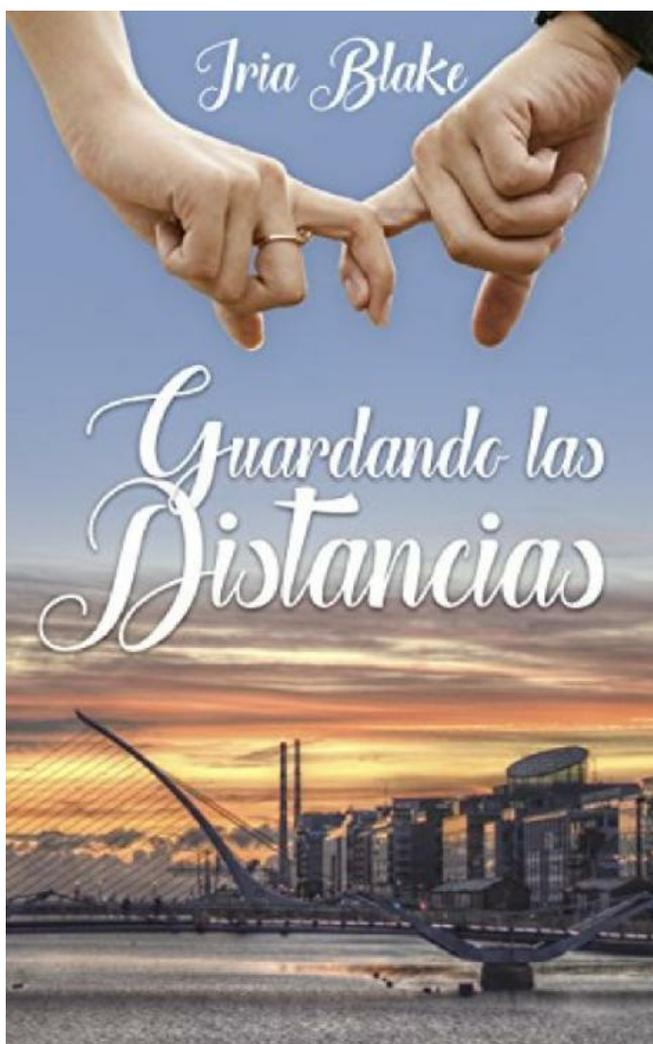
Un beso que no podremos olvidar...

Un hecho que desmonta nuestros cimientos...

Montse y Fabrizio tendrán que enfrentarse a sus sentimientos más profundos, sin ser conscientes que aunque a veces pensemos que lo hemos vivido todo, siempre habrá algo que nos quede por vivir...

Iria Blake

*Guardando las
Distancias*



Lucía está cansada de su vida anodina junto a su novio.

Lucía quiere romper con todo y empezar de nuevo.

Lucía conoce a Liam y comete una locura.

Pero, ¿qué es la vida si no hacemos locuras una sola vez?

¿Qué pasaría si, por un flechazo, te cambias hasta de país para seguir al hombre de tu vida?

Porque hay decisiones que, aunque sean precipitadas, pueden marcar tu destino...